

Una noche en la que nada es lo que parece y nadie es quien dice ser.

Kiki

Dona Ter



Kiki

Dona Ter

Kiki, Dona Ter.

Diseño portada: Dona Ter.

©Safe Creative, Noviembre 2017.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.

Sinopsis

Me llamo Victoria, aunque todos me conocen como Kiki.

El plan era sencillo: aprovecharse de una despedida de soltera de alto standing porque la novia rusa al final no se iba a presentar. Además, quien lo proponía era Angie, la más sensata de las cuatro, por eso aceptamos sin meditarlo. Cogí un vuelo a Mallorca para fingir ser la novia y así empezó un fin de semana que recordaré toda mi vida.

¿Te vienes de despedida de soltera?

Una noche en la que nada es lo que parece y nadie es quien dice ser.

Somos una casualidad llena de intención

En Spotify encontrareis una lista de reproducción **(KIKI)**
con las canciones que se citan en el libro.

Domingo

Rai parpadeó dos o tres veces y elevó el brazo como escudo para evitar la luz del amanecer. Quería seguir durmiendo o, mejor dicho, quería seguir disfrutando de la noche; y todo porque aún no estaba preparado para afrontar el día y las consecuencias que podían acarrear aquellas últimas ocho horas. Se incorporó lo justo para buscar el mando sobre la mesita de noche.

—Putada domótica —gruñó con los dientes apretados cuando vio que, en lugar de bajar el estor como deseaba, lo que hizo fue conectar la fuente de agua que ocupaba la totalidad de una de las paredes. Se encontraban en la suite la Mola del hotel Milà; en el Port d'Andratx. Volvió a probar suerte, pero encendió las luces y conectó el hilo musical—. Joder, joder...

«Un mojito, dos mojitos, mira qué ojitos».

Kiki se sentó de golpe al oír la voz de Shakira y movió la cabeza de lado a lado hasta ser consciente de dónde estaba y con quién. Sonrió cuando sus ojos azules se encontraron con los de él.

—¿Qué haces? —A Rai le pareció que su voz, a pesar de sonar soñolienta, era igual de sensual que cuando la oyó por primera vez solo unas horas antes.

Él la observó cómo se mira un cuadro por primera vez, un barrido rápido desde su melena morena hasta la cintura donde la sábana ocultaba el resto de su cuerpo desnudo, para después empezar de nuevo deteniéndose en los detalles y hacerlo con una sonrisa de gozo y admiración. Ojazos azules, unos labios mullidos y tremendamente sensuales, un pecho generoso que contrastaba con la

cintura estrecha y la piel blanca como la arena de la cala que había en las inmediaciones del hotel.

«Una *femme fatale*, que me tiene loco», pensó Rai.

—Intento robarle unas horitas al día. La noche no ha terminado —le contestó.

Victoria se sentó a horcajadas sobre él y le quitó el mando, en décimas de segundo estaban a oscuras y el único sonido que se escuchaba era el del agua bajando en cascada.

—¿Y ahora? —inquirió juguetona.

Victoria pasó sus manos por la rapada cabeza masculina y la inclinó hacia delante acercándola a sus pechos en una clara invitación, pero él recorrió despacio, de arriba abajo, la piel de su espalda con un sutil roce de dedos y su boca ignoró expresamente la súplica silenciosa de su amante. Le lamió el cuello, lo besó, siguió con un mordisco en el lóbulo; recorrió con la lengua la mandíbula hasta llegar a sus labios. Las caderas de Victoria empezaron un suave vaivén incitador cuando sus bocas se hallaron.

Ninguno de los dos se engañaba, no era un beso de amor infinito que robaba el aliento y hormigueaba en el corazón. Era erotismo. Pura pasión que prendía sus cuerpos en deseo. Rai por fin le dio lo que anhelaba y le succionó el pezón de color melocotón que ya estaba duro. Con las manos agarradas a las caderas se dio la vuelta dejándola a ella debajo; la cogió por los tobillos, los besó y, con aquellos labios jugosos, recorrió ascendiendo por el interior de la pierna, alternando una y otra.

—Ahora voy a redescubrir el sabor de Victoria.

—Dios... —gimió Kiki agarrándose a las sábanas con la primera pasada de lengua.

Rai le mordió el monte de venus y la risa masculina chocó contra sus labios ya húmedos al notar como se retorció de placer. La oscuridad incrementaba las sensaciones. No poder ver, ni saber cuál sería el siguiente movimiento aumentaba el deseo. Abrió más las piernas y él la agarró de las nalgas

elevándolas para tenerla más expuesta, en ese momento oyeron unos golpes secos en la puerta de la suite.

—Policía, abra.

—¡Hostia! —soltó Rai, poniéndose en pie de golpe. Ella lo imitó.

—No pasa nada. —En un gesto tranquilizador, le puso su mano sobre el pecho de él. Cogió de nuevo el mando para subir los estores opacos y encendió la luz—. Un segundo —gritó, un poco alto, para que la oyeran desde el pasillo.

Victoria se vistió con una bata de satén blanco que había colgada detrás de la puerta del baño, cortesía del mismo hotel, y fue a abrir. Dos hombres estaban frente a ella enseñándole la placa como acreditación.

—Buenos días, somos los inspectores Gutiérrez —presentó el más mayor señalando a su compañero— y Cruz. Nos gustaría hacerle unas preguntas. ¿Nos deja pasar?

Kiki de forma automática ladeó la cabeza para mirar hacia dentro, la puerta del baño estaba cerrada y no había rastro de Rai. Abrió la puerta y los dejó pasar.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿Cómo se llama?

—Victoria.

—Documentación por favor.

Ella hizo un barrido con los ojos buscando el bolso, no recordaba donde lo había dejado la noche anterior, lo vio colgado de una de las sillas y fue en su busca. Gutiérrez, el policía joven que le cogió los pasaportes, al ver que tenía doble nacionalidad (española y rusa) elevó los ojos y buscó a su jefe que estaba dos pasos más allá, éste entendió el mensaje sordo y cifrado y se acercó.

—¿Qué hace en esta habitación? —le preguntó Cruz.

—Yo, *ehmmm*, esto... —Kiki se llevó las manos a la cara y se la frotó mientras, con los labios apretados, maldecía la idea que tuvo Angie—. Puedo explicarlo.

—Pues siéntese y empiece por el principio.

2 (Kiki)

Viernes

Había pasado la noche en vela y tenía sueño, pero a pesar de que cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, sabía que no podría dormir. Estaba en un avión, y por el tiempo que llevábamos de vuelo seguramente estaríamos sobrevolando los Alpes austriacos, a mitad de camino. Había hecho ese mismo trayecto (Moscú – Palma de Mallorca) como mínimo dos veces al año desde hacía casi diez. Me mudé a la capital rusa donde poco a poco fui escalando en el campo de la Gemología y metales preciosos hasta terminar trabajando en el lugar que deseaba: el Fondo de Diamantes.

Me gustaba mi trabajo, era mi pasión, pero volver a Mallorca era volver a mis raíces y ver a la única familia que tenía: las chicas. Y no es una forma de hablar, es que no tenía a nadie más.

Mi madre, Katya, era rusa y hacía quince años que había muerto por culpa del maldito cáncer; y mi padre, Rafael, malagueño, y del que solo tenía una vieja fotografía.

Rusia y España. Dos países que corrían por mis venas, mezclados.

Una matrioska flamenca.

Un Bloody Mary de vodka y gazpacho.

Un... mejor paro ya y dejo para otro momento el culebrón que es esa parte de mi vida.

Suspiré, tenía el estómago hecho un manojito de nervios. Soy de las que le

gusta tenerlo todo bajo control y dejar al destino lo mínimo, y aquel viaje había surgido de forma demasiado precipitada y era una locura en sí. Aunque lo vi como una señal, la oportunidad que llevaba meses esperando. Casi toda mi vida, a decir verdad.

—¿Qué planes tienes para este fin de semana? —me preguntó Angie.

Era el jueves a mediodía, acababa de comer y estaba en mi despacho hablando vía Skype con las chicas: Angie —Angélica, aunque ella odie su nombre completo— que era mi mejor amiga desde el parvulario. Su hermana Lourdes —Lulu— dos años menor, pero que siempre estuvo con nosotras y Gloria —Ioia— su mujer.

—Ninguno, ¿por?

—Pues haz las maletas, que te vienes.

—Si me pagas tú el billete, encantada —respondí.

—Billete pagado y la suite del hotel Milà a tu entera disposición.

—Angie, ¡al grano! —la interrumpió Lulu.

Eran como el agua y el aceite. Angélica era de enrollarse como una maruja para contarte hasta el último detalle, y eso a su hermana la sacaba de quicio, porque Lulu era de las que, si podía contestarte con una palabra, no gastaba dos.

—Vale, voy. ¿Os acordáis de la despedida de soltera de Milenka? —Todas asentimos. Hacía poco más de un año que Angie había abierto su empresa como organizadora de bodas y otros eventos del mismo cariz, y esa despedida era el primer gran encargo que le habían hecho. Una novia rusa, con mucho dinero para gastar—. Pues hoy, a dos días de la celebración, dice que no hay despedida.

—¿Cómo que no? —le pedí, sorprendida.

—Pues eso. No ha querido entrar en detalles. Solo que ella no venía. Y ahí entras tú, bueno, nosotras. Porque al terminar me ha dicho que lo aproveche con mis amigas.

—¡¿Estás de coña?! Es... —empezó a decir Gloria.

—No hay opción a reembolso. Así que, si no lo aprovechamos nosotras, es

dinero perdido.

—Pero a cambio de tu remuneración o ¿qué? —insistí.

—Que va, yo ya he cobrado. Bueno, ¿qué me decís? Será la despedida de soltera que mereces.

—¡La que está prometida eres tú! —repliqué, mordaz.

Angie se casaría en tres meses, y nada menos que con mi vecino de la infancia. Miguelín era nueve años menor que nosotras y fuimos algo así como sus canguros. Fue él quien, desde enano, en lugar de llamarme Vicky empezó a decir Kiki. A Angie le gustó y desde entonces tengo ese apodo. Miguelín se ha pasado toda su vida enamorado de ella y Angélica se ha hecho la remolona. Decía que era como su hermano, le tiraba atrás la diferencia de edad, pero a finales del año pasado algo surgió. Llevaban prometidos un mes escaso.

—A mí me conocen y no puedo ir ahora como la novia. Lulu y Gloria se casaron el año pasado.

—¡Pero si no tengo ni novio!

—La despedida es antes de la boda, en ningún sitio está estipulado cuánto tiempo antes —recalcó con un matiz burlón.

—No lo veo claro —repliqué al mismo tiempo que la pareja aceptaba, ilusionada con el plan:

—Es genial.

—Nos apuntamos.

—Piensa que será como mi despedida, pero encubierta —insistió, cambiando de táctica.

—A ver —dije condescendiente y exhalé el aire lentamente—, explica el *planning* en detalle.

—¿Es qué no me habéis escuchado todo lo que os he ido contando?

—¿Nos lo preguntas en serio? —la vaciló su hermana.

Claro que la escuchábamos, pero sin prestar demasiada atención, todo sea dicho. Cuando se ponía a hablar de tules, colores, tipos de flores, música, luces, que si un local, el otro... era pesadísima. Recordé algo de un barco, pero no

estaba muy segura de si era para aquella despedida, para una boda en agosto o una *baby shower*.

—Seréis... pues ahora os quedáis con las ganas. Tu vuelo sale mañana viernes a las doce menos veinte del mediodía.

—Espera, yo no he aceptado. Además, no sé si me van a dar el día libre.

—Pues ya puedes ir empezando a llamar a tu jefe.

—Joder, Angie, ¿sabes que odio las prisas!

—Te prometo que va a ser un fin de semana para recordar el resto de nuestras vidas. ¿Es que acaso no quieres vernos?

—No juegues con eso, sabes bien que...

—Que nada, ¿redobles de tacones? —me interrumpió con cara suplicante de niña buena.

Como respuesta, repiqué el suelo con mis zapatos de tacón y las tres, al oírme, hicieron lo mismo. Era nuestro propio grito de guerra.

—Voy a hablar con mi jefe. Y tú —dije señalando a Angie— mándame un email con el detalle de los vuelos y todo.

Mi jefe, el señor Popov era... como lo diría, alguien con personalidad múltiple. Eso implicaba que tuviera días la mar de agradables en los que trabajar con él era fácil y otros que... lo mejor era ni dirigirle la palabra. Y para mi gran suerte, píllese la ironía, aquel día era uno de los malos. Cuando lo vi llegar de su hora del almuerzo me levanté de la silla, y antes de cruzar la puerta de mi despacho me re Coloqué un poco la ropa —camisa azul añil y el pantalón negro de cintura alta— y me peiné un poco con los dedos la melena que llevaba suelta. Me di cuenta de que aún llevaba las gafas de cerca puestas y volví sobre mis pasos para dejarlas sobre mi mesa. «Inhala, exhala...» con esta frase como mantra, recorrí el pasillo. Su secretaria me dio permiso y entré en su despacho.

El Fondo Estatal de Diamantes de la Federación Rusa está situado dentro del Kremlin y es una de las tres colecciones de joyas más importantes del mundo,

junto con la de Reino Unido y la Corona Persa. La colección empezó a formarse en el siglo XVIII con la idea de que las joyas más importantes no solo pertenecían a la familia Romanov, sino a todo el estado ruso.

En 1914, con la amenaza de una posible invasión alemana debido a la Primera Guerra Mundial, la colección fue enviada de San Petersburgo al Kremlin de Moscú para su seguridad. Allí estuvo protegida hasta después de la Revolución Rusa en 1917.

No se encontraron hasta 1926, cuando las piezas fueron fotografiadas y catalogadas. Una enorme selección de ellas, cerca del setenta por ciento de la colección original, al año siguiente fueron vendidas en la casa Christie's, en Londres.

El resto, que son históricamente y artísticamente las más importantes del conjunto fueron expuestas por primera vez en 1967 como conmemoración del cincuenta aniversario de la revolución, y fueron exhibidas en una bóveda especial bajo el Kremlin a altos funcionarios y dignatarios extranjeros. Desde la caída del comunismo, las piezas están expuestas al público.

Yo trabajaba en la recuperación de esas joyas. Tasaciones, subastas... y en la organización de la exposición que este año, como conmemoración del centenario de la revolución habíamos organizado, viajaría a los cinco continentes y visitaría más de veinte ciudades. Entre ellas, Palma de Mallorca, donde estaba actualmente. Hacía solo dos semanas que la habíamos inaugurado.

Toda excepción tiene su regla y sentada en la silla frente al señor Popov tuve la muestra. Me daba el día libre con una condición, tenía unos amigos que querían no solo visitar la exposición, sino que les interesaba un pase privado y quería que yo me encargara.

—Estaré encantada. ¿Alguna hora en concreto?

—Déjeme que lo consulte y ya la informaré.

Y allí estaba, en un avión de camino a mí “despedida de soltera” que en realidad

era la de Angie, pero de forma “encubierta” porque realmente la novia era una tal Milenka. Era algo raro, porque yo estaba soltera y nada hacía pensar que dejaría ese estado en un tiempo cercano. Cuando volvimos a conectarnos ayer por la noche, Lulu lo planteó como un fin de semana más.

—Solo que con... —empezó a decir Angie, cuando vio que iba a chivarnos lo que nos esperaba se calló y terminó con—: más glamur.

3 (Kiki)

Angie vino a recogerme al aeropuerto. Al salir busqué su melena pelirroja. Las dos hermanas eran muy parecidas, ambas tenían una larga melena de fuego, pecosas y de ojos marrones. Altas, las dos rondaban el metro setenta y levantaban envidias con sus cuerpos curvilíneos. Estaba impresionante, llevaba un vestido de color azafrán, de mangas japonesas con un poco de volante y un ribete en azul noche marcaba el corte de cintura baja en las caderas. Las bailarinas, a conjunto con el ribete y el bolso.

En el otro extremo estaba yo, con una blusa de un solo hombro a rayas marineras, unos capri blancos y sandalias de cuña en azul marino. Llevaba el pelo recogido en un moño, me lo había hecho cuando aterrizábamos para disimular que había salido de casa sin secarlo y que había pasado cinco horas apoyado en el reposacabezas del asiento.

Al vernos nos pusimos a correr una en busca de la otra, daba igual que solo hiciera dos semanas que nos habíamos despedido en ese mismo aeropuerto. Cuando nos abrazamos nuestros pies se pusieron a hacer un redoble de tacones. Ni recuerdo cómo empezó esa manía, pero era tan antigua como natural. Con mi nariz aún escondida entre su pelo, su olor me envolvió. Si cierras los ojos y piensas en la fragancia que tiene el cariño y la ternura, que huele a mimos de abuela y de hogar, estoy segura de que a muchas os olerá como a mí, a Nivea. Sí, Angie era clásica hasta para la crema que utilizaba y aunque a veces me burlaba, me encantaba.

—Va a ser genial. No te arrepentirás —gritó cuando me soltó. Nos conocíamos tan bien que éramos capaces de responder a preguntas que ni siquiera habíamos pronunciado en voz alta.

—Pues venga, ¿qué toca ahora?

—Ir a la plaza a comer un *llonguet* de sobrasada y queso de Mahó. —La boca se me hizo agua solo de oírla y mis tripas rugieron como unas *cheerleaders* en la final de la Super Bowl—. He variado un poco el plan. Sabía que te gustaría.

—Eres la mejor organizadora.

—A las amigas y a los maridos se les conquista por el estómago.

Cogidas del brazo como dos abuelitas nos dirigimos a la salida, al pasar por delante de una de las cafeterías algo me llamó la atención. Mejor dicho, alguien. Un tipo estaba sentado al lado de la cristalera que daba a las pistas, llevaba una gorra gris y tenía un portátil delante que impedía ver otra cosa que no fueran sus ojos. Eran de un verde agua extraordinario; fue un instante, durante una milésima de segundo nuestras miradas se enredaron, después bajó la cabeza y la pantalla del portátil me lo tapó. Angie tiró de mí cogiéndome del codo, ignorante completamente de lo que me había despistado, y empezó a contarme algo, aunque no lo recuerdo porque seguía con la imagen de aquella mirada en mi cabeza. A la segunda vez que me dijo “¿me estás escuchando?” decidí que unos ojos bonitos no eran un buen motivo para ignorarla y le presté toda mi atención.

Mi dieta es casi siempre vegetariana. Y ese “casi” tiene nombre propio: sobrasada. He sido incapaz de renunciar a ella. Supongo que porque tiene el poder de transportarme al pasado, donde me veo en el salón de casa, sentada en el sofá al lado de mi madre y cenando un sándwich caliente de sobrasada y queso mientras vemos por milésima una de sus películas favoritas, *Corazón de cristal*.

Angie lo sabía y por eso estábamos en aquella terraza. Di un trago a mi caña y suspiré con la cabeza hacia atrás dejando que los rayos de sol me calentaran las mejillas:

—Dios, como echo de menos este clima.

—Es tu parte andaluza que con el sol sale a la superficie. Vuelve.

—Mi trabajo está allí.

—Y sé que te gusta, pero estoy segura de que encontrarías algo aquí. ¡Que las perlas Majorica no tienen nada que envidiar a las rusas!

—Puede, no sé...

—¿Te lo estás planteando? —Gritó entusiasmada. No le contesté, pero supongo que mi cara le dijo que no quería hablar del tema, pero que sí, que últimamente lo había pensado en más de una ocasión—. No dudes. Vuelve. Busca un marido. Y pongámonos a parir.

Solté una carcajada y ella me copió.

—No empieces.

Soy de las que opina que no todo el mundo ha nacido para estar en pareja y a ella le costaba entender que mi futuro no implicara un hombre en él. Sabía que su madre, Marta, tenía parte de culpa de aquella idea. Cuando cumplimos los treinta, mi amiga entró en una especie de bucle: casarse, hijos, casa... y de allí no salía. Se lo impuso como un reto, una meta. Fue su objetivo aquel año, como quien quiere aprender inglés o apuntarse —e ir— al gimnasio. Como si con desearlo con ahínco hiciera que... ¿Cupido? la tomara en consideración y verla predispuesta la hiciera subir a los primeros puestos en la lista de espera. Lo pasó mal, tanto como para acudir a un psicólogo. Pero, a pesar de que aquella necesidad seguía allí, se fue a vivir sola y empezó a poner en práctica aquello de “para estar bien con la gente primero tienes que estar bien sola”.

—Es antinatural. Hasta los animales...

—Mira a tu alrededor, Angie —la interrumpí—, este mundo es cada vez más *single*. Solo tienes que pasearte por los supermercados y verás que los packs familiares están de capa caída.

Puede que mi progenitora también influyera en mi opinión. Me explico. Nunca tuvo pareja. Siempre fuimos solo las dos. No eché de menos a un padre, porque mi madre era tan especial que cumplía con creces ese papel. Era alocada, divertida cuando tocaba, pero también estricta. ¡Joder, fue la mejor madre del mundo!

No vivió como una monja. Ni era su intención, tampoco es que renegara de las relaciones después de lo que ocurrió con mi padre. Katya, mi madre, en verano del año ochenta, cumplió veinte años y se vino a la isla a pasar el verano. En esa época ya era un destino favorito para mis compatriotas; claro que solo para los que se lo podían permitir. Allí conoció a mi padre, Rafael, un malagueño que trabajaba en el hotel donde ella se hospedaba. Pasaron aquellos dos meses juntos, y según Katya fue el mejor verano de su vida. Cuando volvió a San Petersburgo, a los pocos días se dio cuenta de que estaba embarazada. Mis abuelos, al enterarse, le dieron dinero para instalarse donde quisiera, con la condición de no volver nunca más. Para una familia de su posición, muy conocidos por su cadena de joyerías Llyin, aquello era una deshonra que no estaban dispuestos a asumir.

Pero la vuelta a la península no fue como ella se esperaba, Rafael había terminado la temporada y ya no estaba allí. Decidió ir hasta Málaga y buscarlo en la dirección que él le había dado, pero la calle no existía. Cuando se dio cuenta de que la había engañado decidió volver a la isla. Así que de mi padre solo tengo los recuerdos de aquel verano que pasaron juntos —y que a mi madre le gustaba contarme— y una vieja fotografía.

Decía que lo ocurrido con Rafael solo la había vuelto más “tiquismiquis”. No buscaba, pero si llegaba no se detendría. “Me tiraré de cabeza con los ojos cerrados, no hay nada más bonito que estar enamorado”. Pero el cabrón que llegó fue el cáncer y durante cinco años la tuvo pendiente de él, dejándola respirar en tan pocas ocasiones... hasta que ganó y se la llevó. Dejándome sola.

Y ahora teníamos treinta y cinco, Angie estaba prometida y yo... la asignatura pendiente que había tenido toda mi vida, aquel peso familiar que arrastraba y que influía en cada decisión que había tomado, estaba llegando a su fin. Y tenía miedo. Los retos en sí no asustan, lo que asusta es poder conseguirlos, porque con ellos viene el gran: ¿y ahora qué?

No tenía ni idea de qué sería mi vida sin aquel lastre. Tenía un trabajo que

me gustaba y me apasionaba. Tenía un don, algo que llevaba en el ADN, para las piedras preciosas. Sabía reconocerlas, el brillo, el corte, su procedencia... y por ello me había convertido en un referente en el sector, sobre todo, si hablamos de orfebrería rusa.

No tenía más familia que las chicas, que, a pesar de vivir a casi cinco horas de avión, las sentía cerca. A ellas, a sus padres Marta y Jaime, y a la tía Jacinta.

Un zarandeo en mi silla me hizo volver a la realidad.

—Perdona.

—¿Se puede saber en qué pensabas?

—En ti y en tu familia.

—La abuela ha preparado una comida para el domingo, no te vas a ir sin verla.

—Perfecto. ¿Y ahora qué plan tenemos? ¿Me da tiempo de pasar por el museo?

—¡Doña control al poder! —se burló—. Pero si seguro que lo tienes todo listo.

—Una cosa no quita la otra.

—Pues si te parece, te dejo allí mientras voy a casa a por mis cosas. La suite tiene dos habitaciones y hoy dormimos todas allí.

Me gustó como sonó: una fiesta de pijamas en una suite de lujo.

Pedimos dos cafés y la cuenta, mientras nos los traían saqué un rotulador negro, que siempre llevaba en el bolso, y me agaché para escribir “hoy” en el adoquín del suelo de la plaza, el más cercano a mi silla.

—No puedo creer que sigas haciendo esto —me recriminó entre dientes—. Estamos en un sitio público, ¡ya no tienes quince años!

—Es un lugar transitado, se irá en nada. Mira, es pequeñito.

—Paso, sabes lo que opino.

“Vandalismo” me había echado en cara muchas veces por esa manía que

tenía de ir escribiendo palabras en los lugares que se me antojaban. Como ella había dicho, hacía tantos años de aquella costumbre que ya era algo innato. Como entonces, una palabra y el pavimento como mi propio lienzo.

Por esas casualidades, el hotel y el museo estaban en el mismo pueblo, en el Port d'Andratx; a una media horita de Palma y donde las dos nos habíamos criado.

Bueno, casualidad, no sé si sería el término; estoy segura que el nombre de “Andratx” te suena porque fue uno de los primeros casos de corrupción urbanística del país. Se habla de operaciones urbanísticas donde mafiosos rusos llegaron a blanquear millones de euros. Ahora la zona es un enclave turístico de lujo en la isla.

—¿Estás segura de esto? —pregunté con miedo, dos horas más tarde. Estaba alucinada con la que sería nuestra habitación aquel fin de semana.

El complejo era espectacular, los arquitectos habían sabido mezclar con mucho talento la arquitectura moderna con la tradicional de la isla. Estaba situado en el Cabo de la Mola, cerca del faro y perfectamente integrado en el escarpado paisaje. La suite estaba presidida por un salón con muebles modernos y minimalistas de madera natural; las paredes y el sofá eran en blanco.

Al lado derecho estaba la cama, que debía medir como dos metros de ancho, todo era muy sobrio y elegante. El “menos es más” reinaba en cada rincón. Al lado contrario había dos puertas, una era el baño principal y la otra era una habitación extra que contaba con una cama doble y baño propio. La pared que daba al exterior era toda de cristal y estaba abierta, logrando que la fusión entre la naturaleza y la suite fuera armónica. La terraza privada, sobre las mismas rocas, tenía césped, jacuzzi, una mini piscina y unas vistas privilegiadas del faro y la costa.

—Alucinante —dije con la boca abierta dando otra vuelta por la estancia.

—¡Quieres parar de una vez! Creo que es necesario que nos pongamos el bikini y nos demos un remojón en la piscina, tienes que relajarte.

A decir verdad, no las tenía todas conmigo, me sentía algo así como una

estafadora. Pero la vida tiene sus propios caprichos y si hay que tomarse un coctel —o cuatro— estando a remojo en la piscina privada de la mejor suite de toda la comarca, pues hacemos el esfuerzo de realizarlo y disfrutarlo. Que hay que ser positivos, siempre; era mejor estar allí que en una camilla sufriendo una colonoscopia que no te corresponde.

¿Quién no ha soñado con una vida rodeada de lujo? Sin preocuparte de números rojos o de cabrearte porque la última factura del taller mecánico donde llevaste el coche, por ese ruidito raro que hacía, se ha *tragao* el presupuesto que tenías reservado para el abrigo que viste en la tienda de la esquina. Porque, a una servidora, cuanto más madura más le gusta vestir con estilo y elegancia y, sobre todo, diferente y no parecer un clon de hijos de Amancio Ortega.

Cuando llegó la parejita teníamos la piel arrugada como dos pasas e íbamos por el segundo coctel. Una receta inventada por Angie. Solo sé que llevaba vodka y algo de fruta, pero entre que estaba fresquito y dulzón entraba demasiado bien... Tengo que confesar que además nos zampamos todos los bombones de cortesía que habían dejado sobre la mesa junto a un espectacular ramo de peonias. Bueno, eso y las dos tabletas de Toblerone... Si es que el chocolate nos vuelve loca a las cuatro, pero dos fueron más lentas y ni los cataron.

Seguía sin tenerlas todas conmigo, había algo en aquel plan que me chirriaba. De hecho, no entendía por qué estaba todo a nombre de Angie, incluidas las reservas. De eso me enteré cuando llegamos y no pasamos ni por recepción; ya había pasado aquella misma mañana para registrarse. Me dijo que eso facilitaba las cosas. Milenka, la novia rusa, le había ido pasando las transferencias y ella pagaba. “Así de simple”.

Venían directamente del trabajo. Lulu era maquilladora en un stand en el Corte Inglés, y aparte maquillaba por encargo, tenía un canal YouTube donde se había hecho conocida gracias a sus tutoriales. Gloria era periodista y trabajaba en el periódico de la ciudad, en la sección de vida sana-moda-gastronomía... bueno, acababa escribiendo de cualquier cosa que le pidieran. Una todoterreno

de los artículos, como le gustaba llamarse, en un tono divertido y muy frustrado.

Pronto le cogimos el ritmo al lujo, a las nueve y media de la noche Angie llamó a recepción para pedir que nos subieran la cena. Hacía una noche perfecta de verano, y preferimos comer allí y no bajar al restaurante. Pocos minutos después teníamos a dos camareros preparando la mesa de la terraza mientras nosotras seguíamos en el jacuzzi.

Gloria, que era de las cuatro a quien la tecnología se le daba mejor, se había pasado un rato —nada más llegar— toqueteando el sistema de domótica. Fue ella quien conectó la fuente decorativa y quien a través de la Smart TV puso música a aquel fin de semana, *Use somebody* de Kings of Leon fue lo primero que sonó en aquellos modernísimos altavoces Bang & Olufsen.

La temperatura era tan cálida que seguíamos en ropa de baño. Angie se había recogido el pelo en un moño después de quitarse el sombrero y llevaba un bañador negro con un escote en uve que le llegaba casi al ombligo. Gloria, que era la más lagartija de todas, adoraba el sol y a pesar de estar a principios de julio ya presumía de un bonito dorado y aquel trikini blanco lo resaltaba. Su mujer seguía llevando el pelo tapado con un pañuelo estampado con el que protegía su melena pelirroja del sol, la parte de arriba de su bikini era uno de persiana, en tonos flúor igual que el tanga. Yo llevaba uno con cuello halter y *culotte* con un estampado suave floreado, y una tonelada de protector solar. Era algo así como Blancanieves, morena, ojos azules y piel tan blanca que a la mínima que me tocaba el sol me convertía en Sebastián, el cangrejo de la Sirenita.

Estaba enamorada de la suite. Estar en aquella terraza con el rumor del mar a lo lejos y aquel paisaje bañado por los farolillos y las luces de ambiente escondidas en las rocas dibujaban una imagen casi onírica sacada de un cuento. Uno de mucho glamur y escandalosamente caro. El interior también me tenía fascinada, la atmosfera que se respiraba era de completa paz, el sonido de la fuente lo encontraba de lo más relajante. Todo era tan minimalista y en tonos tan

claros que cedía todo el protagonismo al azul del cielo y el del mar, fundiéndose en el horizonte, el verde del césped de la terraza, el marrón de las rocas, las flores silvestres... a la naturaleza que se colaba en esa estancia sin barreras.

—¿Qué tal terminó la noche del viernes? —me preguntó Angie.

El jueves anterior había quedado con unas amigas para ir al teatro y luego a cenar. En el restaurante me encontré con Andrey, un ex compañero de trabajo. Había *feeling* entre los dos, se notaba en las miraditas que nos dedicábamos cuando nos cruzábamos en el pasillo, pero no quería tener ninguna relación con alguien de la oficina. Eran mundos aparte y quería que lo siguiera estando. Pero él ya no estaba en el Kremlin y los dos estábamos solteros. Andrey, que estaba acompañado por dos hombres más, me invitó a cenar el viernes y acepté encantada. La noche empezó bien, pero en su casa ya fue otra cosa.

—Era un rasca y gana.

Las tres se echaron a reír. La verdad es que con dos amigas lesbianas que les encantaba hablar de sexo y lo hacían de forma natural había aprendido muchísimo sobre el cuerpo femenino y cómo darle placer. Fueron ellas las que pusieron nombre a los hombres según sus técnicas en el arte del fornicio. Un rasca y gana era el tipo que te acariciaba el sexo como si estuviera rascando un boleto. Arriba y abajo con prisas, pero sin añadir nada.

—Dios, estos raviolis rellenos de ratatouille están increíbles —cambió de tema Angélica, la más reacia de todas a hablar de sexo.

La mesa redonda estaba colmada de platos que íbamos degustando sin prisas. Chupitos de melón con piñones al toque de menta, tataki de atún con guacamole, sashimi de salmón con salsa ligera de wasabi, wok de ternera...

Gloria levantó la copa y la utilizó de campanilla con el dorso del cuchillo:

—Un brindis por Milenka, me da una grandísima pena que no pueda estar aquí disfrutando de esto —dijo solemne, aunque sonó a recochineo.

Chin-chin, para dentro.

—El mundo es así, equilibrio. Mientras unos lloran, otros ríen —le contesté.

Chin-chin, para dentro.

—Vamos a homenajearla como corresponde.

—¿Y eso significa? —le preguntó con la ceja levantada, Angie a su hermana.

—Disfrutar del paraíso.

Chocamos las copas de nuevo y bebimos el vino que nos quedaba, me giré para coger otra botella de vino blanco que nos habían dejado en una cubitera en un carrito, y volví a rellenarlas. Reímos cuando Lulu se comportó como una abuela del IMSERSO y empezó a decirme “echa niña, echa” hasta tener la copa llena del todo.

—Y el anterior te tocó uno que entraba sin llamar. ¡Qué racha! —Esos eran los que no perdían el tiempo ni en tocarte, iban a la penetración directos.

—Ni me lo recuerdes —contesté a Lulu, volviendo al tema—. Deberíais hacer un libro o hasta subir videos educativos en YouTube. Ni recuerdo el último polvo en condiciones. Nos piden que chupemos, acariciemos con la lengua, juego de presión... ¡Las reglas son las mismas para todos!

—Son así de básicos —siguió su mujer—. Creen que todo está hecho por tener un pene. Si tenemos un clítoris, el único órgano pensado para dar placer, será por algo.

Gloria desde siempre había tenido claro que le gustaban las chicas, en cambio Lulu, no. No fue hasta que la conoció que se dio cuenta que era lesbiana. Pensaba que era un problema de compatibilidad con los chicos, ninguno conseguía excitarla lo suficiente hasta que llegó su Ioia, y ahí ya saltaron los fuegos artificiales.

—Me pregunto cuántos habrán buscado en el Google Maps dónde está el punto G —bromeó Angie, achispada.

Por esas raras combinaciones que a veces surgen en las conversaciones, pasamos de hablar de GPS a un nuevo vibrador que había probado la parejita y que solo con verles la cara de placer con que la que lo contaban daban ganas de coger el móvil y hacer un pedido online.

—Y al final la vida se resume en que, derivado de una palabra como es

“consolar”, para las mujeres se refiere a un consolador y para los hombres a una consola de videojuegos —dijo Gloria, y mientras asentíamos con la cabeza como si nos fuera la vida en ello, estallamos en una estruenda carcajada que la brisa de verano se llevó más allá del acantilado.

La conversación siguió y siguió. Igual que las risas y los chupitos de vodka caramel.

4

Rai salió en ese momento del baño acabándose de poner la camiseta negra que había llevado la noche anterior al salir del club. Victoria no sabía el rato que había pasado, pero por el olor con el que impregnó el aire de la suite supo que se había duchado y parecía de lo más tranquilo. Su comportamiento era del todo irracional teniendo en cuenta el motivo por el que se había escondido, pero todo tuvo sentido cuando el inspector jefe se acercó a él. Ella no solo comprendió que se conocían por la forma en la que hablaron en voz baja. Con aquel comportamiento también le quedó claro que su amante era policía.

—Continúe, por favor —le pidió Gutiérrez.

—Eh, si... —Le costó coger el hilo de la crónica porque no podía dejar de observarlo, en cambio Rai actuaba como si fuera un fantasma y no la viera. Ni una sola mirada, ni una sola palabra le había dedicado desde que se encerró en el baño—. Si me permiten voy a prepararme un café, ¿les apetece?

Victoria no esperó respuesta y se levantó acercándose al único mueble de la sala de estar. Tras la puerta de madera se ocultaba la nevera, una cafetera y un hervidor de agua. Sacó las tazas y empezó a preparar los cafés. Aunque no se giró sabía que los tres no dejaban de observarla. Cuando acabó, los colocó sobre una bandeja, junto a unas galletas y que depositó sobre la mesa baja de madera de ciprés.

—Gracias —dijeron los dos inspectores que se habían sentado en uno de los sofás y que quedaba delante del que ella había estado sentada hasta ese momento.

Sus ojos buscaron a Rai que se había sentado en el sillón, al lado del suyo, esa vez sí la estaba mirando y le dedicó una vaga sonrisa.

A Rai le sorprendió que ella ni se inmutase, que su cara no cambiara ni un ápice al saber que era policía.

—Recapitulemos, así que está diciendo que usted solo está aquí porque su amiga es la organizadora de una despedida de soltera, a la cual la novia no se ha presentado y ustedes han ocupado su lugar.

—Estaba todo pagado y era una lástima que se perdiera.

—Ya. ¿Sabe el nombre de la novia?

—Milenka. ¿Quieren que llame a Angie para que venga y...?

—Después —la interrumpió Gutiérrez—. ¿Pasaron aquí la noche?

—Exacto.

—¿Y al día siguiente?

—Por la mañana Angie había organizado un viaje en yate.

—¿Dónde fueron?

—No tengo mucha idea, pero diría que seguimos la costa. Estaba a la vista todo el rato. Muy bonita, por cierto.

Se inclinó un poco hacia adelante para dejar su taza vacía en la mesa y en ese gesto la bata se abrió un poco más en la zona del escote y dejó ver todo el canalillo, detalle que no pasó desapercibido por ninguno de los tres. Sobre todo para Rai que estaba a su lado y pudo ver claramente el pecho izquierdo y como el pezón rozaba sensual la seda. Tosió y ella lo miró, y en aquellos ojos azules el policía no supo ver qué era lo que brillaba, si incomodidad por la situación, miedo o una descabellada teoría en la que ella estaba disfrutando.

—¿Iban solas? —Siguió Cruz.

—Sí.

—¿Se cruzaron con algún barco?

—Pues claro, es verano...

—Digo si... algún tipo de embarcación se les acercó como...

—¿Para pedirnos sal? —le interrumpió Kiki, sarcástica.

Rai se levantó hecho una furia. «Maldita sea...», rugió por dentro cuando sintió una nueva sacudida en los pantalones. Aquel interrogatorio le estaba

poniendo de mal humor, «eso o haber dejado el polvo a medias...». Aún notaba una media erección que era incapaz de bajar pese a la situación. Y allí estaba Victoria, tan serena, sentada de aquella forma que hacía que sus piernas pareciesen eternas, la bata tan sedosa patinaba sobre su suave piel blanca y ella la iba recolocando sobre su muslo, pero al dejar la mano volvía a caer. «Torturándome». Aquel maldito trozo de tela lo estaba martirizando como pocas cosas lo habían hecho en su vida y cada vez que apartaba los ojos de ella y los desviaba a otro objetivo, se chocaba con la cama y recordaba demasiado bien la noche.

«Quien dice la cama, dice el jacuzzi, la mesa... Basta, quieres concéntrate, ¡gilipollas!», se recriminó.

—Kik... Victoria —rectificó su amante—, será mejor que vaya a cambiarse de ropa.

—Oh, por supuesto —añadió Cruz—. Discúlpenos.

—No pasa nada.

Ella no se dio cuenta, pero cuando les dio la espalda, el inspector Cruz le hizo una seña a Rai para que fuera a vigilar. Le levantó el dedo índice y sin decir nada lo amenazó.

«Nada de juegos, señor. Comprendido», respondió Rai para sí.

Victoria sacó la ropa de un armario, perfectamente camuflado con el color de la pared, y se fue al baño dejando la puerta entornada. Rai se quedó en el marco, sin llegar a entrar y de lado para que sus colegas lo vieran. Kiki ya llevaba la ropa interior puesta y él, al verla de espaldas vistiendo solo aquel tanga y moviendo las caderas mientras se subía los shorts, le ardieron las manos de ganas por volver a agarrarse a aquellas nalgas mientras lo cabalgaba.

«Joder, qué burro me pone...», pensó y se dio la vuelta para no verla.

—¿Te llamas Rai de verdad? —Kiki había terminado de ponerse una camiseta básica blanca de tirantes y, descalza, se había acercado a él quedando a escasos centímetros.

—No te mentí —contestó sin apartar la vista de sus compañeros.

—Así que el trabajo familiar era policía... ¿No piensas mirarme? —le preguntó.

—No puedo.

—¿Por qué, te lo han prohibido? —insistió, con una media sonrisa bailando en sus labios y alzando una ceja.

Rai la miró un instante, bajó la cabeza a la altura de la suya para que nadie más lo oyera. «Porque aún tengo tu sabor en el paladar», pensó, aunque acabó cambiando la respuesta:

—Porque si te miro, querré besarte.

—¿Ha acabado? —los interrumpió Cruz alzando la voz.

—Sí —respondió ella.

Pasó frente a un Rai que apretaba los puños pegados a sus muslos en un gesto con el que quería descargar aquella “tensión” y fue a sentarse en el mismo sitio.

—Nos hemos quedado en que estuvieron solas en el barco. ¿Hasta qué hora?

—Volvimos a la hora de comer.

—¿Y por la tarde?

—Comimos en el puerto y después vinimos aquí a echarnos una siesta antes de irnos a una clase privada de pole dance. —Al oírla, Cruz carraspeó y dirigió la mirada a Rai que ni se dio cuenta porque este último solo tenía ojos para ella que lo observaba también con picardía—. Y después, volvimos al hotel con prisas porque yo tenía que estar a las siete en el CCA.

—¿En el museo? ¿Para qué?

—Soy la encargada de la exposición sobre las joyas de los Romanov.

Los tres policías cruzaron unas miradas que provocaron que a Victoria se le helara la sangre.

—¿Y qué tenía que hacer allí?

—Mi jefe me pidió que hiciera un pase privado a unos amigos suyos.

—De acuerdo, sigamos entonces desde ahí.

5 (Kiki)

Sábado

A pesar de que ni recuerdo a qué hora nos acostamos —solo sé que era bien entrada la madrugada—, y de la cantidad de alcohol que ingerimos, nos levantamos sin esfuerzo. Está claro que la calidad del alcohol influye en la resaca. Como para la cena, Angie fue la encargada de llamar para que nos subieran el desayuno y mientras, nos preparamos para ir en barco.

La mañana era perfecta, el sol ya calentaba cuando nos acercamos al muelle en Puerto Portals, uno de los más exclusivos puertos del mundo.

La sorpresa fue mayúscula cuando ya en alta mar dos monitores nos dijeron que íbamos a hacer submarinismo. Lo habíamos hecho algún verano, pero cerca de la costa. Entre risas y gritos nos pusimos los neoprenos, repasamos los códigos como medida de seguridad y nos lanzamos por la borda.

Sonaba *Honey, I'm Good* de Andy Grammer cuando subimos de nuevo a cubierta. Nos ofrecieron un pequeño piscolabis, pero hasta en ese detalle se notaba el glamour, porque no nos ofrecieron cervecita y ganchitos, no, fueron unas copas de champán y unos canapés muy sofisticados.

Como broche final se nos acercaron una familia de delfines. Un nudo se me formó en la garganta cuando vi a la cría saltar y jugar con su progenitor, sin poder evitarlo pensé en mi madre. Odiaba no poder hablar con ella, la echaba de menos. Aquel sentimiento aparecía de la nada y en los momentos más insospechados, como entonces solo por ver unos delfines. Sentí como un cuerpo se pegaba al mío y como me pasaban un brazo por encima de los hombros, arropándome. Angie.

Éramos distintas, tanto en la forma de ver la vida, en la de vestir, en todo, pero nos complementábamos; después de más de treinta años seguíamos siendo como uña y carne. Nuestras madres se conocieron porque nosotras éramos como siamesas, siempre íbamos como pegadas desde el parvulario. Al final, acabaron haciéndose buenas amigas.

Su padre, Jaime, tenía una empresa de construcción y contrató a mi madre como secretaria e intérprete para todos los asuntos relacionados con Rusia. Mamá siempre dijo que era un hombre con visión; que sabía ver donde estaba el negocio, aunque también decía que tenía una flor en el culo porque salía indemne de todos los chanchullos en los que se veía comprometido.

Fui una niña normal, a pesar de no tener padre y de que hubiera gente que se creía con derecho a opinar de este tema y provocarme más de un disgusto. Pero todo cambió cuando cumplí los quince años y a mi madre le diagnosticaron un cáncer de mama, a partir de entonces mi vida se centró en ella. Marta y Jaime se volcaron en ayudarnos y mientras yo estaba en el instituto, Marta estaba pendiente de ella. Mis días se resumían entre el instituto y cuidarla, poco más. Mientras que Angie y su hermana conocían a su primer amor, yo leía a mi madre clásicos de la literatura rusa como *Doctor Zhivago*, *Anna Karénina* o *Guerra y Paz*.

Murió cinco años después, y a pesar de eso, mi vida cambió poco. La dediqué a estudiar. Tenía un propósito, solo había hecho una promesa en mi vida, se la hice a mi madre y estaba dispuesta a todo para cumplirla. Empecé a salir algunas noches y llegaron los rollitos. Nada de dramas, cogía lo que se me ponía a tiro. Rollos, unos cuantos, novio formal, ninguno. Me parecían una pérdida de tiempo. Luego me mudé a Moscú donde fui escalando hasta mi actual puesto de trabajo. No me sentía sola, me había acostumbrado, pero de tanto en tanto necesitaba volver a la isla a por una dosis de mimos de aquella familia que me había adoptado.

Almorzamos en uno de los restaurantes en el mismo puerto. La segunda vez que

el camarero, tan jovencito que no parecía tener ni los dieciocho, vino con nuestras bebidas se quedó ensimismado mirando a Gloria. Lulu pasó un brazo por encima del hombro de su chica y dejó la mano a la altura de su pecho derecho.

—Chaval, ésta es de chirlas y no de gambones —soltó Lulu y, sin vergüenza, estrujó la teta de Gloria que le contestó ladeando la cabeza y buscando un beso. El chico les guiñó un ojo y se largó riendo, dejando claro que, en lugar de sentirse rechazado, se lo tomó como una clara invitación.

—¿Tenías que ser tan explícita? —le recriminó su hermana.

—Las cosas claras y la yema con patatas fritas.

El resto fue de lo más normal. Una comida entre amigas donde tratamos todo lo esencial; entiéndase, nada de filosofadas sobre la vida, la muerte o el universo, no; eran temas vitales en una tertulia de ese estilo: las últimas compras que habíamos hecho, de libros o de la increíble serie *This is us* que nos tenía a todas enganchadas esperando la segunda temporada.

Al terminar, la misma limusina que nos había llevado hasta allí nos devolvió al hotel y nuestra organizadora particular nos aconsejó hacer la siesta:

—Descansad un rato que la tarde y la noche van a ser largas.

La parejita se fue a su habitación, Angie prefirió la cama y yo opté por la terraza. Me tumbé en una hamaca doble que había a la sombra, con la compañía de la brisa y las gaviotas y su “risa burlona”. No tenía ganas de dormir, estaba demasiado acelerada por todo lo que estaba pasando.

A las cuatro y media volvimos a subirnos a la limusina y hasta que no llegamos Angie no soltó prenda de dónde íbamos, ni a qué.

—Bienvenidas a nuestra primera clase de pole dance —anunció al fin, sacando del bolso maxi que llevaba mallas *culottes* y tops para todas.

Dios, creo que jamás en mi vida me he reído tanto como aquella hora que pasamos allí dentro metidas, con una profesora que nos enseñaba los entresijos de la barra vertical mientras ensayábamos una coreografía. La única que tenía arte para la danza era Gloria y se le notaba, la muy pécora estaba de lo más

sensual y Lulu le dijo que quería un pase privado esa misma noche. Las otras, mejor no intentar explicar qué parecíamos allí restregando nuestro cuerpo alrededor de aquella barra metálica. Venga va, lo digo, entre el sudor y las risas que me dejaban sin fuerzas, me sentía como un pollo a *l'ast, espatarrao*, dando vueltas. Nada sexi os lo aseguro.

De vuelta a la suite, ellas se atrincheraron de nuevo en la terraza, Angie optó por la hamaca y la parejita por el jacuzzi. Yo, en cambio, me fui al baño y me duché con prisas mientras escuchaba mi canción “chute” —algo así como *Eye of the tiger* para Rocky— *Hall of fame* de The Script. Me vestí elegante, con una falda lápiz color verde esmeralda con una pequeña abertura encima de la rodilla izquierda y un top sin mangas de encaje en color marfil. Los stiletto los combiné con el cinturón —de triple vuelta— en un tono marrón metalizado. Me gustaba vestir elegante en el trabajo, no me gustaba presentarme en vaqueros frente a piedras de gran belleza.

Me recogí la melena que volvía a lucir su color natural, un castaño oscuro, en un moño sencillo. Si a Angie poner un tres delante le dio por buscar marido a mí me dio la vena de teñirme de rubia. Lo llevé así durante casi cuatro años. Me maquillé un poco para potenciar el azul de mis ojos y para los labios escogí un tono muy clarito, un nude melocotón, porque me parecen demasiado grandes y siempre busco que no llamen mucho la atención.

A las siete menos cuarto de la tarde llegué al museo. El Centre Art Contemporani era de un estilo minimalista. Igual que en el hotel, el exterior tenía referencias a la arquitectura tradicional. Era un edificio de cuatro mil metros cuadrados, lo que lo convertía en el centro de arte contemporáneo más grande de Mallorca y uno de los más importantes de Europa. Durante un mes sería la residencia de la exposición.

A las siete, puntuales, llegaron seis parejas. Su nivel adquisitivo brillaba en cada detalle, desde los zapatos, hasta las joyas o el peinado de las mujeres. Me

presenté y les pedí que me acompañaran. Empecé a contarles un poco de historia sobre la joyería rusa, como que se remonta a más de mil años atrás.

—La influencia constante de los joyeros extranjeros, combinada con la creatividad propia de los orfebres rusos terminó estableciendo una industria en ese sector de gran importancia e influencia para el país. Muchos joyeros famosos trabajaron en Rusia y algunos, como Fabergé, se han hecho muy conocidos.

Les conté que había cuarenta piezas, una parte muy simbólica de la colección en sí. Había objetos eclesiásticos, joyas, pinturas y trajes de los trescientos años de la dinastía Romanov que gobernó Rusia desde 1613 hasta 1917.

Aquellas joyas sí les llamaban la atención, pero pronto vi que perdieron su interés, así que me saqué de la manga una visita guiada e interactiva. Hablé con seguridad, desbloqueamos las alarmas y con dos guardias fuimos quitando las tapas de cristal blindado de los expositores.

Me puse unos guantes blancos para no ensuciarlas y, a una de las mujeres, del que imaginé que era el cabecilla de la panda, le puse la corona real. Solo tuve que oír sus risas y ver cómo les brillaban los ojos, sobre todo a ellas, para saber que había dado en el clavo y tenía toda su atención.

—¿Puedo hacer unas fotos? —preguntó un hombre, con un gran parecido a Gorbachov, sin la mancha, detrás de mí.

—Les agradecía que no, por favor. Si se enteran de que estamos “jugando” con ellas podría rodar mi cabeza.

—Oh no, por favor. Estamos en contra de la tortura sin motivo... —dijo el cabecilla.

Era corpulento e iba vestido con un traje de tres piezas en negro, hecho a medida. Llevaba el pelo negro engominado hacia atrás, pero si algo llamaba la atención era la gran cicatriz que le partía la ceja derecha y le llegaba hasta la mitad de la frente.

Los hombres le rieron la gracia y a mí se me puso el vello de punta. No por lo que había dicho sino por lo que dejaba intuir esa frase.

Seguí con aquel circo. Una mujer —que debería tener unos cuarenta años,

pero que quería aparentar veinte— señaló un colgante. Lo saqué y dejé que su marido se lo abrochara, y de paso le besara la nuca.

—Estás radiante, *záyka*. —Me mordí la lengua para no reírme cuando oí que la llamaba *conejita*, a pesar de ser un apelativo cariñoso muy utilizado en ruso, mi mente disfrazó a aquella mujer de conejita de Playboy, con orejitas y rabo incluido.

Fuimos pasando por las demás vitrinas. Diademas, broches... Hasta que llegamos al final donde había un relicario con un trabajo de orfebrería impresionante que me encantaba y un anillo. Este último, comparado con los otros era mucho más fino y recatado, y, sobre todo, no tan ostentoso. Representaba una cuerda enlazada y estaba hecho en oro blanco y diamantes.

—¿Y este anillo, no tiene historia?

—Tiene leyenda. —Me saqué el guante y les mostré que yo llevaba uno idéntico.

—¡Pero si son iguales!

Les conté que además de una muestra de la colección, la exposición contaba con una subasta el mismo día de la inauguración. En ella se ofrecían una copia de algunas de las joyas hechas por orfebres rusos. El dinero adquirido iba íntegro para ayudar a niños de orfanatos rusos que habían sufrido las consecuencias de los desastres nucleares.

—Oh, pues entonces no vamos a perdernos la siguiente subasta.

—Será en Roma, el mes que viene —les anuncié.

—¿Y la leyenda? —Oí que me preguntaba una voz de mujer, pero no vi quien fue.

—Fue poco antes de la revolución rusa. Se cuenta que el anillo fue diseñado por Dimitri, el hijo menor de uno de los más reputados orfebres de la época; estaba prometido con la preciosa Czarina, hija de su jefe, un conocido banquero. Dimitri pidió ayuda a su padre y durante meses estuvo trabajando en el anillo. La noche antes de la pedida, Vladimir, su hermano mayor, se lo robó y se fugó. Creemos que se lo entregó a su amante, María Pavlona, tía del último zar de

Rusia y casada con el príncipe Guillermo de Suecia. María, en su huida de la Rusia revolucionaria, dejó en custodia diversos objetos en la delegación sueca en San Petersburgo. De allí fueron trasladados a Estocolmo y escondidos en el depósito del Ministerio de Asuntos Exteriores. Donde, el año pasado, haciendo un traslado de archivos apareció una caja llena de joyas y un centenar de pitilleras de oro y plata con esmalte y piedras preciosas incrustadas, así como gemelos; todo ello realizado por el famoso Fabergé. La pitillera más cara podría alcanzar en la subasta un precio superior a los cien mil euros y los gemelos de mayor valor unos siete mil. Volviendo al anillo, si lo observan en detalle verán que es como una D y una C enlazadas y en el medio coronadas por un...

—Un rubí —me interrumpió una mujer a la que pronto había etiquetado de sabionda. Quería demostrar que no era una “mujer florero” que sabía de todo, sobre la revolución, sobre joyas, piedras y cualquier tema que había surgido en aquella escasa media hora que llevábamos allí.

—No —la corregí—, es un jaspe sanguíneo, si se fijan verán que es opaco. —Me saqué los dos anillos y dejé que los contemplaran y los compararan con un colgante que sí era un rubí.

Bajo la atenta mirada de dos vigilantes de seguridad dejé que echaran un último vistazo.

—Pesa, ¿eh? —bromeé con la mujer que llevaba la corona. Acababa de quitársela y se masajaba el cráneo ignorando que con ese gesto se estaba despeinado su pulcra media melena.

—No me imagino llevándola durante mucho rato.

Me puse de nuevo el anillo y guardé el otro. Coloqué el relicario en su sitio y cerré la vitrina. Poco a poco cada una fue dejando las joyas y todo volvió a su sitio, al que le tocaba.

Salieron extasiados, solo había que oírlos. Les volví a pedir discreción y entre alabanzas se fueron encantados.

—Te has hecho unos buenos amigos ahí dentro —me comentó Eduardo por lo bajini, mientras conectaba de nuevo todas las alarmas.

—Solo los he tratado como a niños —dije con la boca torcida medio sonriendo, sin entender muy bien a qué se refería el vigilante. Estuve a punto de preguntar, pero tenía demasiadas ganas de salir de allí dentro.

Cogí el bolso y me acompañó a la salida.

6 (Kiki)

Pasaban de las ocho y media cuando llegué a la suite, ellas ya estaban listas. X Ambassadors cantaban su tema *Renegades* cuando me dijeron que me desnudara porque tenía que vestirme de flamenca.

—Es el vestido que ella escogió. Tienes que ponértelo —insistió Angie.

—No, paso, es una horterada. —Me imaginé un vestido rojo con lunares blancos y lleno de volantes, uno idéntico al de las muñecas que vendían en todas las tiendas de *souvenirs*. Me negaba a salir así a la calle.

Qué manía tenían en hacer España flamenca, cuando era un vestido tradicional regional, el gallego no tenía nada que envidiarle a los faralaes.

—Niña, es una horterada, hecha por encargo, de más de seis mil euros. Cuando lo veas no vas a opinar lo mismo.

¡Claro que no!, lo sacó de la funda y por poco no me caigo de culo. Era fantástico. El vestido sí tenía un aire flamenco, pero era muy moderno. La falda era de cintura alta, de color champán con pequeños lunares negros y los volantes combinaban esos dos colores; por delante me llegaba a las rodillas y por detrás hasta los tobillos. La parte superior era de tirantes gruesos, de un tejido vaporoso, también en negro, con el cuello alzado y un escote que me llegaba casi al ombligo. Era espectacular.

—La rusa tiene poca teta, eso está claro —dije una vez me lo puse e intentaba colocar las mías. Mi madre decía que era herencia por parte de mi padre, porque en su familia era más bien todo lo contrario.

—Eres más estilizada, ni se nota —me contestó Angie, haciendo un ademán con la mano de pura ignorancia.

—¡Pero si se me van a salir!

Mi mejor amiga fue hasta el baño y volvió con unas tijeras y cinta de doble cara. Cortó un trozo, lo pegó en el dorso del escote y luego presionó sobre mi pecho derecho, repitió el gesto haciendo igual en el otro.

—Deja de quejarte. Listo. No se irán a ver mundo si no les das permiso. — Me cogió por los hombros obligándome a sentarme sobre la cama y me peinó con un moño alto que decoró con una flor de ropa a conjunto con el traje—. Perfecta, date una vuelta a ver qué tal.

Tengo que reconocer que cuando me miré en el espejo de cuerpo entero que había a un lado de la cama me gustó lo que vi, era mucho mejor de lo que había imaginado, pero seguía siendo muy vistoso.

—Muy bonito, de verdad, pero ¿podemos dejarlo para después de la cena? No me veo yendo así al restaurante.

—Es una despedida.

—Y dale, Angie, cariño, no lo es. —Intenté no parecer muy exasperada—. Y si hay una novia a punto de pisar el altar esa eres tú. ¿No dijiste que era tu despedida encubierta?

—Aceptaste y eso implica todo el pack —contestándome con evasivas.

—En serio, te prometo que después pasamos por aquí y me cambio. ¡No voy a poder ni bailar!

—Éstas cañón, so boba —me alabó Gloria—. Y si quieres bailar, te levantas un poco la falda y ale “*Alive & Kiking*”.

Una carcajada conjunta tronó dentro de la suite cuando pillamos que hacía referencia a la expresión inglesa de *Alive and kicking*, algo así como un vivita y coleando.

—Será más bien un vivita y culeando... No veas que culo te hace —Silbó Lulu.

Me giré de inmediato e hice varias poses delante del espejo para poder verme de todos los lados, era como una gata intentando morderse la cola.

—No estoy segura —repetí, indecisa.

Para nada. No lo veía nada claro. Me sentía sexi la verdad, el vestido de

firma se pegaba a mi cuerpo de forma muy sugerente, pero sentía el pecho presionado a punto de estallar y tanto volante...

—Hoy triunfas, seguro —insistió Angie con paciencia.

—Sí claro, estoy perfecta para conocer a mi próximo ex.

—¿Y por qué, *ex*?

—¿De verdad crees que voy a conseguir encontrar al hombre de mi vida vestida de flamenca?

—¡Como si importara la ropa que llevas! El amor es ciego. Mira a estas dos, o a mí a punto de casarme con alguien a quien he cambiado los pañales y limpiado los mocos desde pequeño.

Sí, a pesar de estar muy enamorada, a Angie el hecho de haber sido canguro de Miguelín era una espina que no tenía muy bien digerida.

Ellas tres iban de negro, cada una con su propio estilo. Angélica la más discreta, había optado por un vestido de coctel palabra de honor, largo hasta las rodillas y con un poco de vuelo en la falda; se había recogido el pelo en una perfecta cola de caballo. Su hermana, más atrevida, se dejó la melena pelirroja suelta y llevaba un mono short ceñido que dejaba la espalda al aire; y su mujer optó por un vestido de lentejuelas con escote asimétrico. Con el pelo corto y su cara redonda la hacía más estilizada. Cada una llevaba una banda dorada que ponía en letras mayúsculas: DAMAS DE HONOR.

—Es muy cantón —seguí, sin prestarles caso.

—Te recuerdo que es una despedida de soltera, TIENES —dijo mi mejor amiga, remarcando todas las letras— que dar la nota.

Al final me convencieron, Gloria fue la artífice y es que cuando quería tenía labia para camelarse a quien tuviera delante. Me empezó con un rollo sobre modas, que si hoy la gente viste como si fueran a salir en una pasarela, que si era un vestido de firma... ya ni me acuerdo, creo que al final acepté para no oírla.

Cenamos en el centro de Palma, en un local muy moderno que fusionaba la comida mediterránea con la asiática. Estaba ubicado en la azotea de un hotel en un edificio rehabilitado del siglo XIX. En el mismo local había una terraza exterior con vistas al puerto. Allí, un *showman* de barra nos preparó, con coreografía incluida, unos sofisticados cocteles. Cuando fue la hora de cenar, crucé lo más rápido que pude el salón y me senté buscando que la mesa tapara la falda. La parte de arriba era más discreta, menos la flor del moño, claro.

Con la llegada de los entrantes la conversación se centró en qué necesidad tenía la gente de montar despedidas de soltera.

—Eh, no digas eso, que me quedo sin trabajo. Además, ¿no te lo has pasado bien, hoy?

—Sí, pero no tiene nada que ver. Esto lo podemos hacer cuando queramos.

—Si pagas tú... —rio Lulu.

—Vale, tampoco hace falta estos presupuestos, pero ¿qué celebramos realmente? El fin de la soltería como si ya no pudiéramos disfrutar nunca más y nos damos el último atracón o, por el contrario, celebramos que por fin vamos a casarnos.

—Esta sociedad sigue asociando la etiqueta de soltero con algo horrible y triste —dijo Gloria.

—Por la misma que tener pareja es sinónimo de felicidad —siguió su mujer.

—Pero una parte tiene sentido, felicidad es compartir —comentó Angie.

—Tú lo has dicho, compartir —repliqué—, que no es sinónimo de pareja. Yo no tengo pareja y soy feliz. La comparto con vosotras.

Las botellas de vino tal como llegaban iban desapareciendo, igual que los platos. Ceviche vegano de mango y aguacate, langostinos fritos al estilo japonés con mayonesa de lima, edamames al vapor, *mules frites* con curry, ostras, tempura de vegetales con salsa agridulce de sésamo... Había hambre y sed, tanto pole dance nos había dejado famélicas.

—Ya, pero el amor en sí es felicidad —siguió ella.

—Estoy de acuerdo. Pero amor en general, el que sientes por la familia, amigos, por tu mascota y, sobre todo, el que sientes contigo mismo. No hay peor enemigo que uno mismo, pero tampoco hay mejor amante que uno mismo.

—Lo hablamos ayer —recordó Angie—, cada día hay más gente que vive sola.

—Una realidad que hace que se creen asociaciones para poder compartir, ir de viaje, y que cada día haya más animales de compañía. No estamos preparados para una sociedad *single*. La pareja, la familia están muy incrustados en nuestra forma de pensar.

—Y una familia estándar —añadió Gloria—. Si los solteros están mal vistos, imaginad las parejas homosexuales.

—Seguimos siendo una sociedad llena de prejuicios —sentenció Lulu.

Con la llegada de los postres, un refrescante cremoso de yuzu —un cítrico de Asia oriental, híbrido entre el limón y la mandarina— que estaba increíble y unos *macarons*, el tema se centró en qué era lo que estaba permitido dentro de una despedida y hasta dónde llegaba la gente.

7 (Kiki)

Las paredes estaban pintadas en negro con diminutos leds que recordaban a las estrellas en el firmamento, el suelo era de moqueta y todo estaba bañado por una luz rojiza. Había una especie de biombos a media altura que repartían la sala en espacios más reducidos, con mesas redondas bajas y rodeadas de sillones de cuero negro; en cada uno de ellos había un podio con una barra vertical en el centro, con el suelo de espejo y, en el lateral derecho, una especie de trono de madera plateada y el acolchado en violeta. Era lo que era, un local de estriptis, pero se notaba en cada detalle que no era apto para todos los bolsillos.

Exaltada. Entusiasmada. Vamos que estaba como si realmente fuera la novia, entregada completamente a la causa. La primera intención había sido pasar desapercibida, pero no lo conseguí y lo único que pude hacer fue sacarle todo el jugo a aquel vestido, a toda aquella fiesta. Iba algo ebria, vamos con ese puntito que nada da vueltas, pero eres más feliz de Carrie en una tienda de Manolo Blahnik. Se me acercaba gente que no conocía para felicitar me y me daban hasta besos... y yo reía. Mucho. Dichosa por estar haciendo aquella celebración encubierta, a pesar de que en el corazón notaba un pinchazo que me robaba el aire de vez en cuando.

Sonaba *Rain* de The Script cuando un camarero se acercó para dejarnos la carta y tomar nota de nuestras consumiciones. Era un bombón, como todos sus compañeros, a pesar de la cara de acelga con la que esperaba a que pidiéramos. Iba vestido como los demás, con un pantalón negro que se ceñía a sus caderas y muslos y una camiseta básica de tirantes de color blanco que hacía resaltar cada uno de los músculos que durante el día machacaría durante horas en el gimnasio.

—¿Tenéis vodka Putinka Lemon? —le pedí. Era un vodka con un toque de

limón amargo muy conocido en Rusia; como curiosidad os contaré que recibe el nombre porque apareció cuando Putin llegó a la presidencia.

—Claro —respondió como si fuera una obviedad. Supongo que el gran turismo soviético hacía que la bebida llegara hasta una isla del Mediterráneo.

—Pues una ronda de *shots* para empezar. —Se fue sin haber levantado la cabeza del *pad* ni una sola vez. O era nuevo o tenía un mal día.

—¡Chupitos! —me corrigió Gloria.

—Me ha salido así. Vaya camarero más soso nos ha *tocao*.

—Tiene cara de no haber *follao* en días, tendrá dolor de huevos —vaticinó Lulu.

—¿Qué tal tu despedida de soltera? —me preguntó Angie cambiando de tema e ignorando a su hermana con toda la intención.

—¿No era la tuya? —Hizo una mueca de las suyas, pero no contestó. Por mucho que el jueves me la hubiera vendido como si se tratase de su despedida, para ella era trabajo y estaba pendiente de todo.

—Esto es como un ensayo. —Sonrió escueta y su semblante se puso serio de repente e hizo aparición, aunque de forma muy suave, aquel tic en el ojo que siempre le daba cuando estaba nerviosa—. ¿Crees que le hubiera gustado? —Ahí estaban las inseguridades de mi mejor amiga.

Angie y Lulu eran hermanas, pero completamente diferentes. Eran el día y la noche. Lourdes era la extrovertida, la sociable, espontánea y rebelde. Concisa y pragmática. Segura de sí misma, de lo que quería sin importarle el qué dirán. En cambio, Angélica era... pues un ángel como señalaba su nombre. Dulce, sensible, tradicional y la más sensata de todas. Y si su hermana hablaba sin tapujos, ella, por no llamar las cosas por su nombre, sobre todo en el sexo, era la reina de las metáforas. Insegura de sí misma, lo que la hacía domable por ejemplo a manos de su madre.

Pero las dos tenían algo en común: se volcaban con su gente, a la que defendían como lobas frente a cualquier depredador. Eran mi familia, mis hermanas y lo mejor que me había pasado en la vida.

—Lo has organizado de maravilla, estoy segura que estará rabiando por no poder estar aquí.

—Pues ahora viene el plato fuerte. —Rio y me sacó la lengua.

Llegaron nuestras bebidas, hicimos un brindis con un redoble de tacones, que quedó amortiguado por la moqueta, y nos los bebimos de un trago.

—Ni me lo recuerdes. —Solté un bufido haciendo morritos.

—No me irás ahora de mojigata —se burló Lulu.

—No. Pero míralas —dije, señalando a mi alrededor— están tan, tan...

El local se había ido llenando poco a poco. Las novias, si bien no llevaban un vestido de flamenca saltaba a la vista quienes eran. Los penes en la cabeza, algunas vestidas, o, mejor dicho, casi sin vestir como el caso de la que estaba frente a mí, con un “trapo” —porque no llegaba ni a vestido— imitando a Wilma Picapidra, pero en lugar de blanco era con un estampado de tigresa. Había más griterío que en el primer día de rebajas y aún no habían visto nada.

—¿Tan qué? —me interrumpió Lulu que no era conocida por su paciencia.

—Desmadradas.

—¿Nos estás llamando aburridas? —preguntó Gloria, llevándose la mano a la boca y haciéndose la ofendida, nos echamos a reír al verla tan teatrera.

—Solo digo que no comparto su entusiasmo por ver a un estríper.

—Lo que te hace falta es otro chupito.

Cuando el camarero volvió parecía mucho más relajado, al menos ya nos miraba y le vimos un resquicio de algo que nos pareció una sonrisa. Lulu le pidió qué era aquel mejunje azul que se veía desfilar en casi todas las bandejas y que parecía que todo el mundo del local bebía.

—Es Hpnotiq. Un vodka francés mezclado con un punto de coñac. Lleva también frutas exóticas que lo hacen más refrescante.

—Vale, pues tráenos una ronda de pitufos hipnóticos de esos, por favor.

Las luces se fueron atenuando y los decibelios de gritos y silbidos subieron considerablemente.

—Creo que va a empezar —nos advirtió Angie, y después señaló el escenario—. Primero hacen una especie de *coreo* todos juntos allí arriba y luego ya otra canción cada uno en su tarima.

—Cállate, que empieza —la cortó su hermana.

—¿Y a ti que más te da?, eres lesbiana. —Gloria le hizo cosquillas a su mujer y esta, antes de contestarle, le plantó un beso en los labios.

—¿Y qué? Un tío bueno es un tío bueno.

—Perdona, pero esos están sacados del mismísimo Olimpo —chapurreé, sin poder despegar la vista del escenario.

Unos focos de luz cálida y amarillenta estaban enfocados sobre aquellos hombres, a cuál más impresionante, que se movían y hacían acrobacias al ritmo de la canción *It's raining men* de The Weather Girls. Si ya estaban desatadas antes de empezar, aquello se desmadró antes de llegar al conocido estribillo.

—¿Esto vive en Palma? —exclamó Angie— ¿Dónde? En mi vida me he cruzado con *algo* así por las calles.

Había ocho tíos moviéndose sensuales; morenos, rubios, cachas, pura fibra... Iban todos vestidos igual, con una chaqueta abierta de una tela brillante y pantalones negros. Uno me atrapó, y lo más curioso del asunto es que él no bailaba, se balanceaba de una pierna a la otra, daba vueltas sobre sí, ¡pero, joder como estaba!

Junté las manos y me las llevé debajo de la barbilla mientras susurraba:

—Por favor, virgen del santo suspiro, que me toque el mulato.

—¿Estás rezando? —me preguntó Gloria entre carcajadas.

—La ocasión lo merece. —Me reí con ellas, pero que conste, que mentalmente, seguí rezando.

—Ese tiene pinta de *otis* cómo mínimo —secundó Angie.

Para nosotras un *otis*, en referencia al inventor de los ascensores, era el tío capaz de darte un buen orgasmo. No podía apartar los ojos de él, antes de hablar, resoplé al notar aquel hormigueo en mi bajo vientre:

—Pues a mí me parece un *aladín*. —El súmmum, los que te hacían levitar.

—Bailar no es lo suyo —admitió Gloria—, pero no veas como mueve la pelvis.

—Perfecto para hacer *pelvisidades*. —Lulu se rio de su propia gracia y nos contagié a todas, pero ¡hostias! mi mente se puso en modo creativo.

Él entre mis piernas, empujando fuerte siguiendo aquel movimiento envolvente e hipnótico, con la cabeza echada hacia atrás, gimiendo y mis manos agarradas a sus caderas clavándole las uñas en la piel.

Por los altavoces se oyó una voz masculina que me hizo volver a la realidad:

—Por favor, futuras novias vayan a sus tronos.

La canción había acabado y las chicas se levantaron conmigo para acompañarme hasta mi sillón; en aquel mini escenario se nos fue un poco de las manos y mientras ellas taconeaban sobre el espejo yo di una vuelta entera sobre mí con una mano al aire y con la otra cogiéndome la falda marcándome un paso que ni la Baras.

La luz se apagó del todo y solo quedaron las pequeñas lamparitas que había sobre las mesas y los miles de mini leds que decoraban las paredes.

Poco a poco mis ojos se adaptaron a la poca luz, solo veía sombras y una de ellas venía hacia mí. Me llevé las manos a la cara, no por vergüenza, es que me entró un ataque de risa. El alcohol empezaba a alterarme y uno de sus efectos era aquella risa floja. Después venía el de sentirme la reina del mundo y hacer lo que se me antojara..., bueno, creo que aquel segundo síntoma también lo tenía.

Un olor a almendras dulces me invadió, al apartar las manos choqué con unos ojos verde agua, increíbles, que me estaban observando con la diversión brillando en la retina.

«¡¡Gracias, gracias!!», grité mentalmente al verlo.

Estaba en cuclillas frente a mí y con las manos apoyadas en los reposabrazos del sillón. La música empezó a sonar, era *Feeling Good* de Nina Simone.

—Soy Rai, ¿empezamos? —susurró. Tenía una voz grave y varonil, pero

suave al mismo tiempo.

—Cuando quieras, soy toda tuya. —Se mordió la comisura del labio y luego se pasó la lengua sobre el inferior sin dejar de observarme, tardó unos segundos eternos en levantarse. Tiempo suficiente para que aquella boca, aquellos jugosos labios se me antojaran como el sitio perfecto para construir un fuerte y no salir de allí jamás.

Se fue hasta el centro de aquella especie de podio. Lo estudié en detalle. Piel aceitunada y cabeza rapada al uno. Facciones en forma de diamante, pómulos finos, con la barbilla marcada y cubierta de una incipiente barba. Había algo, no sabía definir el qué, pero le daba un aire malote, algo que, en lugar de huir, daba ganas de correr hacia él. Sus ojos verdes me recordaron al tipo del aeropuerto, moví la cabeza de lado a lado para despejarla de viejas imágenes y me centré en mi estríper.

Ni la suite, por mucho que me gustara, ni la limusina, el paseo en yate, el *snorkeling* o los delfines, la clase de pole dance... nada de todo aquello me había hecho envidiar a la rusa, pero *caray*, en aquel momento con Rai, el mulato, bailando para mí me alegré de que no pudiera venir y de que Angie insistiera en aprovecharnos de la despedida que había organizado.

La música seguía, sensual, pero él parecía... algo... digamos que, poco diestro. Tenía problemas para quitarse la chaqueta, lo que no me extrañó porque la prenda era como mínimo una talla inferior a lo que su escultural cuerpo requería, sobre todo aquellos bíceps, y visto como su piel brillaba por el aceite con el que se había embadurnado, no le era de gran ayuda. Me sonrió cuando consiguió sacar un brazo, el otro ya fue sencillo. A pesar del poco sentido del ritmo que tenía para seguir la música, emanaba una energía sexual aplastante. No sé si era el local y su ambiente, la música, las copas que llevaba encima, el olor a almendras dulces y como la piel de su pecho brillaba testosterona bajo los focos o su forma de mirarme, pero me tenía completamente cautivada. Caliente. Cachonda. ¡*Cagoentó* cómo estaba el mulato!

De dónde nació aquel arrebató, ni idea, vamos a culpar al alcohol que ya se

sabe que es uno de sus efectos secundarios. Lo único que sé es que me levanté y me acerqué a él que, a pesar de la sorpresa al verme de pie, me ofreció la mano. No voy a decir que noté mariposas en el estómago, ni que una corriente me sacudió, porque lo único que noté fue la fuerza comedida de su agarre y el calor que desprendía su piel.

—Me ha tocado el novato, ¿no? —susurré, quedando frente a él y dando la espalda a mis amigas.

—Lo siento. —Se encogió de hombros y me guiñó el ojo—. Estoy algo nervioso.

Aquella sonrisa..., aquellos labios de cerca fueron el motivo que me dio el arrojito para empujarlo contra la barra y poner un dedo sobre su pecho desnudo. Recorrí sus pectorales hacia los hombros y seguí hacia la espalda con mi dedo siguiendo aquella línea imaginaria, mientras él se dejaba hacer con una sonrisa ladeada y con su cuerpo meciéndose en un suave vaivén; oí a las chicas animarme:

—¡Sigue Kiki, no pares!

—¡¿Estás loca?¡Sal de ahí ahora mismo!! —Esa era Angie, sin duda.

Al volver a estar delante de él, pasé una pierna entre las suyas, y contoneándome fui subiendo despacio la falda. Puso sus manos en mi cintura para atraerme más hacia él, mientras me reclinaba hacia atrás.

Bajó la cabeza a la altura de la mía y noté su aliento cerca de mi oído:

—¿Qué haces? —El tono fue ronco y jodidamente sensual.

«¡Dios!».

—Dar el espectáculo, de eso se trata, ¿no? —solté, sofocada.

—Me pagan por desnudarme. —Su risa colisionó con la piel de mi cuello que se erizó en el acto.

—Ahora me encargo. —Nuestras miradas chocaron, su piel tostada potenciaba el verde agua de sus ojos que de cerca eran una maravilla.

Volví a situarme a su espalda, llevé las manos a su pecho duro y, sin pudor y con ganas, lo acaricié descendiendo lentamente haciendo círculos y recorriendo

cada rincón. Las chicas gritaban, pero yo seguía “ida”, sobando aquel pedazo de adonis delante de todo el local. Ni me importaba, estaba completamente concentrada en mi labor. Llegué a su cintura y empecé a desabrocharle el botón... no fue fácil porque seguía meneando las caderas dibujando en el aire deseos primitivos. Tan sexual, a pesar de la barra que estaba entre los dos...

Yo echada sobre una mesa, él detrás de mí, con mis pezones rozando el frío de la madera en cada embestida.

—Joder, nena, me estás poniendo... —jadeó ladeando la cabeza hacia un lado y por un momento pensé que me había leído la mente.

—¿No es lo que se espera?

—Es a ti a quien tengo que poner cachonda. —Subió la mano hasta colocarla en mi nuca.

Con su puño agarrando mi pelo y tirando fuerte de él al ritmo de sus estocadas.

—No dudes de cómo me tienes. —Le pellizqué el pezón y su risa provocadora hizo que vibrara mi ropa interior—. ¿Quieres continuar tú?

—Arranca, es velcro en los lados. —Sonó aún más ronco y excitante.

Pero cuando fui a hacerlo me sorprendió cogiéndome de las manos, que estaban casi en sus caderas, nos dio la vuelta y fui yo quien acabé apoyada contra la barra. Mi mirada chocó con la suya, azul y verde fundidos por la misma lujuria. No sé si mi mente lo imaginó o sus ojos lo gritaron, pero por tercera vez aquella noche nos imaginé lejos de allí, concretamente con él tumbado y yo encima, cabalgándolo como una salvaje amazona. Tiró de su pantalón y a pesar de no poder verlo mi imaginación hizo el resto. Dio un paso atrás que me permitió observarle, y ya se sabe, la realidad siempre supera la ficción, «*madre del amor hermoso...*». Después se giró y acercó su espalda desnuda a mi pecho, solo llevaba un minúsculo calzoncillo plateado que por arte de magia se había encogido en los últimos minutos; dio otra vuelta cogido de la barra sobre mi cabeza, y en el momento en que su culo estuvo a tiro no dudé y le di una palmada. «¡Joder!».

La música fue bajando, las luces iban perdiendo densidad, y volvieron a quedar solo las de las mesitas y paredes.

—Pasillo. Escalera. Puerta dos —susurró sobre mis labios, pero sin rozarme.

«Gracias, ¡virgen del suspiro!».

8 (Kiki)

Cuando las luces volvieron a encenderse estaba sola en el escenario. Miré a las chicas, Angie tenía la cara desencajada, la había dejado flipando, vamos que ni que hubiera visto a su querido Gandy vistiendo solo con el bañador blanco del anuncio de Light Blue delante de ella. La parejita, por otro lado, estaban eufóricas; de pie, con las bandas doradas en la mano aireándolas y gritando que era la *queen*. Les hice una reverencia y me bajé de allí.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Angie con los dientes apretados mirando hacia los lados sopesando el grado de escándalo que había provocado.

—Era novato, le he dado una ayudita. —Mi respiración seguía acelerada, como una avanzadilla... vamos, como el *chup-chup* de una olla de presión. Me dejé caer en el sillón y bebí un buen sorbo de mi copa.

—Joder, eso ha sido...

—Lo más erótico que he visto en mucho tiempo —dijo Gloria, como esas parejas tan... *cuquis* que se terminan las frases—. Joder, me has puesto hasta cachonda.

Lulu se abalanzó sobre su chica y, sin importarle estar en público, le plantó un beso húmedo que hizo que Ioia gimiera de placer.

—Deja algo para luego —le pidió su hermana. Se separaron riendo, pero siguieron haciendo manitas.

—Los humedales están a nivel...

—Listos para plantar arroz. —Esta vez fui yo quien terminó la frase de Lulu, y sí me estaba preguntando cuánto estaba de excitada.

Nos echamos a reír, Angie fue más reticente, pero sus labios se curvaron y entre dientes siguió cuestionado mi comportamiento:

—Se supone que estás prometida, ¿en qué estabas pensando?

—No lo estoy, ¡solo lo finjo! —grité más alto de lo que quería. Seguía envalentonada, sin creerme aún lo ocurrido.

—Quieres parar de dramatizar —replicó su hermana—. ¡Ni que se lo hubiera tirado!

—Aún no. —Sonreí, torciendo la boca hacia un lado.

—Conozco esa mirada, Victoria.... —La voz de mi mejor amiga se tornó acusadora y le volvió el tic en el ojo.

—Tengo que ir al lavabo. —Me levanté y apuré la copa.

—Te acompaño —contestó Angélica poniéndose de pie.

—No hace falta, pedid otra ronda, invito yo.

«Pasillo. Escalera. Puerta dos».

Sus palabras se repetían en bucle en mi cabeza.

No lo dudé y fui a buscarlo, mientras que por mi mente desfilaba, a cámara lenta, todo lo ocurrido, y tengo que confesar que seguía sin creer que aquella fuera yo. Mis pies fueron de un lado a otro del local buscando el pasillo, lo encontré al lado opuesto de la barra.

Aquello era una invitación en toda regla.

Estaba soltera, por mucho que Angie lo olvidara continuamente.

Estaba cachonda y lo deseaba.

Aquel maldito bailecito que nos habíamos pegado encima del podio me había excitado como pocas veces en mi vida.

Nadie estaba vigilando aquel pasadizo estrecho y poco iluminado; al final, a mano derecha, encontré las escaleras y me alegré de no cruzarme con nadie mientras las subía. Dudé una milésima de segundo, pero mis muslos se volvieron a contraer y di un solo toque de nudillos en la puerta que se abrió en el acto, como si hubiera estado esperando pegado a ella. Abrió lo justo para tirar de mí y encerrarme allí dentro con él. Solos. Puso el pestillo sin soltarme y, con su mano en mi vientre, me empujó contra la puerta sin dejar de mirarme. Mantuvo una

distancia mínima que permitió poder estudiarnos y darnos un repaso de arriba y abajo, pero sin alejarse demasiado y seguir notando aquellas vibraciones que emitían nuestros cuerpos pidiéndose a gritos. Ese hombre hacía que la piel me hirviera solo con su presencia. Aquel hueco entre nosotros se llenó de necesidad latente y deseo contenido.

Si hubiera tenido alguna duda sobre si presentarme en su camerino, si hubiera tenido alguna duda de la brutal excitación que aquel hombre me producía se hubieran esfumado en aquel instante. Me recibió vestido, atención al dato, solo con un pareo atado a sus caderas, dejando claro que allí debajo no había nada más. Aquel trapo en tonos amarillos y verdes hacía que su piel chocolate resaltara aún más. Su torso desnudo era perfecto y sin nada de vello. Con la musculatura marcada, lo suficiente para resultar atractiva, pero sin que llegara a apabullar y ser una mole. Recorrí con la vista lo que estaba deseando recorrer con un dedo, con la lengua... los pectorales, la v...

«¡Pero qué bueno estás!».

Él también me observó, empezó por las sandalias de tiras y fue subiendo lentamente por mis piernas que dejaba ver ese corte asimétrico, mi sexo se contrajo cuando sus ojos se detuvieron allí unos segundos; ascendió hacia la cintura y llegó a los pechos. Si ya estando en la suite me parecía que las tetas iban a salirse, con la velocidad que había tomado mi respiración, aquello era una bomba a punto de estallar. La tela y la cinta adhesiva fueron material probado en las condiciones más extremas y habían aprobado con éxito. Se mordió el labio inferior y luego se pasó lentamente la lengua sobre él. Dios, os juro que sentí aquella lengua hacer un camino desde el valle entre mis senos hasta la garganta. Los labios me hormiguearon al sentir su mirada en ellos. Alzó de nuevo los ojos hasta encontrar los míos y me sonrió descarado. Apoyó las manos en la madera por encima de mi cabeza y, eliminando la distancia que había entre nosotros, pegó su pelvis a la mía que se arqueó para buscar mejor ángulo.

La liviana tela del pareo no fue capaz de ser sutil y reveló su erección.

Presión. Fricción.

Se inclinó y respiré su aliento, a pesar de los tacones me sacaba una buena cabeza, debía medir más de metro ochenta. Rozó su nariz con la mía y los dos saboreamos el momento previo, tragué saliva que ya tenía ese sabor especial que provoca el deseo. No dejé que continuara con aquella deliciosa espera, me pudo la impaciencia y busqué su boca con desesperación.

«Cagüen... ¡Cómo besa el mulato!».

Sus labios grandes y jugosos se adueñaron de los míos y retozó con ellos cómo quiso; los mordió, besó, lamió..., enrolló su lengua con la mía, jugueteó con ella, y yo acabé de fundirme por dentro.

Jadeó.

Gemí.

Mi mano buscó su torso mientras la otra la pasaba por su cabeza rapada reteniéndolo allí e impidiendo que dejara de besarme, el pelo tan corto me hormigueaba la palma.

Sus manos tampoco pudieron aguantar más y se olvidaron de la puerta para perderse bajo la falda, que no se lo puso fácil con tanto volante. Pero lo consiguió. Me estremecí al sentir sus dedos recorrer mis muslos y le succioné el labio cuando llegó hasta el culo y lo magreó con lascivia. Enrosqué una pierna en la suya y nuestros sexos se removieron al sentirse tan cerca.

Aprovechó el momento que dejé de presionar su cabeza para recuperar el aliento y con su lengua fue bajando, como había imaginado pocos minutos antes por mi cuello, recorriendo con la punta las curvas de los sinuosos pechos que dejaba al aire el escote. Sus dedos aparecieron de la nada y pellizcaron el pezón erguido por encima de la tela.

Yo tan pronto lo acariciaba por delante disfrutando del torso, como lo hacía por detrás deleitándome con aquellos glúteos de acero.

De repente, un golpe seco y contundente en la puerta nos sobresaltó.

—Abre —rugió alguien desde el otro lado.

—Joder... —gruñó Rai, se apartó de mí como si de repente mi piel ardiera.

Que, todo hay que decirlo, era el caso.

—Abre la jodida puerta o la tiro abajo.

Me asusté, me re Coloqué la falda y lo miré. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados haciendo fuerza. Parecía cabreado y frustrado.

—Será mejor que me vaya.

Dio un paso hacia mí para cogerme la cara entre sus manos y me besó con tanta furia, que tuve que aferrarme a sus caderas para sujetarme de tal arrebato.

—No he terminado contigo, por favor, dame diez minutos. ¿Me esperas en la barra?

Pero abrí sin darle una respuesta.

Nada más abrir la puerta me choqué de frente con un hombre que medía como dos metros de alto y uno de ancho. Un escalofrío me sacudió de arriba abajo y me invadió una sensación inquietante. Me empujó para poder entrar y cerró de un portazo. Confieso que por un instante se me pasó por la cabeza quedarme a escuchar, pero había otro tipo con cara de matón que se interpuso entre la puerta y yo. Imaginé que el tipo que estaba con Rai era el jefe del local y que le estaría echando la bronca del siglo por el espectáculo que habíamos dado. Al fin y al cabo, por mucho que hubiera sido yo la que intervino en su espectáculo, aquello era un local de estriptis, y de gente con pasta. Yo había subido allí con él, y encima a la mínima que pude lo había seguido hasta su camerino con una sola intención, y no era para saber si era bueno haciendo calceta.

Claro que la imagen que daba era la de una mujer a punto de casarse que a la mínima no había dudado en ir detrás de un *boy*. Me acojoné, la verdad sea dicha. No diré que corrí hasta la mesa, pero sí que fui lo más rápido que aquellos zapatos y la falda de tubo me permitieron.

—Esa cara... nena, ¡te lo has *tirao*! —exclamó Lulu riéndose cuando llegué a ellas.

—¿No has ido al baño? —musitó Angie inocente.

—No. —Me senté en mi sillón con la vista de las tres clavada en mí. Nos mantuvimos en silencio unos instantes, me mordisqueé los labios y os prometo

que encontré allí su sabor y fue suficiente para olvidarme de los dos matones.

—¿Te has enrollado con el estríper? ¿Estás loca? —me espetó sin poder aguantar más. Estaba enfadada y nerviosa, el tic en el ojo iba en aumento.

—¿Te das cuenta de las veces que me lo has dicho esta noche? —contesté sin darle importancia.

—Pero, es que...

—Cállate, y deja que cuente qué ha pasado —la interrumpió Gloria.

No contesté en el acto, dejé ir el aire lentamente entre los dientes, después cogí la copa y le di un buen trago. No lo hice para dar emoción a la respuesta, es que necesitaba un instante para serenarme.

—No ha pasado nada.

—Pues por la cara que traes... —me señaló Angie, con gesto airado.

—La cara, los pezones... ¡todo habla por ti! —añadió Gloria, chasqueando la lengua.

Miré hacia abajo y sí, seguían erguidos esperando tener un affaire con aquella boca masculina.

«Cambia de pensamiento o seguirán como escarpas».

—Quieres contarnos de una vez qué ha pasado —se exasperó Lulu.

—Al terminar el... espectáculo, me ha susurrado “pasillo, escaleras, puerta dos”. He ido al camerino y cuando estábamos a punto de quitarnos la ropa un tipo ha aporreado la puerta rugiendo que si no la abríamos la tiraba al suelo.

—Seguro que es el propietario, a ver, es que menudo espectáculo habéis dado —agregó Gloria.

—Lo sé. No sé qué me ha pasado por la cabeza, pero es que me pone *mu burrica*...

—No, si eso lo hemos visto —indicó Lulu.

—Me vas a dejar fatal —me riñó su hermana—. ¿Tanto te costaba comportarte como una novia normal?

—No te voy a dejar fatal.

—¡Qué vergüenza! —siguió.

La ignoré, di otro trago a aquel mejunje azul que resultó estar buenísimo y me refrescó la garganta.

—En definitiva, que vas más caliente que la freidora de un McDonald's.

—La verdad es que me ha pedido que lo espere en la barra —contesté a Gloria sin apartar la vista del pasillo.

—Lo mejor es que nos larguemos de inmediato —anunció Angie poniéndose en pie—. Vamos a bailar.

—Nosotras preferiríamos ir a la cama —le contestó su hermana.

—Pero si tenemos entradas vip para...

—Id vosotras —la interrumpió Gloria.

Angie me miró, yo las miré a las tres y solté antes de meditarlo más de un microsegundo:

—¿Aún tenemos el barco?

—La reserva es hasta mañana a las doce. ¿Por qué? —Creo que mi cara le habló de mis intenciones y se asustó al ver por dónde iba aquella pregunta nada al azar—. ¡Ni siquiera lo pienses! Tú duermes en el hotel.

—Yo sí. Estaba pensando en que podíais ir vosotros cuatro.

—¿Cuatro?

—Llama a Miguelín y disfrutad de una noche en un yate.

—¿Podemos? ¿Hay tripulación para salir a navegar? —pidió Gloria encantada con el plan.

—No, no —empezó a negar Angélica, el tic casi no le dejaba abrir el ojo. No me gustaba verla tan nerviosa, pero tenía tendencia a ahogarse en un vaso de agua.

—¡Venga, no ves que quiere la suite para ella sola! —exclamó Lulu.

Me dejé caer hacia atrás y cerré los ojos por un instante. Ya estaba hecho, las dos conseguirían convencerla. Las oía de lejos y eso que estaban cerca de mí, pero mi cabeza se fue a aquel camerino y me pregunté qué estaría ocurriendo allí dentro.

—No lo acabo de ver claro —insistió Angie, reticente.

—Yo dije lo mismo el jueves y mira dónde estoy y ¡cómo voy vestida! —
Chasquéé la lengua al tiempo que cogía los volantes de la falda y los movía de
lado a lado.

—Sí y por eso mismo estás a punto de tirarte a un estríper.

—Se llama Rai —informé con una sonrisa divertida.

—¿Y qué? ¡No deja de ser un *boy* que se desnuda delante de las mujeres por
dinero!

—Y qué bien se le da —respondí y alcé la copa brindando en el aire—.
Venga, es mi noche, concédeme el deseo.

—¡Joder! —Era tan contenida siempre, que eran contadas las veces que
soltaba un taco y aquello solo confirmaba que la situación la había superado.

9 (Kiki)

Al final aceptaron dejarme sola y se largaron. Bueno, Angie seguía reticente, pero se despidió de mí ya sacando el teléfono del *clutch* y estoy segura que con la intención de llamar a Miguel para decirle que se levantara y que fuera directo hacia el puerto.

«A ver, que nos conocemos».

Yo apuré la copa y me fui hacia la barra. Vale, seguía cachonda y tenía ganas de él, pero tengo que reconocer que la noche ya era cargante en sí, como para añadir eso.

Allí de pie, mi cabeza empezó a divagar de un tema al otro sin sentido, como si estuviera hilvanando una colcha de *patchwork*.

¿Era su primera noche como estríper y ya tenía a la primera “novia tirándose a su cuello”?

De nuevo, al acordarme de aquel matón que me empujó fuera del camerino y su cara de furia, me dio un repelús.

—Creí haber perdido la oportunidad de estar con una flamenca. —Su voz sonó pegada a mi oreja, estaba detrás de mí, no me tocaba, pero el calor de su cuerpo me envolvió.

—He dudado —admití, dándome la vuelta.

Lo que me encontré me dejó con la boca abierta. Por cómo olía, una mezcla de jabón y perfume masculino, imaginé que se había duchado. Vestía una sencilla camiseta negra de manga corta y unos vaqueros de cintura baja, pero si algo llamaba la atención era su sonrisa, una que llevaba tatuada la palabra peligro.

—Pero sigues aquí. —Me gustó su tono. Sensual y picante.

—Eso parece.

—¿Sola en tu despedida? —Miró alrededor buscando a las chicas.

—¿Nos largamos? —respondí.

Colocó su mano en mi espalda y me cedió el paso:

—Tú primero.

Una vez fuera, alcé la cabeza y respiré profundamente antes de empezar a andar sin saber hacia dónde íbamos.

—¿No vas a decirme tu nombre? —Se detuvo situándose delante de mí.

—Victoria, aunque después de lo de ahí dentro, hay la confianza suficiente como para que me llames Kiki.

—Un placer. —Se acercó y me besó la mejilla. Su fragancia masculina me rodeó como un enjambre de abejas.

—¿Te van a echar? —Me miró sin entender mi pregunta—. Digo, que espero que no te haya traído problemas por... ya sabes, el baile y colarme en tu camerino.

—Nada que no tenga remedio. —Sonrió consiguiendo que mis preocupaciones por él y su trabajo se esfumaran.

—Es que pensaba que si te habían echado debería compensarte de alguna forma.

—Oh, entonces sí. Tienes toda la noche para compensarme de tal agravio. Venga, vamos a tomarnos una copa.

En el poco rato que había tenido para hacer especulaciones sobre lo qué pasaría en cuanto él apareciera, había imaginado de todo; desde ir a los baños, echar un polvo contra el muro en el mismo parquin o ir directos al hotel. Pero no, Rai me proponía retrasar el momento y me encantó.

—¿Dónde te apetece ir? —le pedí.

—Dímelo tú.

—Así vestida, no se me ocurren muchos sitios —dije alzando la falda con dos dedos y dejándola caer de nuevo.

—Estás impresionante —susurró acercando su cabeza a la altura de la mía.

—Demasiado cantón.

—Pues busquemos un lugar con poca luz. —Me cogió de la mano hasta detenernos delante de una moto gris y el asiento de piel marrón, una BMW NineT. Era preciosa, de estilo clásico, como las de los años cincuenta. Abrió el baúl y sacó dos cascos.

—¿Siempre vas tan preparado?

—Ya sabes, pónitelo, pónselo —afirmó con una sonrisa ladeada—. Fue una campaña de los años noventa sobre el uso del preservativo —añadió porque yo me había quedado en blanco. No porque no supiera que me hablaba de un anuncio, es que mi mente se puso de nuevo de modo creativo y nos vi bajo el agua de una ducha con mi espalda pegada a los azulejos, una de mis piernas sobre sus hombros y él de rodillas haciendo... de explorador con la lengua en mi gruta, qué diría Angie, la reina de las metáforas sexuales; me recompuse y sonreí coqueta.

—La conozco.

—Pensaba que no eras de aquí.

«Estás en el papel de Milenka».

—Soy rusa, pero he pasado aquí todos los veranos de mi vida. Digamos que el chiste es viejo.

Rio soltando el aire por la boca. Tuve que deshacerme el moño y guardar la flor en la cartera de mano porque si no me era imposible ponerme el casco. Me cogió el bolso para dejarlo en el baúl y se sentó.

—Mucho mejor así —dijo cuando acabé de atusarme la melena bajo su ardiente mirada. Nos pusimos los cascos y me subí detrás de él; la falda acabó arremolinada entre los dos como un escudo de tela y más tela dorada y negra—. ¿Empezamos? —preguntó ladeando la cabeza y noté su mano deslizarse despacio desde el tobillo hasta el muslo.

«Dios, qué calor».

—Cuando quieras, soy toda tuya —repetí la misma respuesta como antes de iniciar su estriptis.

Dio gas y el rugido de la moto rompió aquel silencio que nos rodeaba. No sabía dónde me llevaba, aunque tengo que admitir que poco me importaba. Conducía a una velocidad perfecta. Perfecta para disfrutar del paisaje y de las sinuosas curvas de aquella carretera de costa que provocaba que mi cuerpo se pegara al de él y su vaquero rozara la desnudez del interior de mis muslos, de una forma alentadora. Escondí la mano debajo de su camiseta y como con gesto inocente acaricié la piel sobre la cinturilla del vaquero. Sabía el efecto que estaba consiguiendo porque a la mínima que podía llevaba la mano hacia el lateral y me apretaba la rodilla de forma ruda y sexi. Ese viaje me sirvió para saber de dónde venía el famoso “me pones como una moto”.

*

Sin darme cuenta habíamos llegado. Aparcó y me ayudó a bajar. No tenía ni idea de dónde estábamos, diría que habíamos vuelto a la ciudad y estábamos en una de las callejuelas de la zona de la Lonja.

—¿Te lo has pasado bien ahí detrás? —Esa cara de malote combinada con aquella sonrisa... era de dos rombos.

«Sacado de una peli no, ¡solo de un local de estriptis!».

—Tan bien como tú delante.

—Me gusta más tener a la mujer espatarrada delante de mí, pero la noche es larga. —Rio y me agarró por la cintura con fuerza, acercándose a su cuerpo y dejé que me guiara.

Reconozco que me gustó como lo hacía, con propiedad y aquella mano en la baja espalda también hablaba de deseo. Iba tan cómoda que se me olvidó mi vestuario. Se detuvo delante de una estrecha fachada pintada en rojo burdeos, arriba tenía un cartel en negro y escrito con una tipografía oriental en dorado: Shunga.

Al entrar, había una especie de recibidor donde nos hicieron descalzar, había hasta unas palanganas con agua y toallas para limpiarse los pies.

—¿Cómo Jesús en la última cena? —bromeé.

—Cuando entres verás cómo lo agradeces. —Me guiñó un ojo y se puso en pie, cediéndome el paso.

Una vez dentro, aluciné. Estaba decorado con un estilo oriental. El suelo era de moqueta de bambú, la gente estaba sentada sobre cojines y las mesas eran a ras en el suelo. A pesar de estar bastante lleno solo se oía un murmullo de voces, supongo que el mismo local invitaba a hablar en susurros. Casi al fondo, encontramos un hueco. Pronto una chica asiática se acercó a tomarnos nota. Llevaba un vestido tradicional, aunque muy corto. Era de una tela sedosa en color borgoña y con el estampado en dorado.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó Rai.

—Tengo sed, ¿cerveza? —asintió frente mi petición. El viaje me había ayudado a despejarme y ya no me sentía tan achispada.

—Tráenos dos Kirins y dos chupitos de Hibiki Harmony. —Cuando se fue, le pregunté qué había pedido—. Cerveza y whisky suntory, el que hacen en Japón. ¿Te gusta? —dijo, señalando el local.

Estaba sentado muy cerca de mí, los dos en posición de loto con nuestras rodillas rozándose.

—Es una maravilla. Y ahora entiendo lo indispensable de lavarse los pies.

—¿Te has fijado en los cuadros? —murmuró, acercándose un poco más. Llevé la vista a uno y cuando reaccioné solté un:

—¡Joder!

—Follar, echar un polvo, un kiki... —dijo provocador, paladeando las vocales. Se mantuvo en silencio mientras yo observaba en detalle las cuatro pinturas que podía ver desde donde estábamos sentados. Acercó su cabeza a la mía, dando más énfasis al momento—. Shunga es el arte erótico japonés. Todos los cuadros representan actos sexuales. Significa algo así como imágenes de primavera, siendo primavera una metáfora para el sexo.

—¿Por eso de capullos, la floración?

—Es el porno medieval oriental —nos contó la chica trayendo nuestras

bebidas y sin ninguna vergüenza por intervenir en nuestra conversación—. Se inició en China y su punto álgido fue en el siglo XVII, donde, por ejemplo, en la actual Tokio había más de seiscientas imprentas. Solían venderse en un paquete de doce estampas, en referencia a los doce actos sexuales que el príncipe de la corona debía llevar a cabo como expresión del yin-yang. Rodin, Klimt, Van Gogh o Picasso eran unos grandes coleccionistas y dicen que a Picasso le sirvieron de inspiración en los últimos años de su vida. El Hentai solo se ha inspirado en el Shunga.

—Gracias —espeté, forzando una sonrisa con los dientes apretados cuando vi que, a pesar de haber servido, cobrado y terminado su explicación, seguía allí plantada sin apartar los ojos de Rai.

Pilló la indirecta y se fue, yo bebí de mi cerveza como si nada, pero por el rabillo del ojo vi la sonrisa petulante de él. Por los altavoces empezó a sonar *La notte* de Arisa.

—¿Música italiana para un local japonés?

—¿Una rusa vestida de flamenca con un mulato?

—Globalización en estado puro. —Chasquéé la lengua y sus ojos se quedaron observando mi boca unos instantes, suficientes para provocarme un nuevo calambre uterino—. Cuéntame algo sobre ti.

—Como qué, ¿un estudias o trabajas?

—Para empezar —acepté—. Luego viene la encuesta de un lugar dónde perderte, tu comida favorita, una canción, una peli...

Se acercó un poco más apoyando su mano en mi espalda y bebió de su vaso sin despegar sus ojos de mí.

—Trabajo, sigo con el negocio familiar, se remonta hasta mi bisabuelo.

—¿Eran estríper?

—A estas alturas ya deberías saber que nada es lo que parece. —Se inclinó hasta rozar sus labios con mi oreja y me susurró—: Si tengo que escoger un lugar donde perderme sería entre tus piernas, mi comida favorita: el sabor de tu deseo, una canción: tus gemidos estallando en mi oreja y ¿quién quiere mirar

pelis si puedo estar aquí contigo?

Vale, cabrón 1- kiki 0.

El muy puto se rio y aquel tintineo me sacudió de arriba abajo. No sabía qué hora sería... pero entre una cosa y la otra deberían haber pasado... qué, ¿unas dos horas desde que lo vi en el escenario? y ya había soñado con él en todas mis posturas favoritas y empezaba por las secundarias. Me tenía donde él quería, a punto de caramelo. Me tenía donde yo quería estar.

Y como decía la canción que sonaba en ese momento, *Wildest Dreams* la versión acústica de Beth, quería que Rai recordara esta noche, que me recordara con un bonito vestido, con los labios rojos y mejillas encendidas. Quería que Rai me recordara como un sueño salvaje.

10 (Kiki)

Lo reconozco, me encantó que a los dos nos apeteciera aquel prelude. Una ceremonia de apareamiento con todas sus fases a pesar de saber muy bien cómo acabaría la noche. Retrasamos el momento y llenamos la espera de expectativas. El arrebató pasó, seguía allí, candente, pero lo postergamos. Empezamos con los preliminares, como quien va calentando todos los músculos antes de empezar el maratón de su vida.

A pesar de ese inicio tan volátil, entre sorbos de cerveza nos fuimos conociendo. *Blossom* de Noah Gundersen o *Looking too closely* de Fink fueron algunas de las canciones que sonaron mientras descubría a Rai. Un Rai que tenía un acuario en casa, y a quien los gatos le producían desconfianza. Que el fútbol lo aburría y que le gustaba el triatlón. Que la política lo ponía de los nervios y que a veces sentía una especie de “llamada de la naturaleza” que hacía que se perdiera, en plan ermitaño, en la Serra de Tramontana durante unos días. Que detestaba ir de compras, muy al contrario de su única hermana, tres años mayor, y por lo cual se había convertido en su *personal shopper*.

—Esto sí es lo que se entiende por una despedida de soltera con todas las letras, ¿no?

—Como has dicho antes, nada es lo que parece —le contesté.

Su mirada se quedó fija la mía, como si buscara una respuesta en mis ojos antes de formular la pregunta en voz alta:

—Me pregunto qué ha llevado a una mujer como tú, a las puertas de una boda, a subir allí conmigo, ir al camerino y mandar a sus amigas de paseo para estar ahora aquí. —Hablabá despacio, haciendo pausas para dar más énfasis a las palabras.

—Lo que da jugo a la vida son los matices —respondí, enigmática—. Sí subí fue porque creí que necesitabas una ayudita.

—¿No te ha gustado el espectáculo? —Clavó sutil sus dedos en mi cadera y me acercó un poco más a él.

—Si no me hubiera gustado, no estaría aquí.

—Me bastó con una mirada para que me desearas. —Y no sonó fanfarrón. Era alguien seguro de sí mismo.

—Lo admito —susurré inclinándome hacia él y puse una mano en su muslo—. Y tú, ¿qué te ha traído aquí?

—Me desconciertas y poca gente lo consigue. Quiero saber todo de ti.

—¿Como qué?

—Preguntas íntimas ya sabes, cómo... ¿qué ropa interior llevas?

—Esa es fácil: no llevo sujetador y el tanga me lo tienes casi carbonizado.

—Se me hace la boca agua —dijo paseando su mano de arriba abajo por mi espalda y ocupando mi espacio vital con su masculinidad apabullante.

—A mí un poco más abajo.

Su mano llegó a la nuca donde enredó los dedos entre mi cabello y dio un suave tirón, en un gesto claramente sensual. Me hizo ladear la cabeza y acercarla a la suya.

—Perversa. —Se mordió el labio con sus ojos fijos en mi boca.

—A estas alturas ya deberías saberlo, así que imagino que te gusta.

—Me vuelve loco —afirmó en un susurro y su voz vibró en la garganta de forma sexi.

De nuevo su mirada se quedó fija en mi boca. Como anunciando aquel beso que los dos deseábamos, pero que seguía sin materializarse. Noté el latido dos palmos más abajo del corazón. Cerré los ojos intentando controlar aquella sensación incontrolable. Su risa me dijo que no había pasado por alto mi gesto. Me soltó el pelo y los dos nos lanzamos a por nuestros vasos. Di otro sorbo de la cerveza y aparté la vista de sus labios mullidos y la desvié sobre su cabeza, concretamente a las estampas.

—Gracias por descubrírmelo. No lo conocía y me encanta. Ahora, los artistas eran tíos con un ego muy grande —declaré viendo el tamaño de los penes dibujados.

—Son la parte fundamental de la obra, si te fijas el tamaño de su sexo es igual o más grande que sus cabezas. ¿Qué te parece ésta? —señaló la más cercana.

Era una mujer tumbada de espalda, abierta de piernas y un pulpo le hacía un cunnilingus mientras sus tentáculos la sobaban por todo el cuerpo, la expresión de ella era de puro placer.

—Entiendo que alguna mujer le chivó que todas hemos soñado alguna vez con que nuestro amante tuviera ocho manos para alcanzar a tocarnos todo nuestro cuerpo.

—Es bueno saberlo.

—Y a ti, ¿ésta otra? —pregunté indicándole la siguiente.

La mujer estaba de lado y el hombre, a su espalda, abrazándola. Ella tenía las piernas abiertas y él la penetraba a horcajadas, mostrando claramente sus sexos encajados. Se estaban besaban y una mano de él le estaba magreando un pecho.

—Tiene la peculiaridad de hacer que me imagine a los dos así. —Mi mano volvió sobre su muslo y lo apreté de forma inconsciente, puso la suya sobre la mía y enlazó los dedos, después las arrastró peligrosamente hacia arriba—. Y hace que note las costuras de los vaqueros.

Rio, reí, y los dos miramos hacia su bragueta... Tragué saliva, él carraspeó y se removió en su asiento.

—¿Las costuras? Eso quiere decir...

—Descúbrelo cuando quieras —me instó antes de soltar mi mano.

—Oh. —Fui incapaz de continuar.

Busqué una postura más cómoda, y al verme, también cambió. Se acercó a la pared de la esquina y se apoyó en ella; al final, no sé cómo, acabé sentada de lado y con mis piernas sobre las suyas.

Seguimos con la tercera que era de dos mujeres —una encima de la otra— y un hombre penetraba a la que estaba encima desde atrás. Entre lo explícitas que eran las ilustraciones, hablar de sexo, ese flirteo descarado..., me tenía tan ansiosa que cuando Rai escondió una mano bajo los volantes de la falda y me rozó la piel creí que explotaba. Pero no. Resistí. Disfruté y quise más, pero se mantuvo allí, rozando la rodilla y el interior del inicio del muslo.

La cuarta era muy colorida, con un paisaje al fondo donde resaltaban el verde y el azul; mostraba a un hombre tumbado y la mujer sentada sobre él, dándole la espalda y con las piernas dobladas, estaban en pleno sexo anal.

Cuando terminamos de “analizarlas” la temperatura ambiente había subido unos grados, nuestros cuerpos se habían ido buscando hasta acabar apoyado uno contra el otro y habíamos terminado la cerveza. Cogí los dos chupitos del whisky japonés que seguían intactos, le ofrecí uno y tomó la palabra:

—Brindo por tan exhaustivo análisis, deseando pasar a la siguiente fase.

Choqué con su vaso y me lo bebí de un trago. Parpadeé tratando de calmar la oleada de estampas que me colapsaron la mente.

«Maldito calentamiento global... al menos de mi mundo».

—¿A cuántas has traído aquí y te has camelado con este cuento?

—¿Celosa? —pronunció casi rozando mis labios, pero sin responderme.

—No, más bien deseosa.

Habíamos empezado con la parte más lujuriosa en el camerino, y la detuvimos, pero seguía allí, palpable. Las ganas tiñéndolo todo. Las feromonas, hasta la adrenalina estaba prendida en el aire que nos rodeaba y presente en cada mirada, en cada gesto. En su forma de acercarse para hablarme a pesar de que allí la música llegaba amortiguada. En mis manos jugando con el vello de su antebrazo o de la suya en mi espalda. En la forma en que me apartaba un mechón de pelo, lo colocaba detrás de la oreja y me mesaba después la nuca. En cómo se me quedaba mirando la boca... pero sin llegar al beso. Como si fuera un “por la boca muere el pez” porque estaba segura que si volvía a sentir sus labios jugando con los míos aniquilaría aquella tregua.

—Cuéntame algo que no sepa nadie más que tú —inquirió al cabo de unos minutos de silencio.

No me costó encontrarlo, pero sí que tardé en contestar porque me planteé qué tenía aquel hombre que me atraía de aquella forma tan salvaje. Sabía porque estaba allí y qué esperaba conseguir de aquella noche con él, pero desearlo tanto no estaba dentro de lo previsto. ¿Recordáis que al principio ya os hablé de mi obsesión por tener todo bajo control? Pues Rai hacía añicos mi templanza.

—Acabo de llegar a una meta que me puse hace años, pero ahora me pregunto ¿y ahora qué?

—A veces queremos respuestas que no existen en ese momento. Disfruta de haberla conseguido. Asímelo, porque cuando estés preparada la respuesta a ese “y ahora qué” vendrá sola.

Restamos en silencio unos minutos dejando que esas sabias palabras ocuparan el espacio y cogieran el protagonismo que tenían y merecían.

—Tengo hambre —admití. El alcohol solía abrirme el apetito.

—Y yo, vámonos de aquí.

Rai se levantó primero y me tendió la mano, muy caballeroso sino fuera porque una vez de pie sus manos me estrujaron las nalgas sin vergüenza alguna. La mías bajaron desde su pecho hasta la cinturilla del vaquero y, cuando levanté la vista, sus ojos me miraban curiosos, retándome a que comprobara si llevaba o no calzoncillos, pero chasquéé la lengua y solo rocé el botón. Me di la vuelta y fui hacia la puerta. No tardó en alcanzarme pegándose detrás de mí. Puso su mano abierta en mi abdomen, con el pulgar al final del escote rozando la piel, me contoneé y él apretó con más fuerza, la respiración se me aceleró. Iba tan despistada que ni me di cuenta que me iba descalza.

—Medio minuto para calzarnos.

No se ató las Dockers de lona gris, así que fue más rápido que yo con las sandalias, y me esperó fuera; cuando salí me cogió del brazo y sin darme cuenta acabé con la espalda pegada a la fachada, y con él de pie con una de sus piernas en medio de las mías. Encajó las caderas y bajó la cabeza hasta dejar su boca a

milímetros de la mía.

—¿Dulce o salado? —me preguntó tan cerca que respiré todo su aliento.

—Vegetariana. El resto te lo dejo escoger.

—Tengo el sitio perfecto. —Cuando creí que iba a besarme, se apartó y empezó a andar.

No cogimos la moto, fuimos andando, uno al lado del otro y hablando de banalidades; me contó que le encantaba la ciudad, las callejuelas del centro y perderse en ellas los domingos por la tarde y descubrir locales como el que acabábamos de dejar. Derecha, izquierda, cruzamos dos calles más. Gente fuera de los garitos fumando, hablando, riendo, esquinas que sonaban a besos desesperados; otra vez a la izquierda, un grupo de chicas ocupando todo el ancho de la acera cantando, con voces beodas, su propia versión de... ¿qué canción iba a ser hablando del verano del 2017?

*«Despacito,
quiero respirar tu cuello, despacito
deja que te diga cosas al oído,
para que te acuerdes si no estás conmigo...».*

—Putra canción, estoy de ella... —me quejé.

Rai soltó una carcajada y se dio la vuelta para ponerse delante de mí, me acunó la cara con las dos manos pegando su cuerpo al mío.

—Quiero ser tu ritmo —dijo, en voz baja y con aquel deje ronco tremendamente sensual, acompañando a las chicas que ya se oían lejanas, pero él sin cantar—, que le enseñes a mi boca tus lugares favoritos. Déjame sobrepasar tus zonas de peligro hasta provocar tus gritos...

No sé qué me sorprendió más: que Rai se pusiera a cantar en medio de la calle, que conociera la letra o cómo por fin había entendido por qué a la gente le volvía loca aquella melodía.

Nuestros ojos fueron como una pantalla donde el otro pudo ver fácilmente las imágenes que se reproducían en nuestra mente. Después de hablar de sexo,

de las posturas en las estampas de Shunga, aquella letra cobraba vida propia y nos incendió un poco más. Puede que ser estríper y bailar no se le diera muy bien, pero ¡joder cómo sabía provocarme! Mis manos se deslizaron bajo la camiseta y me agarré a la piel caliente de su cintura. Cerré los ojos y esperé ansiosa a que me besara, pero no lo hizo, cuando los abrí, me dedicó una sonrisa perversa y gamberra. Por mucho que no me gustara ceder el control a nadie, con él no me importaba, estaba dispuesta hasta a suplicarle.

Me cogió del codo y tiró de mí para seguir andando hasta que se detuvo delante de un garaje y dio dos golpes secos con la palma de la mano en la persiana. El olor que había en el ambiente me chivó qué se cocía allí dentro, mantequilla fundida como mínimo.

—Espérame ahí, en la plaza —me pidió señalando hacia el frente con la cabeza.

Me senté en el primer banco que encontré. Era una plaza pequeña, con cuatro bancos de madera, una fuente en el centro y rodeada de árboles. El típico parque minúsculo de barrio donde convivían las charlas de los abuelos, con las de las madres, los niños y los perros.

Fijé la vista en mis dedos y en el único anillo que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda. Volví a sentir aquel pinchazo en el corazón y apreté los labios con fuerza cuando sentí que una lágrima pugnaba por salir. Meneé la cabeza y para distraerme saqué del bolso el rotulador y en el mismo banco escribí “todo llega”.

Lo más curioso de aquella noche, lo que más me apabullaba era que me sentía viva. La paradoja era que, el día que fingía ser una novia en su despedida de soltera, era cuando más viva me había sentido en mi vida. Y todo porque me había permitido salir de la zona de confort y no actuar siguiendo un plan perfectamente orquestado de antes.

Estaba guardando el rotulador cuando oí un casi imperceptible ruido a mi espalda, me di la vuelta y lo vi, me obsequió con una pequeña sonrisa ladeada como la de un niño travieso sorprendido haciendo una fechoría.

Me entregó uno de los vasos de cartón que llevaba y la bolsa de papel.

—¡Qué bien huele! —exclamé.

—Café y bollería. —Se sentó a mi lado dejando un espacio en medio de los dos para poner nuestro improvisado picnic—. Es de un amigo mío, hace poco que ha montado este obrador con productos sin gluten —me comentó mientras del bolsillo sacaba los azucarillos y las cucharas de palo de plástico.

En silencio preparamos el café a nuestro gusto, yo como iba a beberlo con algo dulce no le eché azúcar; soy así de rara, pero igualmente lo removí para enfriarlo un poco. Si lo acompañara con algo salado le echaría un sobrecito, él en cambio, añadió dos, pero casi ni lo removió.

Di un sorbo y me lo quedé mirando cuando sentí sus ojos fijos en mis movimientos.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —contestó, guiñándome el ojo—, has quitado la cucharita de la taza. Me da como grima cuando veo que la dejan dentro, siempre creo que se van a sacar un ojo.

—Estoy de acuerdo, yo odio dejar las bolsas de infusión dentro, después dejan un regusto raro...

Reímos a la vez y antes de dar otro sorbo, chocamos los vasos; abrí la bolsa y gemí cuando probé una de las mini ensaimadas.

—Está buenísima.

—Están hechas con harina de castaña, es lo que tenía a esta hora.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

«Dios, la noche me ha pasado volando».

Un silencio nada incómodo se instaló entre los dos, lo miré por el rabillo del ojo y vi que estaba inclinado hacia delante con los ojos fijos en el banco, exactamente donde había garabateado la frase.

—¿Por qué has escrito eso?

—Es una vieja costumbre, escribo lo que en aquel momento siento en algún

muro, en el suelo, donde se me ocurra.

—¿Por qué? —insistió dando un sorbo a su café y sentándose casi de lado mirándome fijamente.

—Porque a veces necesitamos creer en el destino. Buscamos una respuesta en lo que nos rodea. Tú verás ese “todo llega” y no le harás ni caso, puede que ni lo veas, pero para otro, esa frase, será la señal que su cerebro estaba buscando.

—¿No es influir, jugar a ser el destino?

—No lo veo así, cada uno es libre de sus actos y decisiones. A ti un “sí”, te pude decir que es el momento para cambiar de trabajo, dejar a tu pareja, hacer ese viaje o simplemente comprar pizza para cenar.

—O decir sí cuando te pide sexo anal —añadió antes de soltar una carcajada.

—Lo has entendido perfectamente.

—¿Y sería un sí?

En nuestras miradas quedó claro que los dos teníamos en mente la última estampa del Shunga. Y sí, aquello me confirmó lo que ya intuí en el local hablando de esa estampa, era algo que a Rai parecía interesarle mucho.

—¿El qué? —Me hice la despistada, metí la mano en la bolsa y saqué un mini cruasán.

—Estos dos me ha dicho que son una receta nueva. Vigila, puede que aún esté caliente. —Casi ni lo oí porque estaba en medio de un orgasmo culinario que me provocó cuando el sabor del chocolate negro templado mezclado con el crujiente de naranja que tenía por encima se fundió en mi paladar.

—Dios..., está de muerte.

—Déjame probar. —Me cogió por la cintura para dejarme sentada sobre sus piernas a horcajadas y con su lengua dibujó mis labios. La mía salió en su busca y el mundo se volvió un fundido en negro.

Atrapó mi labio inferior entre los suyos y su lengua rozó la mía provocándola, me cogió de las muñecas cuando iba a meter mis manos debajo de su camiseta y las llevó a mi espalda prohibiéndome tocarlo, con lo que consiguió

que mi boca reclamara más y mis caderas se movieran insinuantes y exigentes buscando sentir más placer. Gemí, jadeó, pero sin despegarnos. Perdí la cuenta del tiempo que pasamos allí, como dos chiquillos de quince años dándose el lote un sábado por la noche en una plaza del centro de la ciudad.

—Hueles tan bien que dan ganas de comerte... —Pellizcó el lóbulo de la oreja con los labios y bajó hacia el hombro clavando las yemas de sus dedos en mis caderas.

«¿Qué estamos esperando?».

—Fin —solté con la respiración alterada y me puse en pie.

—¿De comer? ¿De esta noche? —preguntó, dudoso.

—De los preliminares.

Nunca he visto a nadie levantarse tan rápido. Entre los dos lo recogimos todo y lo tiramos a la papelera. Cuando fuimos a buscar la moto, más que andar, volábamos. Íbamos cogidos de la mano, en un acto por inercia y sin pretensiones. Aunque, ahora que lo pienso, quien nos observara, vería a una pareja que reían cómplices y que en sus gestos se notaban las prisas por estar solos. Todo eso llamaba la atención, Rai por si solo ya era todo un espectáculo digno de ver, así que dudo que nadie prestara atención a mi vestido de flamenca.

11 (Kiki)

No pareció sorprendido cuando le dije que fuéramos al hotel, ni tampoco al saber que estaba cerca del faro de la Mola, en el Port d'Andratx. Del baúl sacó los cascos, una cazadora ligera —una especie de cortavientos— que me ofreció y él se puso un jersey.

«Hombre preparado lleno de “por si acaso”».

Ponerme aquella chaqueta y abrocharla fue como ponerse una camisa de fuerza rociada con su olor. Aquella fragancia masculina olía a naturaleza bruta y salvaje, una que despertaba mis instintos más primitivos.

Estaba acostumbrada a viajar con música, en el coche, en el avión, pero ni me acordé de ella en todo el trayecto porque era una tortura deliciosa tener su cuerpo pegado al mío e imaginar lo que pasaría al llegar. Había poco tráfico y de tanto en tanto Rai ralentizaba para preguntarme si estaba bien, ese detalle me encantó.

Dejamos la moto en el parquin y subimos con el ascensor hasta la suite, estábamos lo más lejos el uno del otro de lo que habíamos estado en toda la noche. Cada uno en un extremo del habitáculo, con la vista fija en el otro, y mira tú hasta qué punto conectábamos, que oí hasta sus pensamientos:

“Estoy deseando desnudarte”.

«Estoy deseando sentir como me partes en dos».

“Quiero oírte gritar”.

«Quiero lamerte entero».

“Tu pezón en mi boca”.

«Un pito-pito colorito de mi pintalabios en tu...»

Dong, las puertas del ascensor se abrieron interrumpiendo mi pensamiento.

—¿Estamos solos? —susurró mientras yo introducía la tarjeta en la ranura para abrir la puerta.

Por un momento se me pasó por la cabeza que no quería que nadie nos oyera, y menos que nos vieran juntos.

—Sí.

Entramos y cerró la puerta con el pie, no me dio tiempo ni para dejar el bolso que, en un movimiento más parecido a una llave de defensa, me encontré con la espalda pegada a la puerta y su lengua en mi boca. Nos besamos con ansia. Un beso húmedo, de labios que se desafiaban para arrancar jadeos guturales. Jugando con la urgencia, pero sin prisas. Como queriendo recuperar de golpe todo el tiempo que habíamos perdido. Enrosqué una pierna en las suyas y nuestras caderas se comunicaron con su propio código morse provocando más necesidad y apremio. Solté un grito cuando intentó llegar a los pechos y la tela no se movió, al contrario, pensé que me arrancaba el pellejo. Maldije a Angie por sus ideas. No se habían movido en toda la noche, claro, ¡si aquello pegaba más que el Loctite!

—Es la cola —dije y me miró desconcertado—, para que no se salieran..., trucos de chicas.

—Pues ahora vas a ver trucos de chico: Misión Liberad a *Boobs*^[1].

Despacio, fue humedeciendo la piel con la lengua y despegando la tela. No dolía, pero joder, qué erótico resultó. Jadeé exasperada. Una vez terminó, alzó la cabeza y me miró con una sonrisa triunfante, escondió una mano y rozó el pezón con la palma consiguiendo acelerarme un poco más la respiración. Siguió jugueteando con él.

—Llevo horas soñando con esto. —Atrapó mis labios con los suyos y siguió besándome de esa forma tan explosiva que quise que no se acabara nunca.

«Dios, si ahora me dijeran que pidiera un deseo, sería que me besaran así el resto de mi vida». Con fervor, mezclado con adoración. Salvaje, sereno. Dejando claro que intenso no era sinónimo de apremio.

Sus manos se perdieron bajo la tela de la falda y una oleada de alivio me sacudió al sentir como su dedo se introducía dentro del tanga y me acariciaba el clítoris. Atrapó con los dientes mi labio inferior y sonrió satisfecho al oír mi gemido.

Intenté meter la mano por la cinturilla del vaquero, pero no lo conseguí, y fui hacia delante para desabrochar los dos primeros botones. Dibujé el contorno de la uve, recorrí la piel de su piel solo con los pulgares metidos. Comprobado, sin ropa interior.

«Pedazo hippy está hecho».

Sus dedos volvieron a esconderse entre mis muslos, donde los apreté cuando dos se colaron dentro de mí. Acaricié con las uñas sus nalgas. Dedos fuera. Lamí su cuello. Dedos dentro. Exploté. Gemí y mordiendo un poco camiseta y piel de su clavícula tuve mi primer orgasmo.

—¡Si ni siquiera te he rozado!

—Es lo que pasa cuando la olla lleva hirviendo toda la noche, al destapar, ¡*bang!*

Me resbalé hacia abajo, fui arremangando la tela de la camiseta mientras le besaba el estómago. Terminé de desabrochar el resto de botones, con la mano en mi pelo conociendo mis intenciones y guiándome. Tiré del vaquero hacia abajo y su erección hizo acto de presencia. Agarrada a su pantalón, pasé lengua de forma sutil desde la base hasta la punta y después la engullí completamente.

—Joder... —Me tiró del pelo con fuerza para entrar más y apoyó la frente en la madera—. Tocado y hundido.

12

—No hacen falta todos esos detalles, ¡son irrelevantes! —gritó Rai poniéndose en pie huyendo a la terraza, donde hizo crujir los dedos de puro nervio.

«Necesito un poco de aire, joder». Oírla relatar sin tapujos como lo había masturbado era demasiado.

—¿Nos disculpa un minuto? —le pidió Cruz a Victoria. Los dos inspectores se levantaron para acercarse a su compañero.

—Claro. —Ella se encogió de hombros y les dedicó sonrisa.

Rai, que presumía de controlar cualquier situación y mantener la calma; él que se vanagloriaba de tener los nervios de acero..., y de pronto llegaba ella y lo trastocaba todo. Había mantenido la calma en situaciones límite, en misiones de alto riesgo, hasta delante del mismísimo demonio hecho persona conservó la serenidad para hacer su trabajo con éxito; y de pronto llegaba aquella rusa y cuanto más la descubría a ella, menos se reconocía él.

«Esto no era lo que estaba planeado».

—¿Qué coño te pasa? —le recriminó Cruz, su superior, dándole un empujón en el pecho.

—No hace falta todo esto —intentó excusarse, aunque sabía que sería en vano—. No es ella, ¡no sabe nada!

Victoria tenía la vista fija en la mesa, donde con un dedo acariciaba las vetas, parecía estar contando los círculos para saber cuántos años vivió aquel ciprés, pero en realidad estaba concentrada escuchando aquella conversación.

—Estás a un paso de ir derecho a poner multas de tráfico. No me toques más los cojones.

13 (Kiki)

Siguieron discutiendo, así que aprovecharé para seguir contando en detalle aquella noche porque lo merece.

Merece ser la letra de un poema.

La melodía que compuso un músico para la ocasión.

Revivirla a cámara lenta; rebobinar rápido.

Ser la protagonista de una de las películas eróticas de la cineasta Erika Lust.

Recordarla bajo la cálida luz de una vela, con una copa de vino en la mano y Sam Cooke sonando de fondo.

Saborearla con los ojos cerrados, la piel expuesta, la sonrisa tintineado en los labios y los muslos apretados.

Repetí. Paseé la lengua sobre la vena hinchada de su pene que respondió palpitando. Succioné, calmándola y estimulándola simultáneamente. Rai me alzó por las axilas besándome profundamente, con sus labios requiriendo los míos y con su lengua insinuándose pegada a la mía. Un beso largo, húmedo, sofocado. Cogió mis brazos y me hizo levantarlos por encima de mi cabeza, no comprendí qué hacía hasta que sentí sus dedos en el costado, sobre la cremallera del vestido.

—Sabes, siempre me han gustado los regalos, sobre todo abrirlos —susurró con voz ronca—. Me gusta hacerlo despacio, alargando la sorpresa a pesar del ansia por descubrir qué esconden. Pasar las manos por encima, imaginar el contenido. —Rozó los pezones que, erguidos, clamaban atención—. Quitar el celo de un lado, luego el otro.

Una vez terminó con la cremallera, cogió un tirante y lo deslizó de forma lenta y tortuosa. Sus labios probaron la piel del hombro a medida que lo dejaba

al descubierto.

No habíamos encendido ni las luces, los únicos puntos de luz que había eran los propios de la fuente de agua de la pared y las pequeñas de ambiente que había repartidas por la terraza. En aquella semipenumbra dejó caer la tela y el vestido cayó en cascada dejándome desnuda, solo con el tanga y las sandalias delante de él.

Sexo salvaje del que dura toda la noche, del que no da tregua, fue lo que me gritaron sus ojos al pasearse por mi piel. Ardí.

—Yo soy de las de arrancar el papel sin miramientos —dije, quitándole la camiseta de un arrebato. Mi boca buscó la suya con urgencia, nuestros pechos se acoplaron y un calambre de pura excitación me barrió de arriba abajo. Rodeé su cuello con los brazos y él envolvió mis caderas eliminado el aire que podía quedar entre nosotros. La intensidad fue subiendo, nos robábamos el aliento y los jadeos de uno hacían eco en la garganta del otro. Hincó la yema de sus dedos en mis nalgas para auparme y enrosqué las piernas a su cintura. Su erección se clavó en mi sexo y a pesar del tanga, me arrancó un gemido cuando presionó estratégicamente sobre el clítoris. Él también jadeó mordiéndome el labio.

El ambiente en la habitación se fue cargando de morbo, de ganas contenidas. De los sonidos de dos bocas sofocadas gimiendo y buscando aire. Del golpeteo de piel con piel. Caminó conmigo a cuestas hasta la mesa del comedor donde me dejó sentada y el frío de la madera me acarició los muslos y calmó, por poco tiempo, aquel calor.

Dio un paso atrás y se agachó para quitarse los zapatos y los vaqueros; de uno de los bolsillos sacó una ristra de preservativos que dejó sobre la mesa.

—No me lo digas, los guardabas en el baúl de la moto —dije, y él como respuesta, sólo me guiñó el ojo.

Volvió a situarse entre mis piernas y sus dientes apresaron un pezón. Fue lamiéndome el estómago en dirección descendente, me mordió la piel que había cerca de la cintura del tanga y en ese momento le puse un pie en el estómago, que agarró con una mano, pero no opuso resistencia y lo empujé lo máximo que

pude. Me senté. Yo también quería jugar.

—Déjame verte. —Sonrió descarado.

Rai desnudo frente a mí. Con el cuerpo agitándose al ritmo de la respiración acelerada, con la cabeza gacha y la mirada alta, desafiándome. Con la lengua perfilando sus jugosos labios. Con mi pie en su pecho y su mano agarrándome del talón de las sandalias. Su torso sin pelo alguno, sus brazos musculados, con las venas marcándose, tan jodidamente masculino y excitante..., para excitante su pene frente a mí. Perfecto. Removiéndose provocador como si hubiera sentido mis ojos en él. Sin apartar la mirada, palpé la mesa cogí un preservativo y rasgué el envoltorio.

—No aguanto más —gruñó.

Pasó un brazo por mi cintura y me alzó mientras con la otra mano me arrancaba lo que quedaba del tanga. Cuando mis pies tocaron el suelo me dio la vuelta para acabar dándole la espalda y separándome las piernas con las suyas. El muy cabrón parecía que hubiera estado presente en mis sueños eróticos que había tenido frente a él mientras hacía el estriptis. Me recosté hacia delante cuando sentí sus labios entre los omoplatos, fue bajando dejando un rastro de besos húmedos mientras mi sexo se contraía esperando darle la bienvenida. Me dio un cachete en la nalga que me pilló desprevenida y cuando fui a gritar sentí la primera estocada, tan dura, tan salvaje que me robó el aire.

—*Aaahooooohhh...* —Supongo que consiguió lo que quería, porque volvió a salir para repetir.

—¿Te gusta? —Me agarré del borde de la mesa cuando enroscó un mechón de pelo en su puño y tiró de él con maestría al ritmo que me penetraba y mis caderas se balanceaban buscando más fricción.

—Más —jadeé dominada por un deseo máximo—. Dios...

Rai pasó su mano bajo mi cuerpo, estaba de puntillas, expuesta, con los pezones doliéndome de excitación y por el roce de la madera. Quería su boca en ellos calmándolos, quería poder tocarlo. Empujé con las caderas hacia atrás y salió de mí soltando un gruñido hosco. Di la vuelta para sentarme en el borde de

la mesa. Sonrió fausto, su piel morena brillaba por una capa de sudor igual que la mía, se cogió el pene con una mano restregándolo por mi sexo consiguiendo que jadeara y arqueara la espada. Mis manos se aferraron a su cintura, pero no logré lo que anhelaba, volver a sentirlo dentro de mí. Su boca buscó mi cuello desesperada, me besó la barbilla y ladeé la cabeza buscando sus labios. Nos besamos y mis pechos se erizaron por la atención que recibían de su pulgar e índice. La mirada depredadora que me dedicó me puso en alerta, me cogió de los tobillos con las dos manos y los alzó a la altura de su cabeza, me separó las piernas y me penetró cerrándolas con el embiste en un efecto tijera, con sus ojos fijos en mí estudiando mi reacción.

Grité. Rugió.

Repitió.

Abrir las piernas para sentir como la penetración era profunda, cerrarlas con él dentro. Fue demasiado; una vez, dos veces.

«Dios, un poco más, aguanta Kiki, aguanta un poco más».

Tres veces, a la cuarta sentí ese cosquilleo en toda la piel de advertencia.

—Joder —jadeó.

Antes de cerrar los ojos vi cómo tiraba la cabeza hacia atrás y se mordía el labio, él también estaba en ese punto. El temblor se apoderó de mi respiración. No pude ni gritar cuando sentí que me elevaba, me desvanecía en el más glorioso orgasmo que había tenido en toda mi vida.

«¡Madre mía, con el puto *ALADÍN!*».

Cuando sentí sus labios sobre la piel sensible de mi barriga, mis brazos por inercia lo abrazaron sin fuerza. Permanecimos aún unos instantes más en silencio, con el ruido de la fuente de fondo solo interrumpido por nuestras respiraciones que poco a poco se iban calmando.

—¿Una ducha? —me preguntó, poniéndose en pie.

—Veo tu apuesta y la doblo ¿jacuzzi y champán?

—Tú ganas. —Se quitó el preservativo y le hice un gesto señalando el baño, estaba llegando a la puerta cuando su teléfono empezó a sonar, corrió para

cogerlo, no dijo nada, pero vi como apretaba la mandíbula al leer la pantalla, lo apagó sin responder. Cuando se fue yo también saqué el mío del bolso y vi que tenía un mensaje de Angie:

«Estamos en el barco, Miguel está encantado y por eso te perdono. Aprovecha porque mañana tú y yo vamos a tener una larga charla».

Le mandé un solo beso como respuesta y también lo apagué. No quería ninguna distracción.

*

Cuando salió, yo ya estaba sumergida en el agua burbujeante.

—Te dejo hacer los honores —señalé el carrito que tenía justo al lado, donde había dejado el champán y los preservativos; así de previsora soy.

No sé qué tenía aquel hombre, pero me volvía loca sin el mínimo esfuerzo por su parte. Daba igual que estuviera sobre un escenario bailando, haciendo un stripteis, o como entonces, desnudo, libre de cualquier inhibición, abriendo la botella bajo mi atenta mirada.

Me gustó la naturalidad con la que se paseaba por aquella suite, parecía tan cómodo; yo, en cambio, llevaba allí más de un día y seguía sintiéndome de postizo. Me iba grande el lujo, la limusina, el traje de faralaes, todo... bueno, menos él. Él me iba como un tornillo hecho a medida para mi tuerca.

«Maldita Angie, sus metáforas se pegan».

—Por esta noche —brindó una vez estuvo metido en el agua y me ofreció una de las copas—, en la que yo no debería estar aquí, pero estoy, en la que debería largarme, pero no puedo. En la que quiero hacer lo que debo, pero soy incapaz.

Aquella terraza mimetizada con el acantilado era una maravilla, y aquella noche de verano, sin luna y con un cielo colmado de estrellas, lo convirtió en una estampa demasiado romántica para lo que había entre los dos, pero poco importó. Bebimos con la vista fija en el cielo, sin contar las estrellas ni buscar

las constelaciones, solo estábamos allí, recuperándonos de aquel primer acto, aún estaba por ver de cuántos, refrescando nuestra piel y eliminado todo rastro de sudor y sexo. Sigo sin comprender el porqué de aquella necesidad por querer conocer al otro si sabíamos que solo era una noche de nuestra vida, pero allí estábamos hablando de libros, contándole que me encantaban los clásicos rusos, y que uno de mis favoritos era *Lolita* de Nabokov, o que él prefería la novela negra y que su autor favorito era Robert Ludlum.

—No me suena.

—Pero seguro que conoces a uno de sus protagonistas, ¿Jason Bourne?

—Ah, a ese sí. —Asentí mostrando los dientes, lo interpretaba Matt Damon, con eso estaba todo dicho.

Rellenó otra vez las copas, pocas veces en mi vida he bebido tanto, pero por el contrario me sentía de lo más cuerda. Ladeó la cabeza y me observó en silencio antes de formular la siguiente pregunta, bajando la voz y convirtiéndola en un susurro:

—Cuéntame tu mayor miedo.

Pasamos de hablar de banalidades a cosas más profundas, a desnudar nuestro yo más íntimo, y no me refiero a estar espatarrada sobre la mesa enseñándole en primer plano mi sexo, eso ya lo había hecho antes, me refiero a ese “yo” que ni nosotros mismo conocemos bien. Yo, la templada y calculadora, la reacia a las cosas que eran nuevas porque no sabía cómo controlarlas... abrí la boca y solté lo que realmente bullía en mi cabeza y que nunca me había atrevido a decir en voz alta.

—A mi madre le detectaron un cáncer de mama a los treinta y cinco años. Yo los acabo de cumplir y tengo la sensación de no estar aprovechando la vida, a veces siento que se me agota y me ahogo en ese sentimiento. Tengo miedo a que me pase lo mismo. A haber retrasado cosas por no ser el momento adecuado y que luego no lo tenga.

—La vida es demasiado corta para esperar el momento indicado. ¿Por eso estás aquí?

—Puede —admití—. Somos tan complicados que a veces ni nosotros comprendemos el porqué de un miedo que nos impulsa a tirarnos de cabeza y que simultáneamente también nos paraliza.

—No te voy a decir que no tienes que tener miedo, frases manidas como que no tiene que pasarte lo mismo, porque no sirve de nada y tampoco es seguro. Solo te puedo decir que es de sabios conocer al enemigo y de valientes buscar cómo vencerlo.

—Cuando hago algo llevada por ese miedo, me siento perdedora como si al hacerlo significara aceptar que tendré cáncer.

—Piensa que todo el mundo deja cosas para hacer el día de mañana. Solo intenta ser feliz con tus actos. No actúes pensando en la muerte, hazlo solo pensando en vivir.

Y aquellas palabras que me dijo Rai, un desconocido que poco a poco iba formando parte de más recuerdos de mi vida, las almacené en un rinconcito especial dentro de mí.

—Y tú, ¿algo que te avergüence? —le pregunté una vez me repuse de aquel pinchazo que notaba en el pecho siempre que pensaba en mi madre.

Lo pensó con la vista perdida en el horizonte, donde el mar y la noche se fundían en la negrura. Pensé que no me contestaría, cuando lo hizo, su mirada buscó la mía y aquellos ojos verde-marino, enmarcados por unas espesas pestañas negras, me cautivaron por la fuerza que desprendían.

—Creer que esta noche sería una más. Que tú lo serías. —Lo acepto, su respuesta me encantó porque, no nos engañemos, a todos nos gusta ser especiales para alguien, aunque sea solo durante una noche.

—¿Eres de los que se hacen ideas preconcebidas?

—Creí que se me daba bien, igual que la gente, será que me haré viejo —chasqueó la lengua.

—¿Cuántos?

—Treinta y siete. —Su mano acarició la mía y jugueteó con el anillo. Me removí inquieta y Rai se detuvo al ver mi gesto.

Supongo que creyó que era el anillo de pedida y que me molestó por lo que podía significar él en aquel asunto, a pesar de que la verdad estaba a años luz. Para olvidarlo, me arrebató la copa y la dejó junto a la suya en el carrito; a la vuelta, su mano se quedó en mi nuca, acariciando con los dedos el pelo y recosté la cabeza encantada con ese mimo. Se fue acercando despacio, hasta que nuestras bocas se juntaron. Lento, suave, con las burbujas y el frío del champán aún presentes en la lengua. Nos besamos despacio a diferencia de la furia con la que sus manazas agarraron mis pechos. Aquel beso delicado combinado con aquella forma de tocarme tan salvaje me puso de nuevo a mil, gemí en sus labios y como respuesta me cogió de la cintura sentándome en el borde del jacuzzi para convertirse en mi propio pulpo y dibujar nuestra versión de la estampa de Shunga. Su lengua recorriendo mis pliegues, dibujando círculos, engatusando mi clítoris y consiguiendo arrancarme un jadeo tras otro. Sus dedos hábiles entrando y saliendo, buscando la fricción que me hiciera viajar lejos. Sus dientes mordiéndome para sensibilizar aún más la zona... No era un cefalópodo con ocho brazos, pero me demostró que eso no era ningún hándicap para él y me regaló el tercer orgasmo de la noche.

Se levantó y pasó su brazo por debajo de mis piernas para auparme, mi cuerpo no opuso resistencia porque aún se sacudía con las réplicas del clímax. Me agarré de su cuello y con la lengua dibujé espirales en su cuello hasta alcanzar el lóbulo que pellizqué con los labios. Nos acostó en la tumbona doble donde esa misma tarde había hecho la siesta. Aún era incapaz de asumir todo lo que había ocurrido en aquellas escasas doce horas.

Me acomodé a su lado recuperando la respiración mientras él me observaba y dibujaba con un dedo el contorno desde los muslos hasta llegar a mis labios. Cuando pasó por encima de ellos, lo chupé consiguiendo arrancarle un ronco y gutural gemido.

Vi que al lado de su hombro sobresalía el pañuelo que Lulu se ponía como turbante, lo cogí y me senté a horcajadas sobre él; cuando vio mis intenciones se apoyó sobre los codos, me dedicó una sonrisa depravada y dejó que le vendara

los ojos. Mi boca se entretuvo con la suya, mordisqueé la barbilla cubierta por esa barba recortada y fui descendiendo. Mis manos blancas contrastaban sobre su piel morena, era como dibujar con tiza sobre una pizarra; mi boca y mi lengua se juntaron para adorar cada parte de su cuerpo. Se removió cuando llegué a la cintura.

—Para, si no quieres terminar ya —me advirtió.

—¿Cosquillas?

—Muchas y contigo meneándote de esa forma... —repetí el movimiento circular de mis caderas sobre las suyas—. Vas a matarme.

—Hay peores formas de morir.

Me senté sobre mis talones en medio de sus piernas separadas y arañé de forma delicada sus muslos. Su cara se contrajo, se mordió el labio inferior y su erección palpitó frente a mí requiriendo atención inmediata. Soplé sobre ella, la cogí con una mano para llevármela a la boca, y succioné.

Lamí, mordí, besé, a la vez.

Por separado. Despacio. Bruto.

Él seguía a ciegas, pero su cuerpo hablaba por él, las perlas de sudor, la piel de gallina, los jadeos que rasgaban su garganta, y yo me crecí viendo su reacción.

Cuando su cuerpo empezó a revelar que estaba llegando, se sentó de golpe y la posición hizo que dejara de besarlo, pero mi mano continuó llevando el mismo ritmo y mi boca terminó en su cintura donde con la presión de sus dedos en mi nuca acabé mordiéndole la piel en un acto tan animal que dejé mis dientes marcados.

Sin saber cómo, acabé tumbada de espaldas, busqué sus besos con la urgencia de volver a sentirlos al tiempo que le deshacía el nudo y sus ojos cargados de lujuria se abrieron y fue como ver una puesta de sol sobre el mar. Se levantó de un salto para coger los condones y volvió. Me dio la vuelta y se puso detrás de mí sin dejar de besarme, me levantó la pierna para poner la suya en medio y copiar la postura de la estampa. Me penetró rugiendo salvaje. Sus

caderas empezaron a bombear con un vaivén enérgico, su boca sin dar tregua a la mía, sus dedos retozando juguetones con mis pezones, primero uno, luego el otro, estrujando, pellizcando; grité sin importarme quien pudiera escucharme y sus labios me silenciaron. Dibujó círculos aumentando la fricción e incrementando las sensaciones al acariciarme el clítoris con el pulgar y me demostró que la teoría de “pelvisidades” de Lulu era cierta.

—No puedo más —gemí presa del placer.

—Voy contigo —resolló con voz ronca, me agarró de la pierna para abrirme más a él y con la última embestida sentí que me partía en dos. Un *aladín* con todas las letras, un *aladín* que me hizo levitar fuera de órbita, y él se vino conmigo.

14

La mente de Rai, a pesar del rapapolvo que le estaban metiendo, desconectó cuando la luz de sol empezó a reflejarse sobre el agua del jacuzzi. Su mirada se fue hacia allí y en su mente volvió la noche pasada, con Kiki tumbada de espaldas, con las piernas abiertas frente a él, desinhibida, natural, tan dispuesta...

Rebobinó horas atrás, para ser exactos hasta el miércoles.

—Mueve el culo, el jefe te está esperando, tiene algo para ti.

Rai había saltado de la silla, no estaba hecho para trabajos de despacho, necesitaba volver a estar en activo. Claro que cuando Cruz le informó de su nueva “misión” las ganas y el humor cayeron en picado.

—¿Estríper? —repitió incrédulo.

—Creemos que eres el mejor para ser el infiltrado.

—Ya. —Chasqueó la lengua para intentar apaciguarse antes de seguir—. ¿Y con eso qué creéis que podremos conseguir, exactamente?

—Acercarte a ella, ponerle un micrófono y un rastreador. Hay que obtener el máximo de información posible.

Las horas siguientes prefirió ignorarlas y ni recordarlas, las pasó por alto, igual que las burlas de sus compañeros cuando le tocó ir a “ensayar” con el grupo la coreografía de los dos bailes. Dudaba de aquella misión, no sabía si realmente creían que él era el mejor, o era otra forma que había encontrado su jefe para “castigarlo”.

Llevaba haciendo tareas administrativas más de medio año, ¡lo odiaba! Como también odiaba aquella maldita sensación cuando hablaba con sus

superiores y casi tenía que darles las gracias por no echarlo del cuerpo.

Fue en la misión “Paloma blanca”. La bautizaron así haciendo un juego de palabras entre el nombre por el que se conoce también la ciudad de Tetuán, sede del caso, y por el símbolo de la paz; que le venía perfecto porque era sobre la venta ilegal de armas. Se infiltró en la organización, el problema fue que se sintió atraído por una de las mujeres del jefe de la banda desde el primer momento en que la vio. Para ser específicos, con la segunda mujer de aquel magnate del petróleo. Se hicieron amantes, confió en Haala para poder acercarse más, pero pecó de ingenuo y ella lo utilizó. Rai quería información, ella ganarse a su marido y acabar ocupando el puesto de primera mujer. El resultado fue nefasto: descubrieron su tapadera volatilizándolo de un plumazo dos años de investigación y Haala apareció muerta en la desembocadura del río Martil. A pesar de la traición de Haala por haberle descubierto, la muerte de ella pesaba sobre la conciencia de Rai y no iba a permitir que volviera a ocurrir nada por el estilo.

Y ahora, cuando por fin le daban un puesto en aquel caso fuera del despacho, era solo para hacerse pasar por estríper y poner un simple chip. Para Rai, la novia en cuestión era solo un peón, pero le habían dado la oportunidad y no lo iba a desperdiciar.

«Haré todo lo posible para demostrar que puedo volver a estar en servicio».

En el aeropuerto estaban todos pendientes para poder identificarla, cuando coincidieron que sería ella, le pareció preciosa, «¡pedazo bombón!». Bueno, a él y a los otros compañeros que, por pinganillo soltaron “bonitos halagos”. Rai sonrió al ver como las dos chicas se abrazaban, saltaban y reían juntas, como dos colegialas y le chocó la familiaridad con la que se trataban, pero entre chicas era normal. Podían pasar de tratarse como peluches a tirarse de los pelos.

Al pasar frente a él no pudo dejar de observarla: era explosiva, no por ir excesivamente llamativa, pero había algo en ella que lo atraía como un imán. El bamboleo tan femenino de sus pechos al andar era algo hipnótico. Ella lo pilló y

tuvo que bajar la vista para no ser descubierto.

Pero para loco y obnubilado, cuando la vio llegar al local con el vestido de flamenca. Antes de su actuación no dejó de observarla a través de las cámaras de seguridad. Estaba increíble y él solo podía pensar en cómo desnudarla. Lo atraía como un faro, uno de oro y negro, con un escotazo en el que solo podía pensar en pasar la lengua y saborearlo. En su nuca despejada por aquel moño alto... y sus labios jugosos... ah... y cuando reía... «joder, es preciosa», repetía Rai mentalmente.

Desde el escenario, por culpa de los focos, no pudo ver si ella estaba mirando y los minutos allí arriba se le hicieron eternos, deseaba acercarse a Victoria. Cuando por fin lo consiguió, se agachó frente a ella, que se tapaba la cara con las manos y descubrió el sonido de su risa. Se estudiaron a los ojos durante unos segundos, la música empezó a sonar y él se presentó. “Soy toda tuya” le respondió ella a su pregunta de si estaba lista, y en ese momento salió el hombre Neandertal que llevaba dentro y se vio huyendo, los dos, a la cabaña en medio de la Serra de Tramontana, alejados de todo y hacerla gritar hasta morir agotados. La imaginó bajo su cuerpo, clavando los dedos en sus muslos... Le costó levantarse para hacer aquel estúpido paripé, pero le gustó ver como ella no dejaba de mirarlo, y cuando se levantó y empezó a bailar con él sintió que iba a estallar del calentón que le produjo.

Pero controló la situación y le vio solo ventajas. El jefe quería pruebas, datos y ella parecía capaz de todo, puede que fuera fácil obtener dicha información, así que le siguió el juego. Quería salir de la oficina, volver a estar en una misión, infiltrarse, poner su cerebro a mil estudiando las estrategias, haciendo cábalas y anticiparse a su objetivo. Volver a sentir todo el cuerpo preso de la adrenalina... y ella, Victoria, era la clave para conseguirlo.

En el camerino satisfizo sus deseos y los de su jefe, la besó, tocó aquel cuerpo de diosa y además hizo el trabajo. Hasta que el *bola*, su mejor amigo y compañero de batallas, casi tira la puerta abajo.

—¿Qué crees que haces? —rugió cerrando la puerta con una patada.

—Lo que me han *mandao* —le contestó Rai sin alterarse lo más mínimo.

—¿Crees que esconde la información entre las piernas? —se mofó, gallardo.

—El dispositivo está puesto. Sé lo que hago. —Le dio un empujón y se encerró en el baño para darse una ducha rápida.

O eso era la intención, porque parecía «un jodido calamar a la romana salido de un tugurio de Madrid. Puto aceite».

Volvió a mirarla. Parecía tan mansa, allí vestida con aquellos pantalones cortos y camiseta con pinta de niña inocente, pero si ella levantaba la cabeza vería esa otra cara, la de una mujer de armas tomar y que había descubierto aquella misma mañana. Rai descubrió una Victoria segura de sí misma, que sabía el efecto que tenía sobre los hombres y que no dudaba en utilizar. Un pestañeo, una sonrisa, coqueteo innato que hacían que fuera ella la que controlaba la situación. Y eso lo inquietaba.

Victoria lo inquietaba, Kiki lo excitaba.

Si había algo que le había sorprendido la noche anterior, fue que en ningún momento vio un signo de culpa, duda o arrepentimiento por estar con él.

«Ni después del primer orgasmo, ni del cuarto».

No, ella había estado con él toda la noche, no solo físicamente, aquellas horas habían sido solo de los dos, y ahora sabía el porqué.

«No había novio. No había prometido. No había boda».

Aquel anillo que él había mirado mil veces con la tentación de arrancarlo de su dedo porque era como un puto faro recordándole que estaba con una mujer “prometida”, no era un símbolo de compromiso.

«Ella no era quien yo creía. Todo había sido una mentira tras otra».

«¡Qué me importa!».

Él estaba allí por una misión, estaban a punto de echarlo del cuerpo, se jugaba su carrera y otra vez se había dejado llevar por esos impulsos, putos arrebatos que ya lo habían denigrado a estar de “vigilante de aquella rusa” y

estaba a punto de perderlo todo.

«Porque me es imposible mantener la mente fría y la polla dentro de los pantalones». Se recriminó y se juró que no se permitiría ni otro momento de duda. Era capaz de mantener la sangre fría frente a un loco torturador y aquella niña guapa no iba a calentarle la sangre... ya lo haría en las próximas noches, solo en su casa, en la soledad de su habitación.

Victoria, harta ya de estar esperando a que ellos terminaran, se levantó al ver su teléfono móvil, lo encendió y lo puso a cargar.

—¿Puedo saber ya de qué va todo esto? —pidió en voz alta.

A decir verdad, quiso echar una mano a Rai que parecía estar en una situación comprometida.

—¿Qué sabe de la chica? —respondió Cruz ignorando la pregunta, pero dándose la vuelta para seguir con el interrogatorio.

—De la novia —matizó Gutiérrez.

—Poca cosa, que se llama Milenka y que es rusa.

—¿Algo más? —Cruz le dedicó una mirada exasperada mientras golpeaba la libreta con el bolígrafo.

—Si no sé qué buscan, no sé qué información, de la que sé, les puede interesar.

«¡No te hagas la chulita con el jefe, que no lo soporta!», le gritó Rai con la mirada, pero ella ni se enteró.

El teléfono de Victoria empezó a sonar y se apresuró a cogerlo pensando que serían sus amigas, pero su cara se fue transformando a medida que escuchaba lo que le contaba su interlocutor. Rai, que estaba pendiente de cada detalle, al ver que su piel aún se volvía más blanca se acercó preocupado, olvidándose de la distancia que se había autoimpuesto. Cuando colgó, ella cerró un momento los ojos antes de hablar. Su voz sonó sin atisbo de afectación, a pesar de lo pálida que estaba.

—Tengo que ir al museo. Y ustedes se vienen conmigo. Las preguntas en el

coche. Voy a cambiarme.

—¿Perdón? —soltó el inspector jefe, al oír cómo les daba órdenes.

Rai soltó el aire en un sonoro bufido y le preguntó colmándose de paciencia:

—¿Qué ha pasado?

—Han entrado a robar esta noche. —Su voz sonó clara y directa, ni un titubeo. Si no fuera porque ya llevaba tantas horas con ella ni se habría dado cuenta, pero el trabajo de Rai era observar a la gente, saber qué pasaba por sus cabezas y poder anticiparse a sus movimientos y Victoria estaba afectada. Al ver que los tres esperaban que les diera más información, mientras sacaba un vestido del armario y caminaba por la suite hacia el baño para poder cambiarse, les dio los detalles—: Las alarmas no han saltado, no saben qué ha pasado, solo que han asaltado una de las vitrinas y se han llevado un relicario y una copia de este anillo.

15

—Mantenme al corriente, quiero saber cada paso, y a ver si eres capaz de mantener la prensa alejada. —El señor Popov le colgó el teléfono sin siquiera despedirse.

Pero bueno, «podía haber sido peor» pensó Victoria, teniendo en cuenta que lo había llamado antes de las diez de la mañana de un domingo para decirle que les habían robado.

Durante el trayecto desde el hotel al museo, unos veinte minutos, se dispuso a hacer aquella llamada como mínimo unas diez veces, pero al final se dijo que lo mejor sería llegar, ver lo ocurrido, informarse bien y luego ya poner al corriente a su jefe de lo sucedido. Ella había subido al coche con los dos agentes, Cruz, desde el asiento del copiloto, le había preguntado de nuevo por toda la información que le habían dado por teléfono. El resto del viaje lo hicieron en silencio. Rai había decidido ir en su moto, necesitaba distanciarse lo máximo de ella para recuperar la cordura y el control de la situación; y al lado de Victoria le iba a ser imposible.

Cuando llegaron ya estaba allí el director del museo, más el jefe de seguridad, y todos los vigilantes de los diferentes turnos. No hacía falta preguntar para saber cuáles de ellos eran los que estaban de guardia esa noche, sus caras hablaban por ellos.

Los llevaron hasta la sala donde estaba la exposición y vieron lo ocurrido. El jefe de la empresa de seguridad les contó lo que sabían. Aún desconocían cómo habían evitado las cámaras, en las imágenes grabadas no se apreciaba ningún corte, ni manipulación. Las joyas de más valor, como la corona real o el

colgante estaban intactas, igual que todas las vitrinas excepto una. La que contenía el relicario y el anillo. La vitrina estaba formada por dos partes, la inferior de madera, lacada en negro y por encima un cristal blindado que contenía sensores. Los ladrones tenían que saberlo porque el golpe lo ejecutaron haciendo dos agujeros en la madera. Uno en el lateral que daba hacia la pared y por tanto el que quedaba oculto a las cámaras y hasta del vigilante si no prestaba demasiada atención a aquel rincón alejado del pasillo central; y el otro era alrededor del relicario, lo extrajeron por debajo y luego por ahí mismo pudieron coger el anillo. Era un trabajo inteligente y, sobre todo, limpio.

A Victoria ver que Rai necesitaba poner distancia y marcar una frontera entre los dos, en lugar de tomárselo como una ofensa, le encantó. Su alejamiento solo aumentó su atractivo. Vio a un Rai intimidante interrogar con superioridad a los guardias sobre sus rondas, si siempre hacían el mismo recorrido, y hasta les pidió una demostración. Ella se mantenía en una segunda fila, pendiente de todo. A su lado, el director del museo que, a pesar del aire acondicionado, transpiraba de nerviosismo “decorando” su camisa a lo Camacho. Victoria se excusó diciendo que iba a llamar a su jefe.

Nada más volver a la sala buscó a Rai con la mirada, cuando lo encontró le ofreció una cohibida sonrisa al ver que él estaba pendiente de ella. Al policía no le pasó desapercibido que su piel volvía a estar más pálida y parecía muy nerviosa. Le gustó saber que algo podía turbarla, aquella mujer cambiaba de personalidad delante de él en un pestañeo.

Cruz empezó a dar órdenes. Pidió una sala para poder hablar con calma y mandó a Gutiérrez a informar a la central de lo ocurrido. Vicky seguía mirando a Rai pidiéndole con una súplica silenciosa que se quedara a su lado, y a él le encantó ver que lo necesitaba. Si se quedaron solos no fue por la petición de ella, sino porque Rai se anticipó a la petición de su jefe y supo que le tocaba empezar a hacer su trabajo interrogándola y obtener la información que hasta ahora se resistía.

—En el *hall* he visto una máquina de *vending*, ¿te apetece un café? —la invitó y sin esperar una respuesta, le cedió el paso.

Ella se dio la vuelta y salió. Vicky llevaba un vestido de color berenjena, ceñido y de cuello cuadrado. Con el mismo cinturón y zapatos que había llevado la tarde de antes para el pase privado. Su pelo, recogido con una cola alta, se bamboleaba de un lado a otro al ritmo de sus pasos. Rai no sabía si lo hacía aposta o era sencillamente su forma de andar, pero sus caderas y su culo se movían de forma tan erótica que le entraron unas ganas irrefrenables de cargársela al hombro y terminar en algún rincón lo que habían dejado a medias esa mañana. De nuevo, como hizo cuando la había visto salir del baño de la suite, sus manos se crisparon de pura impotencia. De tanta fuerza como apretaba los puños se dejó los nudillos blancos; la deseaba e ignorarlo suponía un verdadero esfuerzo que partes de su cuerpo se negaban a realizar.

Cuando llegaron al *hall*, sacó del bolso una de las llaves para las máquinas, que el director del museo le había dado a modo de cortesía, y se la tendió a Rai. Vicky se sentó en uno de los sillones de piel negra, de esos tan modernos que a veces sentarse es una odisea.

—¿Con leche? —le preguntó él.

—No, solo, por favor.

—Tengo hambre, ¿tú quieres algo?

Sus intestinos respondieron por ella y se levantó para ver qué había. Él había cogido un paquete de galletas Chips Ahoy, y ella optó por unos palitos multicereales con semillas.

—Popov, mi jefe, pide si podemos llevar esto con la mayor discreción. No quiere que la prensa se entere.

—Por nuestra parte no hay ningún problema —le contestó Rai cuando los dos se sentaron.

—¿Cómo va esto, tengo que ir a la comisaria a poner la denuncia? — Hablaban en susurros, en un gesto de complicidad sin siquiera ser conscientes de ello.

—No es nuestro departamento, pero hemos llamado, y vienen hacia aquí. Tomarán las huellas de todos y os harán unas preguntas. El problema es que es domingo, así que hasta mañana, poca cosa.

—¿Y mientras?

—Esperar.

Con el vaso de cartón en las manos, Kiki desvió la mirada hacia la gran cristalera que había tras ellos. Por mucho que sus intestinos rugieran al oír la palabra hambre, la verdad es que sentía el estómago cerrado y le costaba hasta tragar el café. Sintió la ardiente mirada de Rai sobre ella y su parte más morbosa quiso comprobarlo, rozó los muslos uno contra el otro de forma casi imperceptible y en la sala solo se oyó el frufú que hizo la tela del vestido, seguido de un sonido gutural que la garganta de Rai soltó al tragar saliva. Ladeó la cabeza y se encontró con la ardiente mirada verde agua de él.

«¡Dios, esos ojos llevaban horas siendo su perdición!».

En la mente de los dos desfilaron flashes de la noche. La piel blanca de ella en contraste con la oscura de él, el sabor de sus besos, las caricias que buscaban arrancar gemidos, los agarres cuando el deseo se hacía insoportable..., compartieron aquella especie de trance sin dejar de observar las pupilas del otro. El deseo contenido impregnó el silencio que se formó de nuevo entre ellos, mientras intentaban ignorarlo bebiendo café.

Rai se levantó a tirar los dos vasos vacíos a la papelera, necesitaba alejarse. Él, que la noche anterior presumía de abrir los regalos de forma lenta, ahora solo sentía unas irrefrenables ganas de arrancarle aquel vestido a mordiscos. Se quedó de pie frente al ventanal. Kiki se quedó muda observando a su amante que estaba de espaldas a ella, con una mano en el bolsillo, la vista perdida horizonte y con la luz del día perfilando aquel cuerpo masculino y aumentando su atractivo. Desde el primer momento había sentido una atracción muy fuerte hacia él, pero desde que conocía de primera mano, de primera lengua, de primera... todo, la volvía aún más loca. Lo deseaba y quería más. Su cuerpo quería más, del contraste entre los besos lentos y sus caricias más brutas y salvajes. De sentirse

plena con él dentro y de los orgasmos que la lanzaban a explorar el universo. Pero también quería más de aquellas conversaciones, de las banales, las relacionadas con el sexo y de las filosóficas, quería seguir conociendo a aquel estríper que había acabado siendo realmente un policía.

Se aproximó a Rai y estiró la mano para tocarle el antebrazo. Él se dio la vuelta y ella apartó la mano de golpe.

—Disculpa.

—Solo me molesta que no dure más. —Levantó la vista de sus manos para encontrarse con la suya.

—Rai... —empezó a decir, pero el ruido de la puerta principal abriéndose y los pasos de Gutiérrez la interrumpió. El policía pasó de largo, sin dirigirles ni una mirada—. ¿Puedo saber ya de qué iba el interrogatorio en el hotel? —Cambió de tema, dejando el deseo y concentrándose en lo importante. Volvía a ser Victoria.

Rai tardó unos instantes en contestar, se volvió a sentar y se pasó las manos sobre sus muslos antes de empezar a hablar.

—Trabajo para la INTERPOL. —Levantó la vista hacia ella—. Hace unos meses un gánster ruso retirado empezó a verse más a menudo por aquí, vino a la isla dos veces, y empezaron las transferencias de dinero. Creemos que la coartada de la despedida de su hija era solo un montaje.

—¿La mafia rusa? —balbuceó Vicky alzando la voz, nerviosa.

—Tranquila —dijo Rai levantándose para ir a su lado.

—¡Joder! ¿Tranquila? ¿Te parece poco? Me hago pasar por la hija de un gánster ruso y la policía me vigila desde el aeropuerto. —Él se irguió y ella sonrió—. Te vi, tus ojos me tienen loca desde entonces. Me lio con un estríper que resulta ser un *poli*. A las ocho de la mañana sus colegas se presentan en la suite para interrogarme, y para rematar, el robo. ¿Que más puede pasar? —Sin dejar que él contestara, una alarma sonó en la cabeza de Vicky—. ¿Son peligrosos? Digo los rusos.

—No creo que estés en peligro.

—No sueñas muy seguro —admitió sarcástica.

—A ver, con esta gente nunca se sabe, pero mi olfato me dice que les habéis hecho un favor. Cuanto más lo pienso creo que todo ha sido una maniobra de distracción.

—¿Para qué? —Kiki seguía sin creerse lo que le estaba diciendo.

—Blanqueo de dinero, drogas... No lo sabemos.

Victoria le dio la espalda y habló con la vista fija en el cristal.

—¿Cuál era tu papel? ¿Vigilarme?

—Ponerte un micro y un rastreador —le respondió pegado a ella.

—¿Y lo hiciste? —Preguntó con la boca pequeña pensando en todo lo que habrían podido escuchar.

—Sí, en el camerino, bajo uno de los volantes. —Esperó unos instantes antes de seguir, quería ver su reacción—. Pero te lo quité en el Shunga y lo escondí entre los cojines.

—Ahora entiendo que quisieras alargar la noche, las preguntas... —dijo en voz baja dándose cuenta de que él se había dejado seducir con un solo propósito. Se sintió utilizada.

Rai la cogió de los hombros para darle la vuelta y sus manos la acunaron y con los pulgares le acarició las mejillas.

—Lo de anoche... —empezó a decir, pero en ese momento la puerta volvió a abrirse y llegó más policía.

A partir de ese momento todo se precipitó. Mientras unos agentes empezaron a tomar huellas, otros volvieron a interrogarlos uno por uno de nuevo y ellos dos no pudieron seguir hablando.

*

Cuando llegó el momento de la declaración de Victoria, en la sala además de los tres agentes que ya conocía, había dos más; un hombre y una mujer que parecía ser quien llevaba la voz cantante. Le preguntaron por su trabajo.

—Cuéntenos todo lo que sepa sobre las piezas que han robado.

—Son las joyas de menor importancia. No son como la corona real o el colgante de millones de euros... Eran bonitos, de mis favoritos, pero no los más caros —terminó ella contándoles todo sobre el relicario y el anillo.

—¿Tiene alguna sospecha?

—El primer nombre que me viene a la mente es la Pantera Rosa.

Todos sabían a quién se refería. Era una banda de ladrones de joyas conocida a nivel mundial por ser de los mejores atracadores del mundo. Dubái, Londres eran algunos de los lugares que habrían “sufrido” de su genialidad. No dejaban ningún cabo suelto, podían pasarse más de tres meses observando su objetivo, estudiando a cada trabajador, pensar en todos los detalles como pintar el banco frente al edificio para que nadie pudiera sentarse y ser testigo del atraco.

—En 2013 ya pasó algo similar en Cannes —siguió ella—. En un hotel había una exposición de joyas temporal de la prestigiosa casa de diamantes Leviev, propiedad de un multimillonario israelí, se llevaron un botín valorado en cincuenta y tres millones.

—¿Están aseguradas? —le pidió la agente Rosáez.

—¡Qué importa! —contestó, irritada—. Son irremplazables. Son fáciles de vender, pueden quitar las piedras, venderlo por separado.

—¿Dónde pasó la noche?

Rai volvió a ser testigo del cambio de ella, mientras estuvieron solos fue cercana, al verlos entrar se transformó. Había empezado el interrogatorio dejando ver cómo le afectaba aquel asunto, pero volvió a cambiar y apareció Victoria, la arrogante.

—Saben mis pasos desde el viernes por la tarde, y ayer por la noche, desde las doce hasta las siete de la mañana, él es mi coartada —contestó ella tajante, aún le escocía que él la manipulara.

—¿Lo corrobora? —le pidió Rosáez.

—Bueno... —empezó a decir Rai con ganas de provocarla y ver así sus

límites.

—¿Qué quiere decir?

Se giró hacia Victoria para contestar:

—Me tapaste los ojos.

—¿Y? —explotó, y él sonrió, fatuo.

—No sé qué hiciste mientras.

Victoria lo miró antes de acercarse a él. Lo observó con suficiencia y después soltó una presuntuosa carcajada.

—Me gusta que me creas capaz de convertirme en ninja, escalar el acantilado, ir al museo, robar y volver a la terraza, donde he dejado a otra *tipa* haciéndote una mamada y ocupar su sitio al volver. —Alzó la mano y le levantó la camisa para señalar donde aún se veía claramente los dientes marcados del mordisco que le dio—. ¿Quieres prueba de mordida?

Cuanto más soberbia se mostraba, más la deseaba Rai. La agente Rosáez lo miró alzando una ceja y él negó con la cabeza.

—Basta —rugió Cruz, cansado de aquella pelea demasiado “doméstica”—. Eduardo, el guardia de seguridad de ayer por la tarde, dice que el pase privado que hiciste fue a uno de los narcos más conocidos de la isla.

Aquello la pilló tan de sorpresa que necesitó sentarse al notar que las piernas se le volvían gelatina.

—Que, ¿qué? Ay, Dios, ¡y yo creía que no se podía liar más! Me lo pidió mi jefe, dijo que eran unos amigos suyos.

—También nos ha contado que quitasteis las alarmas y que estuvieron probándose las joyas. ¿Por qué?

—Yo que sé —contestó, nerviosa—. No me hacían caso y se me ocurrió tratarlos como niños. Quería que mi jefe estuviera contento.

—Bueno, creo que por ahora es suficiente —terminó Rosáez, con ganas de marcharse y dejar el resto para el día siguiente—. No puede salir de la isla y mañana antes de mediodía la quiero ver en la comisaría.

16

Rai y Victoria volvieron a quedarse solos. Ella estaba muy furiosa, quería gritar, golpearlo. Discutir, pero de nuevo mantuvo la sangre fría y recapacitó. Pelearse con él no era una solución. Estaba acojonada, nunca se había imaginado que estaría metida entre gánsteres, la mafia rusa y los narcos que gobernaban en la isla.

Sin decir ni una palabra los dos se acercaron y quedaron solo a un corto paso de tocarse. Buscaban aquella vibración que les provocaba aproximarse al cuerpo del otro.

—¿Tanto me parezco a Milenka?

Rai sonrió y chasqueó la lengua antes de contestar:

—La verdad es que no sabemos cómo es. Por eso estábamos en el aeropuerto vigilando las llegadas.

—Ya... ¿Y ahora?

Y volvió a ser aquella mujer vulnerable. Tenerla tan cerca y no poder tocarla lo estaba torturando, ladeó la cabeza hacia la puerta, solo para asegurarse de que estaban solos, después alargó la mano y le rozó la mejilla con los nudillos susurrando:

—¿Quieres mi consejo?

—Por favor —pidió ella casi sin voz.

—Vuelve al hotel, espera a tus amigas y actúa como si nada. La despedida, el robo... Está tu jefe y sus amiguitos, la organizadora...

—¿Desconfías de Angie? —gritó, sorprendida.

—Confío en la gente, pero desconfío del diablo que llevan dentro.

—Eso es de una peli, *Italian Job* —replicó sin poder creer que sospechara

de Angélica.

—Me pillaste. —Sonrió de lado—. Ella parece limpia, pero su padre... —Vicky pensó en su madre y en las veces que ya había insinuado que estaba metido en chanchullos—. Salieron con el yate de noche...

—Bueno, eso es culpa mía. Les dije que nos dejaran la suite y que se fueran a dormir al barco.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia la puerta.

—No sabemos a quién nos enfrentamos. Me huele a que te han tendido una trampa. No sé, puede que el robo y la despedida no estén relacionados o sí. Estás en medio de todo y no me gusta.

Ver cómo Rai se mostraba preocupado por ella, aumentó su intranquilidad y al mismo tiempo se sintió protegida.

—Todo estaba a nombre de Angie, me pareció raro.

—¿Qué quieres decir?

—El hotel, las reservas, todo estaba a nombre de Angie. Dijo que facilitaba las cosas, pero me sorprendió. Milenka le pasaba las transferencias con los importes y nada más.

En ese momento Rosáez apareció en la puerta.

—La llevamos de vuelta al hotel —anunció y esperó allí de pie para acompañarla hasta el coche.

Victoria ladeó la cabeza de nuevo hacia Rai que dio un paso atrás e hizo un asentimiento con la cabeza casi imperceptible, como lo fue la sonrisa que le dedicó.

«¿Lo nuestro va a acabar así?» se preguntó Victoria mientras salía de la sala. «¿Qué es lo “nuestro”?».

*

De camino al hotel, las sospechas de Rai calaron en la mente de Victoria que no dejaba de dar vueltas a todo lo ocurrido. Podía pensar lo peor de Popov y de sus

amistades, nunca había querido meter mucho las narices en los asuntos de su jefe, pero sabía que había mucho trapicheo. Ella no preguntaba, de hecho, nadie lo hacía; como siempre todos tendrían motivos para esconderlo, hacer la vista gorda y abrir el bolsillo.

Jaime, el padre de Angie y Lulu, más de lo mismo. Su madre solía llamarlo el *trilero*, imaginarlo metido en algún asunto turbio no le sorprendía; en cambio, lo que era incapaz de asumir era que Angie estuviera metida. ¿Dudar de Angie? Le era absolutamente imposible. Confiaba en ella ciegamente.

En cuanto llegó a la suite llamó al Popov y le informó de cómo había ido la mañana. No podía estarse quieta, caminaba de un lado a otro de la suite mientras hablaba por teléfono. Le dijo que habían recogido huellas, hecho fotos e interrogado a todos. Dudó, pero al final también le contó que le habían preguntado por la visita en exclusiva de la tarde anterior.

—Mañana tengo que ir a la comisaría.

—La volveré a llamar con las siguientes instrucciones. —Y de nuevo colgó sin despedirse.

Como un autómata fue hacia la cama donde se dejó caer sin preocuparse de si el vestido quedaría hecho un higo. Estaba agotada. Cerró los ojos, y se puso en posición fetal, un olor en las sábanas la atrapó y la arrastró con él hacia un retazo de la noche.

—¿A qué hueles? —preguntó Kiki, con la nariz pegada en el hueco entre el hombro y el cuello de él.

Rai la cogió de la cintura para darse la vuelta y tumbarse sobre ella. Le cogió las manos y con la rodilla la obligó a abrir las piernas para poder acomodarse entre ellas.

—¿Tú que dirías? —Deslizó su boca desde la garganta hacia el pecho donde rozó con los dientes el pezón.

—A placer en estado bruto —logró balbucear sin saber si tenía sentido sus palabras, pero era lo primero que le vino a la cabeza.

—Sauvage —admitió él antes de besarla con destreza y voracidad.

—Felicita a tu hermana por la elección —dijo, recordando que era ésta la que le compraba la ropa e intuía que también los perfumes.

Rai soltó una carcajada y asintió con la cabeza.

—Eres demasiado guapa y demasiado lista.

Contrajo los muslos de pura excitación al recordar los siguientes minutos, de un salto se levantó y se encerró en el baño. Necesitaba despejarse y una ducha le parecía lo mejor.

Estaba terminando de meter las cosas en la maleta cuando llegaron Angie y la parejita.

—¡Por fin! —exclamó al verlas.

—No nos dirás que has tenido tiempo para echarnos de menos —rio Lulu.

—Cuéntanoslo todo —pidió Angie.

—Después. Ahora recoged que hay que irse.

—¡¿Vamos a tener que suplicarte?! —bromeó Lulu.

—No, pero os conozco y no tenemos tiempo para todos los detalles, la yaya nos espera.

—Tienes mala cara —advirtió Gloria.

—Hay problemas con el museo y tengo que quedarme, aún no sé los días —dijo y para que no preguntaran más volvió al tema principal—. Y sobre la noche solo una palabra: increíble.

Una hora más tarde estaban en casa de la abuela Jacinta. Cuando ésta la vio, la saludó como siempre, cogiéndole los mofletes y repartiendo besos y pintalabios rosa por toda la frente y nariz. Era adorable y pegajoso, pero nada que no se fuera con un poco de agua y jabón. Poco después llegó Miguelín que le dio las gracias a Kiki por lo del yate, le guiñó un ojo y Angie se puso colorada al oírlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Marta después de saludarla, fueron los últimos de llegar.

—Eh, sí, perdón... —contestó. Se había quedado absorta mirando al padre, recordando las palabras de Rai sobre él.

—Chiquillas, que ya no tenéis edad... —se burló Jaime, creyendo que se debía a la resaca.

Lo volvió a mirar y no vio nada fuera de lo común, eso la relajó y se impuso dejar las cavilaciones y disfrutar de la comida.

La casa estaba situada en el casco antiguo de Andratx, era pequeña y bastante vieja, pero Jacinta renegaba y ponía el grito en el cielo cada vez que su hijo, el constructor de renombre, le hablaba de un nuevo hogar; a lo sumo que había llegado era a una pequeña restauración adaptando la vieja casa de pescadores a la modernidad y alguna reforma que le facilitara la movilidad.

El ambiente fue el de siempre, distendido, alegre. Con Jacinta pidiéndole a Victoria que volviera a la isla para quedarse y preguntando a sus nietas cuando iban hacerla bisabuela.

Lulu y Gloria se conocieron en el baño de un local donde hacían la presentación de una nueva marca de cosméticos. Lulu estaba encerrada dentro cuando se dio cuenta que no había papel y no tenía ni un pañuelo en el bolso.

—¿Hola, hay alguien ahí?

—Sí, estoy yo —dijo Gloria algo achispada, solo había tomado una copa de vino tinto, pero por alguna razón le había sentado como si se hubiera bebido una botella de Palo de un solo trago.

—Necesito un favor —empezó Lulu.

Un instante después por la rendija de debajo la puerta aparecían unos pañuelos, se lo agradeció diciendo que al salir la invitaba una copa, pero al secarse notó un escozor y un olorcillo.

—¡Cabrona, son mentolados! —rugió la pelirroja.

—Dios, mierda, lo siento... espera... —Y le tendió unas toallitas desmaquillantes—. Límpiate con esto.

—¿Crees que cago rímel?

—No me hagas reír, ¡que me meo encima!

Gloria tuvo un flechazo nada más ver a Lulu. Tres meses después, eran inseparables. Una noche, Ioia le confesó sus sentimientos, sufría por estar a su lado solo como amiga y no poder ni tocarla. La respuesta la pelirroja fue darle un beso en los labios. Pasaron la noche juntas y llegaron las dudas de Lulu. Aquella misma semana se lió con dos tíos y el sábado volvió a pasar la noche con ella. Hasta que se dio cuenta que, a lo mejor, el problema no era de los tíos con los que se acostaba y que no sabían excitarla suficiente, sino que no tenían lo que tenían que tener. Un lunes a las tres de la mañana se presentó en casa de Gloria y le dijo que quería estar con ella. De eso hacía ya seis años.

Después de comer, la abuela se fue a echar la siesta a su cama, los padres se fueron a dar un paseo y Miguelín se quedó leyendo en el salón, sabiendo que querían estar un rato las cuatro solas. Salieron al pequeño patio y se sentaron en las sillas de forja blanca, igual que la mesa, situadas bajo el porche natural de una maravillosa buganvilla. Allí sentadas, años atrás, la abuela les había enseñado a hacer vestidos para sus Barbies.

—Estás rara, ¿qué pasa? —soltó Angie al depositar en la mesa un plato con diferentes helados. La abuela conocía el gusto de cada uno y siempre tenía un arsenal de golosinas para cuando iban a verla.

—Necesito una siesta de cuatro horas —confesó Vicky bostezando y estirando los brazos hacia arriba.

—¿Tan bueno?

—Mejor. —Y rio con una sonrisa post orgásmica que le surgió al pensar en la noche.

—Venga, suelta por esa boquita, queremos saberlo todo, con pelos y señales —le pidió Lulu.

—Pues de pelo, va a ser que nada de nada. —Rasgó el papel del cono de nata y fresa y lo lamió sin dejar de reír al verlas tan expectativas.

—Juro que como no empieces a hablar... —la advirtió Lulu, impaciente.

—¿Qué? —contestó Vicky divertida, al cabo de unos segundos esperando saber cuál era la amenaza.

—No sé... ya se me ocurrirá algo.

—¡Qué mala eres chantajeando, cariño! —se burló Ioia.

—Ha sido una noche increíble, por fin un tío de diez. Es un *otis* con los dedos y un *aladín* con el resto... —y empezó a relatarles la noche para disfrute de sus interesadas oyentes, pero obviando algún detalle como que Rai era policía.

—¿Y no vais a volver a veros? —Ella negó—. Ni un teléfono... ¿algo? —insistió Gloria.

—Nada. Solo ha sido una noche, en la que además fingía ser Milenka, no hay más.

—No nos engañas, no suenas muy convincente —advirtió Angie.

—¿Qué queréis que os diga? Sí, ha sido la hostia, una noche de sexo increíble y claro que quiero repetir... Es un tío muy interesante y hay una química muy fuerte entre los dos, pero nada más.

—Bueno, al menos te vas servida para una buena temporada —rio Lulu.

—Y tiene algo en común con Miguel, no es un yogurín, es un danet. Con él, repetiría siempre.

Rieron, y siguieron con la charla. Idearon hasta un plan para volver al club a buscarlo... pero Vicky fue esquivando esos planes como pudo, porque sabía que allí no estaría. Solo le quedaba la esperanza de volver a verlo el día siguiente, en la comisaría; a pesar de que no fuera su caso.

Aunque insistieron para que fuera con ellos al cine, Vicky desestimó la propuesta y prefirió irse a su casa. Antes de marcharse, pidió permiso a Jacinta y cortó una rosa blanca del rosal que había en el patio.

Al llegar, dejó la maleta en el pasillo de la entrada y volvió a salir. Fue andando por el camino que bordeaba la costa hasta llegar a un banco donde se sentó con la vista perdida en el horizonte. A su madre le encantaba aquel paseo y sentarse allí durante horas. Fue desde ese mismo punto donde, quince años atrás, siguiendo sus instrucciones había esparcido sus cenizas.

Ni supo el rato que pasó allí sentada, teniendo una charla en silencio con su madre, contándole las últimas noticias y lo que había estado haciendo. Hasta le habló de Rai y de la noche que habían pasado juntos. Al final se levantó, besó la rosa y la lanzó al mar antes de volver sobre sus pasos.

No se dio cuenta de que la habían seguido y que la estaban vigilando; Rai, una vez se aseguró de que ya no podía verlo, salió de detrás de una roca donde se había escondido y se acercó al lugar. Primero pensó que esperaba a alguien, pero cuando llegó al banco sus ojos buscaron una pista, sonrió cuando la encontró porque demostraba que empezaba a conocerla. En el respaldo, en medio de la madera estaba escrita la palabra “mama”.

Vicky volvió a casa. Al que realmente sentía su hogar, el que la vio crecer y cuidar de su madre. Todo seguía igual. Alfonsita, la mujer de la limpieza que se encargaba de esa tarea ya cuando su madre vivía, pasaba una vez al mes a darle un repaso. El jueves la llamó para decirle que estaría el fin de semana en la isla. Al entrar la fragancia de pino, del jabón friegasuelos, le dio la bienvenida, le

gustaba que siempre oliera igual. La casa era pequeña y esquinera; tenía dos plantas, en la superior había dos habitaciones dobles. Estaba situada dentro de unas de las urbanizaciones que había construido Jaime y en la casa de al lado vivían los padres de Miguelín.

Se desnudó —quitándose los shorts y el top que se había puesto después de la ducha en la suite— y se vistió con una camiseta de manga corta vieja que utilizaba para dormir. Conectó el teléfono a los altavoces y empezó a sonar *Home* de Aaron Wright. La canción compitió con las voces de su cabeza, pero no llegó a aligerar aquella sensación que siempre la rodeaba cuando iba a aquel rincón tan especial. Fue a la cocina y se preparó un vodka con hielo y cogió una caja de Eagle, tenía una extraña adicción a los cacahuets con miel y sal.

Se sentía agotada, feliz, nerviosa... Todas las emociones se le amontaban y no sabía si reír, llorar o tirarse de los pelos.

Caía la tarde, los recuerdos se sentaron junto a ella en el sofá y camparon a sus anchas ocupándolo todo con su presencia. Cerró los ojos.

Victoria, con unos seis años, corriendo por el comedor con una guirnalda de color dorado en la mano para ponerla en el árbol de Navidad.

Su madre, Katya, bajando por la escalera arreglada para una cena.

Las dos embelesadas mirando Eurovisión.

La risa de las dos juntas estallando contra las paredes.

Las dos tumbadas en el sofá, bajo una manta y repitiendo los diálogos de alguna de sus *pelis* favoritas.

Katya enferma.

Vicky leyéndole.

El eco del vacío, del silencio, del dolor.

Pegó un respingo que hizo que se levantara del sofá de un salto al oír el timbre de la puerta. Ni preguntó quién era, apretó el botón para abrir la verja agradeciendo a quien fuera por irrumpir en su casa a aquellas horas y por sacarla de aquel círculo en el que a veces se perdía.

Sonaba los primeros acordes de *Too good at goodbyes* de Sam Smith cuando al abrir la puerta se encontró con Rai. Iba vestido aún con la misma ropa, con las manos en los bolsillos traseros y unas gafas de aviador puestas. Él también aprovechó para darle un repaso. Estaba tremendamente sexi vestida solo con aquella camiseta con el eslogan “piensa menos y haz más” —Vicky era una fan de ese tipo de prendas con mensaje— y que le llegaba a mitad de los muslos. Llevaba el pelo suelto, pero lo que más le impactó fue la tristeza que nadaba en aquellos ojos azules.

Le embargó la ternura y sin decir nada dio un paso hacia adelante y la abrazó. Ella tardó en reaccionar, pero luego se agarró con fuerza a la camiseta de él. Rai cerró la puerta tras de ellos. Parecía que seguía teniendo aquel sexto sentido para la gente. Aquel radar que decía, la noche anterior, haber perdido por la edad.

—¿Os parecíais? —Vicky alzó la cabeza hacia Rai que le regaló una sincera y escueta sonrisa. No le sorprendió que supiera que, si estaba así, era por su madre.

Ella asintió y se separó para coger un marco de fotos que había en el mueble de la entrada. Estaban las dos, Vicky tendría unos trece años, era el día de su cumpleaños y hacía una mueca de fastidio porque no le gustaban las fotos, su madre, al lado, riendo.

—Era una fan de los berberechos, odiaba el vodka y siempre olía a perfume de gardenias —soltó, sonriendo melancólica—. Era increíble. A veces me veo contándole algo que me ha ocurrido y me imagino como sería el tono de su carcajada o lo que me contestaría.

—Eres su viva imagen.

Vicky se dio cuenta que estaba abriéndose demasiado, no estaba acostumbrada a mostrarse tan vulnerable delante de nadie. Rai no estaba allí para saber aquellas nimiedades de alguien que ya no estaba y que lo eran todo para ella. Eran cosas demasiado personales y se cerró en banda, cambiando de tema. Se aproximó y le pasó los brazos por su cuello.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Te seguí. Fui al acantilado —Confesó, hundiendo los dedos en su pelo y le acarició la nuca.

—¿Por trabajo o preocupación?

—Un poco de los dos.

—No deberías estar aquí —susurró con la boca pegada al cuello de Rai.

—No me gusta dejar las cosas a medias. Y tienes razón, debería estar en la cama, dentro de ti...

Kiki se separó para poder quitarse la camiseta dejándola caer al suelo y quedando desnuda frente a él. Toda una declaración de intenciones. Nunca se había sentido tan cómoda, tan cómplice, tan completa con nadie. Rai la desconcertaba porque con él olvidaba ser cauta, actuaba sin pensar y era algo a lo que no estaba nada acostumbrada.

Él la observó despojada de ropa y de complejos, mostrándose como la pasada noche, natural. Tal cual era.

—Eres jodidamente perfecta.

Sin apartar los ojos de ella, se desabrochó los vaqueros, pero sin quitárselos, dio dos puntadas a las zapatillas para descalzarse, se quitó la camiseta, y luego sí, despacio, se bajó los pantalones y los dejó a un lado. Vicky lo observó extasiada, era impresionante, pero, sobre todo, lo era por lo que su cuerpo despertaba en ella. Se provocaron con la mirada dominados por el deseo, él tragó saliva y ella se mojó el labio inferior.

—Y tú eres magnífico —Los dos eliminaron la distancia que los separaba.

Sus bocas se buscaron con prisas, y las lenguas bailaron al volver a reencontrarse. Un beso tan explosivo como el primero que se dieron en el camerino. Juguetearon durante unos instantes, se acariciaron con la lengua, con los labios, con los dientes. Los dedos de Kiki tomaron vida propia y se deslizaron por el pecho masculino dibujando el contorno de los músculos. Sus labios tomaron su propia ruta, desde el mentón fueron hacia el lóbulo de la oreja, el hueco del hombro...

Rai la cogió de la cintura e hizo que se diera la vuelta; el pene, al rozar su culo se emocionó y palpitó, Kiki llevó los brazos hacia atrás, arqueándose más y buscando aquella fricción. Él deslizó sus manos hacia sus labios, los de arriba y los de abajo, buscando el calor y la humedad. Le pellizcó el clítoris e introdujo dos dedos dentro tocando el punto G. Kiki no dejaba de gemir.

—Así, grita...

—Raaaaaiiiii.

—Me he pasado todo el día con un puto calentón que no me dejaba ni pensar —confesó.

Ni se molestaron en ir a la cama, la alfombra mullida que había frente al sofá fue suficiente. Rai la empujó hasta allí sin dejar de besarla, alargó la mano para coger una pernera del pantalón y tiró hacia él para coger un preservativo del bolsillo. Se dejó caer de rodillas mientras se lo ponía.

—Siéntate sobre mí, como antes.

Le hizo caso, le dio la espalda y se puso con las piernas abiertas a horcajadas sobre él que mantenía erecto el pene para cuando ella se dejó caer y la penetró.

—¡Dios!

—Joder... —soltó Rai de un bufido acoplado del todo sus cuerpos.

—Exactamente —le respondió, jadeando y riendo al mismo tiempo.

—Llevaba todo el día esperando esto... —Pasó el brazo por la cintura para estrecharla más y ayudarla en el movimiento—. Me vuelves loco.

Se movieron a la vez. Arriba y abajo. Con un variado repertorio de gemidos que incluían todas las vocales. El roce era eléctrico, Kiki se recostó sobre el pecho masculino sintiéndose plena. Se tensaba y cerraba los ojos en cada contracción, jadeaba al sentirlo tan profundo.

—Te gusta. —Rai ni siquiera lo dijo como una pregunta. Le clavó los dientes en la clavícula femenina con lascivia, le encantaba verla disfrutar.

—Oh, dios... sí...

Las piernas de Kiki empezaron a cansarse por la postura. Se prometió

apuntarse a yoga y hacer sentadillas si con ello podía volver a repetir y aguantar más en aquella posición. Se levantó para sentarse de nuevo, pero cara a cara. Rai siguió sentado sobre sus talones. Se besaron hambrientos sin dejar de acariciarse. Volvió a penetrarla consiguiendo que los dos lanzaran un grito de placer. Rai la empujó hasta que apoyó la espalda en la alfombra, en aquella postura tenía una increíble y sensual visión de Kiki y de sus pechos moviéndose deliciosos. La agarró abarcando todo su culo y manteniéndola así, arqueada consiguiendo que la penetración fuera aérea, más profunda y teniendo el completo control. Bombeando, dentro, fuera, con el glánde rozando y pervirtiendo el clítoris. Ella curvó más la espalda hacia arriba de puro placer. Sonaba *Dusk till dawn* de Zyan junto a Sia.

«Porque quiero tocarte, cielo, y también quiero sentirte.
Quiero ver el sol alzarse sobre tus pecados, solos tú y yo.
(...) hagamos el amor esta noche.
(...) Pero nunca estarás solo,
estaré contigo desde el anochecer hasta el alba».

Rai la dejó de nuevo recostada y la acarició desde el ombligo hasta el cuello, donde apretó para robarle el aire suficiente que hiciera aumentar las sensaciones y se volvieran más salvajes, profundas. Kiki estaba disfrutando como nunca en su vida. Eso, junto a la perfecta velocidad, los hizo llegar a ese punto donde todo se precipita, y no hay marcha atrás. Se deja de respirar y te lanza hasta el séptimo cielo del universo del orgasmo.

Estaban recuperando las pulsaciones y la respiración cuando el teléfono de Rai empezó a sonar.

—¡Ni que tuviera un rastreador en el puto rabo!

La carcajada de Kiki resonó en toda la casa mientras él se daba la vuelta para tirar de nuevo del pantalón y coger el móvil.

—¿Qué?! —contestó furioso—. Media hora... Joder que sí, que ya voy. — Colgó y se giró hacia ella con cara de frustración—. Sé que vas a odiarme, pero tengo que irme.

—Después de este orgasmo siento decepcionarte, pero me va a costar.

Se puso de rodillas sobre la alfombra frente a él que ya empezaba a vestirse.

—Ten piedad, mujer —se quejó—. Pues yo sí me cabreo por irme. Es lo último que deseo.

—Puede que sea lo mejor —sugirió Vicky mordiéndose el carrillo, empezaba a gustarle demasiado aquel *falsoestríperqueresultóserpoli*.

—¿Lo mejor? Se me ocurren tantas formas de hacerte cambiar de opinión —dijo cayendo sobre ella que reía mientras se besaban—. No quiero irme, y dudo que pueda volver después.

—No pasa nada, creo que podré soportarlo. —Kiki lo empujó, se levantaron y lo acompañó hasta la puerta.

—Ni despedirme —susurró cogiéndola por la nuca y acercándola a sus labios.

—Pues no digas adiós.

Volvieron a besarse, pero a diferencia de las otras veces, no había prisa ni furia; al contrario, fue dulce, saboreándose lentamente porque eran conscientes de que aquel beso sería el último que se darían.

Lunes

—¡Por fin sale algo bien! Ven, tengo que hablar contigo a solas.

Era casi las diez de la mañana del lunes y estaban en la calle, frente a las puertas de la comisaría.

—Rai... —empezó a decir Kiki, pero él no la dejó continuar.

—No sabes cómo me jodió irme de tu casa, pero ha valido la pena, he descubierto...

Soltó un bufido al ver que no la escuchaba. Estaba cansada, le dolía la cabeza y estaba deseando volver a la cama. Llevaba en pie desde las seis y media de la mañana, hora a la que la había llamado su jefe para decirle que estaba de camino. Odiaba de por sí el primer día de la semana, pero ese estaba siendo un horror desde primera hora. A pesar de ello, su mirada se paseó insaciable por el cuerpo de Rai. Vestía unos vaqueros —con muchos lavados a sus espaldas— y una camiseta básica con cuello de pico, en gris oscuro y que resaltaba su piel morena y sus ojos, que, aquella mañana, aún se asemejaban más a las aguas cristalinas de Cayo Coco donde Vicky soñaba bañarse algún día y ver los flamencos.

—Rai... —volvió a insistir, interrumpiéndolo. Al final le cogió la cara con ambas manos e hizo que lo mirara—. Ya no hay robo.

—¿Cómo? —preguntó, desconcertado.

—Acabo de retirar la denuncia. Lo siento, tengo prisa; ellos te lo cuentan.

—No tan rápido —La tomó del codo y se alejaron de la puerta hacia un lateral, pegados a la pared—. Cuéntamelo todo.

—Mi jefe no quiere seguir adelante con la denuncia.

Popov había llegado a las siete y cinco aquella misma mañana al aeropuerto en un jet privado, un detalle de otro de sus *amiguitos*, y con él traía dos nuevas piezas para la exposición. La había llamado pidiendo que se reuniera con él en el museo. Las dos nuevas joyas eran una tiara formada por diamantes y rubíes inspirada en los 'kokoshnik', los tradicionales tocados rusos, y un broche en forma de libélula con el cuerpo de diamante amarillo. Para Victoria, eran dos piezas con demasiado valor teniendo en cuenta que los acababan de robar; además no veía que fueran joyas para hacer réplicas para la subasta. Eso había generado ya una discusión, la otra fue cuando la mandó a ella a ir a comisaría y “hacer todo lo posible para que cierren el caso y no metan las narices en el Fondo”.

—Sigo sin entender, creí... —Pero no terminó de hablar porque ella volvió a interrumpirlo.

—Es como el resto de la noche del sábado: yo no era la novia ni hubo despedida, tú no eras el estríper y mira por donde, tampoco hubo robo. —Hizo amago de irse, pero él la retuvo cogiéndola por la cintura, y con confianza dejó la mano allí—. De verdad que tengo prisa, Popov me espera para volver a Moscú. Rai, olvídalo.

—Ni se te ocurra —repuso empujándola con las caderas contra la pared y la chispa de electricidad salvaje prendió de nuevo entre los dos.

A pesar de las ojeras y de la cara de mala leche, Rai la encontró aún más deseable. Llevaba la misma ropa que el sábado cuando hizo la presentación, la falda lápiz color verde esmeralda y el top de encaje en color marfil; se había recogido el pelo en una trenza ladeada, no había tenido suficiente humor ni ganas para peinarse y optó por lo más fácil.

—¿El qué? —le provocó Victoria, dejando salir aquel deje de soberbia.

—Negarlo—respondió, lacónico—. Puede que los dos nos hayamos mentido, pero sabes tan bien como yo que eso es un detalle y el más mínimo de la noche.

—¡Solo fue una noche de sexo! Tú buscabas información. Yo, pasarlo bien. Rai la agarró de las muñecas y las apretó contra el muro.

—No te equivoques, de nada sirve esa excusa barata de negarlo todo. Tú lo sabes, yo lo sé —dijo bajando la cabeza y quedando a un aliento de sus labios—. No solo te abriste de piernas...

—Basta —lo interrumpió Kiki jadeando e intentando apartarse sin éxito.

Se cabreó con ella misma al no ser capaz de controlar aquellas ganas de besarla. Quería irse, quería volver a controlar su vida.

—¿Qué es lo que realmente te molesta? ¿Saber que ayer no había corazas y enseñaste todas las muñecas que hay dentro de ti?

—¿Qué dices?

—¡Eres como una puñetera matrioska! —rugió y la soltó de las manos—. Victoria, la soberbia. Vicky, la sensible y divertida que dejas salir cuando hablas por ejemplo de tu madre, y Kiki, la sensual y salvaje. Pero sabes, todas y cada una de ellas, cuanto más las conozco, más me gustan. Me tienes loco.

Rai buscó su boca y la besó con ansia. Sus manos volvieron a buscarse y sus dedos se aferraron anudándose entre ellos, como no podían hacer otras partes de sus cuerpos. Se devoraron con la habilidad de quien ha compartido más de un beso, los labios de Rai succionaban los femeninos robando el poco carmín que quedaba en ellos, y las lenguas bailaban al ritmo de los gemidos que se les escapaban.

—Es... Rai... me voy —Bajó la cabeza, su voz temblaba entre una mezcla de rabia y deseo contenido.

—Espera, por favor... —Le puso el pulgar bajo la barbilla y la alzó, sus ojos se encontraron, aquellas miradas eran demasiado transparentes y hablaban de verdades que no estaban dispuestos a asumir, sobre todo ella.

—Siempre recordaré la noche de mi despedida de soltera. —Le dio un beso en la mejilla y lo empujó. Rai se resistió a apartarse, pero al final, se resignó y la dejó ir.

—¿Tengo que buscar tu número de teléfono escrito en alguna esquina? —

gritó. Kiki se dio la vuelta y le sonrió.

—Puede. —Le guiñó un ojo y se fue.

Octubre, lunes

Tres meses habían transcurrido desde la última vez que estuvo en un avión con ese mismo destino: su hogar. Y ese viaje era nada menos que para asistir a la boda de su mejor amiga.

Angie tenía su boda soñada, en otoño.

Como dama de honor había participado, desde la distancia, en todas las elecciones; gracias a las videoconferencias estuvo presente en las pruebas de vestido, escogiendo los detalles... La boda se celebraría en una exclusiva casa de campo del siglo XVIII, restaurada y que era propiedad de unos conocidos de Marta. El lugar ya era espectacular en esa época del año, con una entrada presidida por dos hayedos, y con la hiedra en tonos rojizos cubriendo casi la totalidad de las paredes; con la decoración expresa para la ceremonia como cestos repletos de maravillas, esas flores naranjas pequeñas, las calabazas, farolillos... parecía sacado de un cuento.

Y el novio tenía a la prometida con la que soñaba desde que era un crío.

Para Miguel, Angie fue su primer amor, según él desde los siete años y tenía claro que también sería el único. Tenía dieciséis años la primera vez que le pidió que saliera con él. La respuesta de mi mejor amiga fue un: “ni lo sueñes”. Con esa frase le dio largas durante casi nueve años. Miguel no perdió nunca la esperanza y siempre que tenía la oportunidad no la desperdiciaba para confesarle su amor incondicional y pedirle que fuera su chica.

Kiki recordó la noche en la que Miguelín celebró su mayoría de edad, serían

sobre las tres de la mañana cuando, según él, “de forma casual” se encontraron a la salida de una discoteca. A pesar de ir algo ebrio, no perdió la costumbre y se acercó a Angie, la cogió por la cintura y le susurró:

—Ahora ya no me puedes rechazar por ser un niño, sé mi chica.

—Ni lo sueñes.

—En mis sueños ya estamos casados, tenemos dos niños, un perro, una caca, tres peces y una hipoteca.

Hacía apenas un mes que Angie les confesó a las chicas que aquella declaración le llegó al corazón y fue la primera vez que se planteó algo serio con él, “aunque fuera durante una fracción de segundo”.

Pero Miguel se fue a la universidad de Salamanca y volvió con un diploma de veterinario bajo el brazo; según Angélica, aquellos años lejos de casa le habían dado el grado de maduración óptimo.

La Navidad pasada se encontraron por casualidad en una librería del centro de Palma y fueron a tomar un café, que se alargó hasta la hora de la cena y luego hasta el desayuno. Miguel consiguió romper una a una las barreras y llegar a enamorar a Angie.

En agosto, como Victoria estaba en Roma para la exposición, sus amigas se escaparon hasta la ciudad del Vaticano donde pasaron el fin de semana celebrando la despedida de soltera de Angie, la de verdad. Lo pasaron genial, a pesar de que no hubo paseo en yate, ni un hotel con piscina en la terraza, ni clase de pole dance, como tampoco estríper... El estríper... Rai... Seguía teniendo el mismo efecto en ella, era pensar en él y sus latidos se le escurrían hacia la entrepierna convirtiéndose en contracciones.

La pareja que tenía sentados a su lado en el avión no paraban de hablar. Aunque no quería escuchar, no le dejaron más opción; no discutían, pero rozaban ese punto impertinente de quien ha vivido muchas primaveras al lado de otra persona y ya se conocen incluso mejor que ellos mismos.

—¿Su primera vez en la isla? —les preguntó en ruso, sonriendo.

—Sí —le contestó él. Vicky estaba sentada al lado de la ventana, la mujer en el del medio y el hombre en el asiento del pasillo—. ¿Y usted?

—No. Mi madre era rusa, pero nací en Mallorca.

—Ah, entonces es como una matrioska flamenca. —Sonrió, afable.

Solo de nombrar a las muñecas rusas, Rai apareció en la mente de Kiki. Se había auto prohibido pensar en él. Tenía controlada la parte consciente, a veces como en ese momento, una palabra lograba romper aquella veda y se colaba; pero la parte que no controlaba, para nada, era la del subconsciente, ahí no había prohibición que valiera. Soñaba con él, muchas noches. Casi todas. A pesar de que ella nunca lo admitiría, yo os puedo contar que cuando eso ocurría se despertaba con una sonrisa en los labios.

La pareja aprovechó que ella conocía la isla para pedirle algunos consejos y recomendaciones, cuando se enfrascaron de nuevo en aquella charla matrimonial, Kiki desconectó.

Aquel lunes de vuelta a Moscú en un jet privado acompañada de su jefe, se dio cuenta que sus días en el Fondo de diamantes serían contados. Victoria no se sentía cómoda y Popov se mostró de lo más colaborador cuando dos semanas después le habló de su proyecto y acordaron que se quedaría hasta terminar la exposición itinerante.

Y de nuevo volvía a tomar una decisión que se salía de su zona de confort, se arriesgaba a dejar un trabajo estable y seguro para aventurarse en abrir un negocio propio. Se había pasado todo el verano trabajando en ese proyecto dedicándole todas las horas libres y algunas que había robado al sueño. Sería una especie de *cool hunter*. Se había hecho un nombre en el mundo de la orfebrería y lo aprovecharía para encontrar diseñadores de joyas que tuvieran talento y un toque especial. Había pensado hasta en crear una tienda online donde venderlas. Utilizaría su reputación como una marca de distinción. No podía estar más contenta con la reacción de los orfebres cuando se había puesto en contacto con ellos y les había hablado de su proyecto. Una de las primeras con quien firmó un

contrato fue con la marca Edelweiss, una chica que trabajaba desde los Alpes; sus joyas inspiradas en la naturaleza eran extraordinarias.

Dos días después de volver a Moscú, cuando aquella noche se tumbó en su cama, se puso a recordar. Se recreó repitiendo los momentos compartidos, la conversación y el coqueteo descarado en el Shunga, Rai el amante salvaje de la suite, Rai el policía que se preocupaba por ella. Su voz, sus besos... Fue al despertar cuando se auto impuso aquella prohibición.

El resto del vuelo lo pasó charlando con la pareja, mejor dicho, con Sergei, porque su mujer sacó una revista de cotilleos y se puso a leerla ignorándolos, y eso que estaba sentada entre los dos. Sergei le contó que habían tenido una tienda de barrio, pero que hacía poco se habían jubilado y ahora querían aprovechar para viajar y disfrutar de todas esas vacaciones que siempre habían aplazado. Le habló de sus dos hijas y de sus tres nietos; era un hombre charlatán que se notaba que echaba de menos el día a día en una tienda y el contacto con los clientes.

*

Kiki fue a recoger las maletas, mientras imaginaba qué cara podrían las chicas al verla allí, ya que no la esperaban hasta el viernes. ¡Como si fuera capaz de perderse todos los detalles y los últimos preparativos de la boda!

Estaba pasando el control policial cuando dos agentes se le acercaron por detrás y le pidieron que la acompañara. Asintió con la cabeza sorprendida por aquello y agarró fuerte el asa de la maleta mientras los seguía. No le dijeron nada, le cogieron su equipaje para dejarlo al lado de la puerta, la abrieron cediéndole el paso:

—Espere aquí, ahora vendrán.

—Pero, ¿qué pasa?

—Ahora se lo explican.

Cerraron la puerta y a Victoria le subió la bilis al verse en una habitación que parecía la típica sala de interrogatorios. No había ni una sola ventana, ni el típico espejo, nada. Cuatro paredes pintadas de gris, una mesa y dos sillas, una frente a la otra. La luz era un foco industrial y demasiado grande para el tamaño del cuarto. Era claustrofóbico e intimidante.

Los minutos fueron pasando y se fue impacientando. No quería sentarse, prefería estar de pie. A decir verdad, no podía estar quieta, caminaba de un lado a otro.

Estaba de espaldas cuando oyó la puerta abrirse. Se giró nerviosa y el aire se le atragantó en la garganta cuando vio quien entraba. Rai cerró sin despegar los ojos de la carpeta que tenía en las manos, caminó hasta la mesa, apartó una silla y se sentó. Victoria seguía petrificada.

—Siéntese, por favor —le pidió tajante tratándola de usted, pero aquella voz le resultó al mismo tiempo familiar y cercana.

Él, a conciencia tardó aún unos instantes, que para ella se hicieron eternos, en levantar la vista, hostil. Sus ojos, de nuevo la atraparon. Victoria se puso en alerta, y sacó su coraza, hizo repicar con fuerza sus tacones hasta apartar la silla y sentarse.

—Señorita Llyin —dijo él, llamándola por el apellido al que su madre había renunciado cuando sus padres la echaron de casa.

Victoria no se movió, ni hizo nada al ser descubierta.

—Lo sabía. Aquel lunes por la mañana frente a la comisaría, supe que no dejarías el caso, que irías hasta el final. —Sus ojos brillaron de forma especial y curvó, durante una milésima de segundo, los labios hacia arriba.

—Me halaga que me conozcas —admitió Rai alzando las cejas.

Se había dejado crecer la barba y Vicky lo encontró mucho más atractivo, si eso era posible.

—¿Habéis descubierto algo más del gánster ruso, el porqué de la despedida de soltera? —contraatacó ella.

—Sí, hemos avanzado, pero no puedo contarte nada, el caso sigue abierto.

Vicky asintió; dudó, pero al final lanzó la pregunta que llevaba meses preocupándola.

—Solo dime si Angie está involucrada.

—Ella no —respondió conciso. Dejando claro que otras personas sí lo estaban. Y el nombre de Jaime, el padre de Angie, volvió a resonar en la mente de Kiki.

—¿Por qué estoy aquí?

—He descubierto algo y quería contártelo.

—Soy toda oídos. ¿Solo yo?

—Estamos solos, sin escuchas; nada.

—¿Por qué debería creerte?

—Deberás confiar en mí. —Le dedicó aquella mirada verde que tan bien conocía y que conseguía hacerle hervir la sangre—. ¿Puedo? —Rai alargó la mano hacia el medio de la mesa. Ella sabía que le estaba pidiendo, pero no se lo dio.

—¿Qué es lo que has descubierto?

—El robo y la despedida de soltera de la hija de un gánster no tenían nada que ver, salvo por ti. El talento que tienes para las joyas lo llevas en la sangre. La historia del anillo, la que cuentas como si fuera una anécdota, es real y el orfebre fue tu tatarabuelo. Toda tu familia, por parte de padre, se ha dedicado siempre a las joyas, el imperio de cadenas de joyerías Llyin que hay por todo el país es impresionante.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Lo sé. Repudiaron a tu madre en cuanto les dijo que estaba embarazada. Pero imagino que la historia del anillo pasó de generación a generación. Trabajar para el Fondo te daba los medios para buscar y saber qué había pasado con él. Lo encontraste, y por alguna razón, seguiste adelante como si nada. Además, con eso de la subasta, te paseabas con una copia que siempre lucías en el dedo. Algo premeditado, me temo. Como encargada de la exposición tenías acceso a los

planos y los puntos flacos de todos los museos donde se alojaría la exposición. Pero el anillo que robaron era solo la copia, aquel día, durante la visita guiada, diste el cambiazo. Todo el tiempo tuvimos delante al verdadero anillo. Hasta en el hotel dijiste: “han robado una copia de este anillo”.

—Parece que has estado ocupado estos meses.

—Tengo que felicitarte, fue un buen plan, pero tengo algunas preguntas. ¿Por qué esperaste? ¿Por qué no cogerlo cuando lo encontraste? Otra duda es quién entró aquella noche y qué pasó con el relicario.

—Siento decirte que no puedo ayudarte. —Pero los dos sabían que estaba mintiendo.

Esperó porque podía, porque no tenía prisa. Había hecho una promesa a su madre: encontrar aquel anillo que formaba parte de la historia de su familia. Hasta se imaginó yendo a buscar a su abuelo y decirle quién era ella, Victoria, la nieta que rechazó, quien había encontrado el anillo familiar y ponía fin a aquella leyenda con la que su madre la dormía muchas veces de pequeña. Pero la verdad era que su abuelo nunca creyó en la leyenda, decía que era una patraña, un drama que otorgaba a una familia de orfebres un toque especial.

Rai tenía razón, como directora de la exposición tenía acceso a todos los planos de los museos, conocía los puntos débiles, los puntos negros que las cámaras no veían y tuvo tiempo de estudiar cada uno de ellos. En una subasta conoció a *alguien*, que conocía a *alguien*... Tener contactos en ese mundo siempre era interesante. La despedida le puso al alcance la tapadera perfecta, la inquietó que hubiera sido todo tan precipitado, pero era la oportunidad que estaba esperando. Como habían acordado, solo tuvo que llamar a un número de teléfono y dar una clave.

Qué pasó realmente aquella noche y por qué no se llevó a cabo todo el plan nunca lo supo porque ella no se presentó a la siguiente cita. Se había acordado forzar otra vitrina para despistar y que pareciese que no les había dado tiempo, pero ya no importaba. Tenía el verdadero anillo, lo que hiciera ese *alguien* con las piezas robadas, no era de su incumbencia, a decir verdad, prefería no saberlo.

Y sí, Victoria aquella noche buscaba una coartada, fue una jugarreta del destino que él resultara ser un agente de la INTERPOL, como también lo fue todo lo relacionado con Milenka y su padre, el gánster ruso.

—¿Por qué se retiró la denuncia?

—Supongo que ya has averiguado que parte del dinero y de las joyas que pasan por el Fondo no tienen una procedencia muy clara; a Popov no le interesa que la policía meta las narices.

—No sé si fue casualidad o no, pero te rodeaste de gente tan manchada que pasaste completamente desapercibida.

—Menos para ti.

—No sirve de nada negarlo. Lo que tengo claro es que, si yo aquella noche buscaba información, tú buscaste una coartada y ¿qué mejor que un *poli*?

—Tú mismo lo dijiste en el Shunga, nada es lo que parece. —Se levantó y caminó hasta la pared, necesitaba darle un momento la espalda, para cerrar los ojos y serenarse—. ¿Y ahora?

Se dio la vuelta lentamente y se encontró con que Rai también se había levantado y estaba a solo un paso de ella.

—¿A qué te refieres? —susurró con la voz ronca y Victoria alzó la cabeza para enfrentarlo.

—¿Qué tiempo tengo?

—¿Tiempo para qué? —la interrumpió.

—Para chantajearte, ¿coaccionarte? —Sonrió, perversa.

—Me encantaría ver cómo me coaccionarías.

—¿Me vas a detener?

Rai se inclinó un poco más hacia delante y agachó la cabeza para estar a la misma altura; la fragancia Sauvage impregnó el aire que la rodeaba.

—Si supieras las veces que te he imaginado esposada —susurró—, completamente desnuda y entregada a mis deseos. —Se incorporó de nuevo y su voz perdió aquel deje sensual—. Pero respondiendo a tu pregunta ¿Por qué debería hacerlo? ¿Por una joya que nadie reclama y que es tuya por herencia?

¿Puedo? —preguntó de nuevo tendiendo la mano hacia delante y esa vez Victoria sí estiró la suya y le mostró el anillo.

El roce de su piel con la suya hizo que a Kiki le vibraran hasta las pestañas. Aquello era una muestra del significado de la “combustión espontánea”.

«Dios, esa sensación...», pensó ella ahogando un suspiro.

—Así, ¿tan fácil? —susurró Vicky.

—«Fácil» fue lo que me dije cuando empecé a investigar, «fácil» fue lo que pensé cuando me propuse olvidarte.

El policía le hizo un repaso en exclusiva. Desde las botas altas de cuero marrón, siguiendo por el vestido que le llegaba a medio muslo, era de color verde botella y de manga francesa; complementaba el conjunto un gran foulard en tonos tierra que le impedían ver aquellos pechos que él conocía perfectamente. Llevaba el pelo suelto, lo tenía más largo y sintió ganas de enterrar las manos en él para acariciarle la nuca como sabía que a ella le gustaba.

—¿Y lo conseguiste? —le pidió Kiki poniendo su mano sobre el pecho de él y lo provocó desabrochando el tercer botón de la camisa. Era a cuadros en tonos negros y rojos, llevaba las mangas arremangadas hasta el codo; además vestía unos vaqueros negros y botas.

—No —admitió sin reservas—. ¿Y tú?

Rai la abrazó pasando un brazo a la altura de los hombros y el otro al final de la columna.

—Yo sí. No me permito pensarte, pero te cueles en los sueños.

El efecto afrodisiaco de Rai sobre ella seguía intacto, a decir verdad, parecía haber aumentado.

—Me gusta saber que hemos compartido muchas más noches juntos.

Aquello era química. Una energía brutal y eléctrica que se creaba siempre que estaban juntos empezó a rozar límites alarmantes y Victoria lo empujó para tomar distancia.

—Creo que aquí ya está todo dicho, me voy; tengo una boda que organizar.

Esperó a ver la reacción de él, pero sorprendiéndola de nuevo, Rai fue hasta

la puerta, la abrió y antes de irse ladeó la cabeza y le guiñó el ojo. Cuando ella salió, no había más que un guardia que le entregó el equipaje y le dijo que la acompañaba a la salida.

*

En el taxi de camino a su casa, Kiki no podía quitarse la sensación, una especie de temblor y hormigueo bajo la piel. Por fin estaba liberada, no solo tenía el anillo con ella, sino que también era libre. Nada de fantasmas, nada la perseguía. Ni ahora, ni nunca. Una parte de ella, aquella que Rai hubiera dicho que pertenecía a Victoria, le decía que no podía confiar en él, que no dejaba de ser un policía, pero Vicky la emocional y Kiki la salvaje le decían que, si había alguien a quien confiar aquel secreto, ese era a Rai. Eran dos contra una y ganaron la batalla. Al menos de momento.

Al llegar a casa lo primero que hizo fue ir al banco a hablar con su madre. Necesitaba ir allí y desahogarse hablándole al viento. Aquella tarde, Kiki sintió que de alguna forma su madre estaba a su lado, y supo que se estaba despidiendo de verdad, como si ya hubiera acabado y ya nada la retuviera allí. Vicky dudó que fuera por el anillo y la promesa que le había hecho, y sintió que si de verdad se iba era porque ella había aprendido a dejar de ser tan prudente y precavida y había empezado a vivir. Lo había hecho con Rai y también lanzándose con el nuevo negocio. Algo impensable un año atrás.

Cuando volvió, cogió el equipaje de la entrada y subió hasta la habitación. Quería sacar el vestido para la boda, tendría que llevarlo a la tintorería igualmente, pero no quería que se le arrugara de más. Dejó la maleta sobre la cama y al abrirla un tubo de cartón duro —de los típicos donde guardar posters o planos— estaba encima de todo, uno que ella no había puesto allí. Con manos temblorosas sacó el tapón y extrajo su contenido. Tuvo que sentarse cuando vio lo que era. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito, uno que salió medio

gallito porque la risa se le escurría por la comisura hasta que acabó brotando a boca abierta.

En las manos tenía una estampa de Shunga. Una hecha a medida porque era la imagen de un hombre demasiado parecido a Rai con una mujer clavada a ella. Estaban en la misma postura que lo habían hecho la última vez, en el salón de esa misma casa, con Rai de rodillas, sentado sobre sus talones, y ella encima con el cuerpo inclinado hacia atrás. La cara de deseo de Rai, la de Kiki consumida por el placer... era puro erotismo. Alrededor estaba dibujado el acantilado y el resto era un cielo nocturno y estrellado. Dos noches mezcladas en una sola imagen.

Miró dentro del tubo por si había alguna nota, pero no había nada, hasta que giró la litografía:

¿Inmortalizar un recuerdo o hacer que todas nuestras noches sean así?

Debajo había un teléfono móvil.

Justo en ese momento Kiki tuvo una revelación; una en la que vio los próximos tres años de su vida.

Se vio llamándole para pedirle que lo acompañara a la boda de Angie, pero él le colgaría el teléfono sin darle una respuesta porque prefería dársela en persona. Que Rai tocaría el timbre de casa al cabo de medio minuto y cómo ella abriría la puerta y se tiraría a sus brazos.

Se vio acudiendo sola a la boda cuando él rechazó acompañarla porque Jaime, el padre de Angie y Lulu, era uno de los investigados y era mejor no relacionarse.

Se vio instalándose en la isla de forma definitiva y poniendo su negocio en marcha.

Se vio empezando una relación con él, una a distancia cuando Rai empezó a trabajar de infiltrado. Una que conllevaba echarle mucho de menos y estar siempre pendiente del teléfono. Una que implicaba acudir a citas clandestinas y

de lo más surrealistas como encontrarse en los baños de mujeres del aeropuerto de Marsella, a las once de la noche, y en los que apenas les daría tiempo para comerse a besos y disfrutar de un orgasmo rápido, pero apoteósico y cargado de la adrenalina por no ser descubiertos.

Se vio la noche que él le pidió que se casara con ella. En la que, en lugar de ofrecerle un anillo, le entregó una muñeca rusa muy especial.

—Dice la leyenda que un día un carpintero llamado Sergei, de un trozo de leña que encontró en el bosque una helada mañana de invierno, talló una preciosa muñeca para que le hiciera compañía y a la que llamó Matrioska. Cada día la saludaba y ella empezó a responderle; a Sergei, en lugar de asustarlo, le gustó porque así tenía a alguien con quien hablar. Un día ella le dijo que quería ser madre, que sabía que sería doloroso, pero que en esta vida las cosas importantes requieren pequeños sacrificios. Sergei la cortó por la mitad y talló una réplica más pequeña a la que llamó Trioska. El tiempo pasó y ésta también quiso ser madre, el carpintero volvió a hacerlo: cortó y sacó a una mucho más pequeña y a la que llamó Oska. Pero ésta también quería descendencia, así que quedando poca madera hizo una mucho más pequeña, le puso un bigote y le dijo: tú eres Ka, y eres un hombre, así que no puedes tener hijos. Yo soy un hombre, y te prometo a ti, mi matrioska, que no puedo tener hijos, pero sí deseo ser padre y que cuidaré de ti y de nuestra familia el resto de mi vida.

Esa fue la forma que tuvo Rai de decirle que aquel hijo que estaba a punto de nacer y que había llegado de forma inesperada, era deseado.

Se vio el fin de semana de su despedida de soltera, la de verdad, y en la que las chicas organizaron las mismas actividades.

Se vio en la misma suite, vistiéndose con el mismo vestido.

Se vio en el local viendo como un estríper, vestido de policía, bailaba y a pesar de ser muy guapo, ella solo podía pensar en Rai. Como cuando el estríper le tendería la mano y ella se negaría a levantarse y bailar con él, pero que no

serviría de nada porque en un visto y no visto estaría de pie y atada a unas esposas en la barra vertical. Vio a Rai apareciendo por sorpresa diciéndole que no sería una despedida de verdad si él no estaba allí. Como se besarían sin importarles estar dando el espectáculo y que todo el local los aplaudiera y jaleara.

Se vio en la plaza sentada a horcajadas sobre él y como Rai le pediría en susurros que le confesara algo.

—No recuerdo en qué orgasmo me enamoré de ti —admitiría antes de besarlo—. Dicen que el amor es un temblor, que cuando conoces a esa persona especial al tocarla sientes chispas; que cada vez que la ves notas ese cosquilleo de nervios en el estómago, pero yo no experimenté nada de eso. Solo sentí paz, contigo sentía que gravitaba en el nirvana. Me sentía bien, esa sensación de armonía y bienestar al estar en tu hogar. A confiar ciegamente en ti a pesar de que casi ni te conocía.

—Yo me refería a que me dijeras que no llevabas ropa interior, pero tu respuesta ha sido mucho mejor.

Como él sacaría un rotulador del bolsillo trasero y sería Rai quien dejaría un mensaje en el banco: Siempre.

Se vio llegando a casa cansada y triste porque lo echaba de menos. Como de forma automática miraría hacia la repisa donde estaba la muñeca rusa que él le había regalado. Era una matrioska hecha a medida. Tenía dos caras, en una había pintada una mujer, de pelo moreno y ojos azules, con un vestido de flamenca en dorado y negro y por la otra era un hombre de piel tostada y ojos verdes.

Como su estado de ánimo cambiaría al ver que la matrioska estaba puesta con la cara de ella, detalle que quería decir que Rai había vuelto de su misión y estaría para el nacimiento de su primer hijo. Y como en aquel momento oiría los pasos de él bajar las escaleras.

Después de aquella sucesión de imágenes sus labios estaban curvados hacia

arriba, mostrando una sonrisa radiante y en sus ojos brillaba el deseo de hacer realidad cada una de ellas. Así fue como Kiki supo qué hacer a continuación. No solo con aquel mensaje que Rai había dejado detrás de la estampa junto a su teléfono, sino también con aquella pregunta que llevaba meses en suspensión: ¿y ahora qué?

Cogió su móvil y sin siquiera pestañear marcó el número.

—¿Tienes un traje?

FIN

Nota de la autora

Esta novela es una obra de ficción. La historia del anillo es inventada, pero es verdad que en 2009 durante un traslado de archivos en Suecia aparecieron unas joyas (las pitilleras y gemelos son reales) que pertenecieron a María Pavlona. Lo del amante también es pura invención.

Añadir que los Pink Panthers son una banda de ladrones reales, como también lo es el robo en el hotel de Cannes.

Agradecimientos

Empezaré por dar las gracias a Norma Estrella, mi Blas, por la paciencia que tiene conmigo, por los buenos momentos y por todo lo que nos queda por compartir.

A mis lectoras 0: Ester, Lorena, Tamara e Yoli, por la ilusión con la que vivís cada historia, porque poder compartirlas con vosotras hace que esto de escribir sea aún más mágico. ¡Qué ganas tengo de achucharos!

A mi marido, por seguirme la corriente cuando me pongo en plan creativo, por creer en mí. TMP.

A mi madre, por leerse las novelas una y cien veces. Un beso, familia.

Y en especial a ti, lector, que das vida a estas palabras. Un abrazo *apretao*.

Gracias de corazón.

^[1] N. de la autora: Juego de palabras en referencia a los pechos en inglés.